



Mario Marín

Mañana es el día siguiente



Un hombre joven y ocioso, que practica el *running* por vicio y que atiende el huerto de un amigo, se empecina en una discusión con un vecino y transforma su vida, como quien cría palomas o colecciona sellos, en la de un sádico cruel.

Pero es una historia tan inmoral que su malvado desenlace provoca una sonrisa en el lector horrorizado.

Y sonreír al mal no debe ser muy encomiable, aunque Stieg Larsson o Quentin Tarantino tengan tantos millones de seguidores.

OceanofPDF.com



Mario Marín

Mañana es el día siguiente

ePub r1.0

Titivillus 05.03.2022

OceanofPDF.com

Título original: *Mañana es el día siguiente*
Mario Marín, 2018

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



OceanofPDF.com

*Asco, qué asco que me das
Grima, qué grima que me das
Cuando te miro quiero preguntar
Qué es lo que me vas a dar*

*Asco, Country & Western, 2010
Siniestro Total*

Carxofes, carxofes tendres i maques

*Nacimiento de Dalí de un Huevo, 1968
Salvador Dalí*

Uno

Esto me ocurrió hace solo un año. Me embarbasqué sin freno. Y en cualquier momento vendrán y me llevarán. Estaré en la terraza, viendo algún catálogo de los van Eyck, o de Botticelli, o de Ribalta. Entrarán con un ariete gritando que al suelo y me dejaré coger.

Porque fue mucho. Como romper en agosto un panal con otro panal. Mucho de mucho. No hay otra manera de explicar la cosa sino con la existencia de Dios, porque pasó muy gorda. O fue el nuestro o el de los moros o el de los chinos o se pusieron de acuerdo los tres. La cuestión es que me encabroné y después no supe salir. El asco me pudo.

No fue tampoco por una racha de bares. Mi médica me había tenido agarrado con una medicación fuerte por lo del oído y llevaba más de un mes sin beber nada fuerte. Tampoco fumado. Fumo desde siempre, pero si me da el punto, me paso semanas enteras fresco. La primera vez que me drogué tenía doce años y fue con chicharrones. El chicharrón, si está bien amasado y tú tienes mucha prisa y mucho miedo, te lo meten por hachís y ni te enteras. Se lo pillábamos al hermano de Braulio. El cabrón tenía siempre una postura de chicharrón para los vainas que comprábamos la primera vez. Después, a los dos o tres días nos buscaba y nos pasaba para un par de porros. Se murió este año pasado, y seguía con lo del chicharrón para los aventajados.

A mí me sigue gustando el jaleo, pero ya no hay fuerza para tanto y cada vez la cago menos. Con los veintitantos tuve filos muy malos, de solo ganar para gastar, de buscar siempre lo torcido y de salir una noche aquí y terminar dos días después detrás de allí.

Ahora desde hace un tiempo vengo con otras miras. Hay que respetarse a uno, porque no tenemos más pecho ni más piernas ni más cabeza que la que tenemos, y tienen que durar. Fue mi vecino Pedro quien me convenció. Yo vivo en Huelva, en la Avenida de las Adoratrices, en el bloque del DIA. Y Pedro también. Nunca hemos sido amigos del mismo grupo, él es cinco años más nuevo que yo y tenía su propia gente. Pero sí hacíamos la misma ruta; mismos bares, misma droga y mismas discotecas.

Hará tres o cuatro años Pedro empezó a correr con su hermano chico. Enrique es un chaval largo y muy serio que ahora trabaja en Alosno, de bombero de Diputación. Tenía que prepararse unas pruebas muy zumbadas de correr en unos tiempos y hacer unas tablas de algo y el chaval llevaba muchos años entumecido con los estudios. Cinco para sacarse Turismo y terminar haciendo guardias de noche en el Canela Golf de Isla. Pedro con su hermano es locura, y cuando le dijo que corriera con él, solo le dijo que cuándo y hasta dónde.

Después de las carreras, el hermano siempre se subía y Pedro y yo nos tomábamos dos o tres cervezas en el Bar Madrid. Cuando el chaval hizo los exámenes y aprobó, Pedro me dijo que corriera con él, y desde entonces no he parado. Es una locura lo del *footing*. Como un vicio.

Dos

Hace un par de años fue cuando Pedro me ofreció lo del huerto. Habíamos salido a correr. Con un frío de los malos y una humedad que parecía batido de niebla. Era la segunda o la tercera semana después de Reyes. Le dimos la vuelta a Huelva empezando por subir al Conquero, bajar a la Orden Alta y seguir después la Ronda hasta volver otra vez a las Adoratrices. Pedro y yo corríamos siempre con mucha sincronía, con el mismo ritmo y el mismo baile. Mucha simetría y equilibrio. Con los primeros pasos cogíamos el compás y ya no lo soltábamos. Si Candida Höfer hubiera pasado con su coche camino de cualquier sitio para una localización y nos hubiese visto correr, habría frenado como una loca, se habría bajado con la cámara en la mano y habría tirado cuarenta o cincuenta fotos. Serie *Movement and Symmetry*.

Mientras corríamos, Pedro me habló de su traslado a Ferrol. Él está con una empresa de montaje, y cuando hay por aquí, por aquí se quedan, pero si vienen malas, subcontratan y tiran para donde sea. El montaje tiene eso, que te mueves mucho.

Pedro salía en cinco o seis días. Para dos años o más si se ampliaba la contrata. Y me dijo lo de Aljaraque. La parcela la compraron los padres al poco de casarse. La fueron obrando y arreglando y terminó siendo una casa de campo muy apropiada. La zona tenía más vecinos, gran parte parejas jóvenes con hijos pequeños o encargados. Todos los fines de semana de la infancia de Pedro y el hermano los pasaron en el campo de Aljaraque. El padre y seis o siete vecinos más habían conseguido sacar agua con un artesiano que después canalizaron para las huertas de cada uno. Y aquello se convirtió en una Arcadia a donde largarse cada viernes. Huertas donde

todo lo que se sembraba se daba, lomas de frutales con endrinos, melocotoneros, azufaifos, perales e higueras, pequeños corrales con gallinas, pavos y conejos, y agua, mucha agua. Agua también para llenar las albercas que cada uno había levantado en su parte alta, que eran la locura de los niños cuando apretaba el calor y que llevaban el sobrante por una pequeña acequia de obra hasta lo sembrado.

Las parcelas están sobre una solana que revira hasta el barranco, donde empieza la zona de pinos. Son pinos piñoneros de la reforestación de los cuarenta y que ahora son hermosos y corpulentos. Un pinar que se abre y tira para el término de Cartaya por un lado y para el de Gibraleón por el otro.

Ahora ya nada tiene que ver con lo de aquellos años. No hay apenas niños que griten muertos de risa o corran con sus bicicletas subiendo y bajando los carriles. No hay alegría en las tardes, ni coches proletarios aparcados en las entradas, ni chimeneas tirando humo como cigarros habanos.

Las casas, los carriles y las vallas han tenido también su vejez, el padre está muerto desde hace siete años y la madre vive con Enrique. El paraíso que fue el campo, ahora solo es el desahogo de algunos veteranos que cuidan unos huertos medio enmendados, que abren las casas para que se oreen y que llegan solos y se vuelven solos.

Pedro me dijo que el hermano no quería campo, que solo de su trabajo a casa y su mujer y su niña. Y su madre. Y que él tenía enjaretada una huerta que se perdería sin nadie que la asistiese. Y también unos animales por la parte de atrás que daban muy poca guerra. Les tenía unos alimentadores para pienso y agua que les llenaba cuando el trabajo le daba para varios días seguidos. También unos gatos, pero que no querían el cuido de nadie, que andaban siempre de parcela en parcela y solo aparecían si veían presencia por la casa. No tendría que preocuparme de los gastos; él seguiría pagando la luz, la bombona, el gasoil del pozo, el maíz para las gallinas y el poco o mucho otro gasto que llegase. Me daba las llaves de la casa para que la abriera y guardase allí lo que me pareciera, me daba libertad completa para entrar y salir con quien quisiera y cuando quisiera, me daba el beneficio entero de lo que pudiera sacar y me lo pedía como un favor, como un favor

muy agradecido. Porque el campo había sido media vida de sus padres y le daba cosa que se lo comieran las zarzas, como estaba pasando con los de la parte de abajo, los del barranco.

Yo no había tenido nunca a mi cargo ni siquiera unas macetas. Cuando vivía con mi madre era ella la que escarbaba, plantaba, cortaba y regaba aquella selva que tenía siempre en el balcón. Ahora que vivo aparte, en mi terraza solo hay una silla roja de Coca Cola donde me siento algunas noches a fumar, una mesa de mimbre con una tarima de plástico y un cenicero gordo de colillas. Es un cuarto y no tiene ascensor, por eso mi madre no sube y no me llena de verde el balcón. Tiene las rodillas como nueces reventadas. Hace dos años la operaron de la derecha y siguió reventada. Mi madre dijo que se acabó.

—Pero yo sé cero de huertos...

—Samu, coño, eso es un rato. Te digo las cuatro cosas y luego es ir y que no se te vaya. No tiene nada.

—Pero... ¿Cómo lo...? ¿Tengo que ir todos los días?

—No, no, nada. Cuando te parezca. Un par de veces o tres en semana y listo. Los bichos le rellenas y níquel.

Cuando Pedro me propuso atenderle el huerto, la cabeza se me fue al momento para los caminos. Correr entre los pinos. Los desniveles de los carriles, los tiempos, qué zapatillas irían mejor para la arena y para la grava, la progresión, si tendrían relleno de ripio, si los habría circulares o si me llevaría el pulsómetro Boomerang que pillé del Decathlon.

Nunca había corrido rollo *cross*. Siempre en Huelva. Y no es lo mismo. El hermano de Julio, uno que conocemos de correr, sale siempre con tres más por los carriles de detrás de La Ribera, y cambia todo. El hermano de Julio dice que a las tres o cuatro salidas ya notas otra potencia en los grupos musculares, que a la fuerza, que lo mismo tramos de piedras que zona mojada en una umbría y todo más blando. Y que por eso el multitaco. Otra movida. Vas corriendo y vas vigilando. Y menos lesiones que con lo duro.

Me dijo *huerto* y me coloqué en los umbrales máximos y mínimos que tendría de frecuencia cardíaca y en qué comería para equilibrar las calorías fundidas entre los pinos, dónde haría los estiramientos y el calentamiento, a qué hora empezaría y con cuánto quería empezar el minuto.

—Bueno, Pedro, creo que sí —se lo dije como quien firma un armisticio—. Vale. Huerto, bichos y abrir la casa. Dos años, ¿no?

—Bien, Samu —me dio un abrazo—. Me voy más tranquilo. No sabía si... A cualquiera no se lo podía dejar, tú sabes. Me voy más tranquilo. Sí, dos años mínimo. Vendré por las fechas, pero dos años.

—¿Me llevarás antes para...?

—Coño, Samu, claro que sí. Mañana si quieres. Mañana nos tomamos un café abajo, tiramos para Aljaraque y vemos todo lo que hay que ver. Tampoco es mucho; dónde están las llaves de paso, el pienso, el abono, los candados, las herramientas y para qué son, lo que tengo sembrado, las gomas; tú tranquilo, que lo vemos todo.

—Sí, mañana vamos. Y a ver —me eché a reír—, porque mírame, Pedro. No tengo pinta.

—¿Qué pinta hay que tener para cuidar un huerto, Samu?

—No sé, coño. Mira mis manos; parecen esas de poliéster de las mercerías, forradas de terciopelo —empezamos a reírnos los dos—, las que sirven de modelo para los guantes.

Cuando Pedro llegó a Ferrol, me mandó varias fotos del Castillo de San Felipe y de la playa de Doniños con una locura de oleaje.

OceanofPDF.com

Tres

En febrero yo ya le tenía cogido el sitio al campo. Es una parcela rectangular pero con más anchura por abajo. La casa también es rectangular, con techo a cuatro aguas, de una sola planta y con doblado. Ahí fue donde pasó todo. Todo además con el ahogo y la apretura de un metro ochenta por su parte más alta, donde la traviesa del caballete. Después tiene cuatro habitaciones y un salón con una chimenea de losetas rojas refractarias. Todo tiene un punto de formica y en color vainilla vieja. Los muebles han aguantado bien y apenas crujen cuando te sientas o abres un armario. Hay mucha decoración de cachivaches. Mi madre dice que cuando uno tiene otra vivienda en la playa o donde sea, con el tiempo termina siendo un trastero, y toda la morralla que va sobrándote del piso, sirve para cualquier rincón o pared de la segunda.

La cocina también es espaciosa y aparente. Con una mesa desplegable y dos sillas nada más entrar. Imitan en verde a una madera con la veta muy larga y apretada. Pedro me la dejó muy limpia; sin platos ni vasos en el fregadero. Y todo con orden, colgado o guardado. Es una L de azulejos ocres y sienas combinados, con dos ventanas, una mayor que da a la zona del huerto y otra más chica por detrás. Las dos con cortinas de tul rosa, recogidas con abrazaderas de cordón. Y por arriba los bandós, también rosas, tapando la cajonera de las persianas. La madre de Pedro tiene junto al platero dos láminas enmarcadas; una es de Juan Pablo II con una mitra de trevira blanca y las dos ínfulas en dorado viejo, y la otra, un cartel de Felipe González de las elecciones del ochenta y dos, con una mirada en diagonal hasta el cielo.

Pedro me presentó a varios vecinos el mismo día que vinimos. Lindero con lo suyo no hay ningún campo habitado. Ni siquiera de fines de semana, ni por nietos ni por sobrinos para cumpleaños ni para Nochebuenas. Tampoco los de enfrente ni los de al lado de al lado. El primero que visitamos fue el de *El Zorruno*. Pedro me dijo que todos le decían *El Zorruno* pero que no sabía por qué. El carril da dos saltos después de los dos pinos gordos y luego coge una curva. Desde la curva hasta la cancela de las pitas es lo de *El Zorruno*.

—¿Y por cuánto te vas?

—De momento serán dos años.

—¿Y tu madre? ¿Con tu hermano?

—Sí, ella está con él. Está bien. Tiene sus cosas, usted sabe, pero bien. Desde lo de mi padre no quiere mucho jaleo, pero bien.

—Pues aquí estamos, hijo, para lo que se te ofrezca. Yo todos los días no vengo, pero lo que se te tercie, si está en mi mano...

—Gracias —miré a Pedro y al viejo y le di la mano como con prisa—, le digo lo mismo. Yo vendré cuando pueda. Este hombre me ha dejado este encargo del huerto —Pedro y yo nos reímos—, y a ver cómo se da.

—Bien. Eso no es mucho, tiene poca ciencia. Cavarle las verdolagas y las cuatro gramas que te salgan y estar pendiente. Y esculcarle las babosas y los caracoles cuando lleguen.

—Sí, a ver si sacamos para poner un puesto —traté de reírme pero solo me salió una carraspera floja y ni Pedro ni *El Zorruno* me siguieron.

—Pues vamos a seguir, Aurelio. Quiero enseñarle a Samu lo de Jacinto.

—Bueno, con Dios —*El Zorruno* se giró lento como un perro viejo y cogió algo de una ventana.

Lo de Jacinto está a casi un kilómetro de lo de *El Zorruno*. Antes de llegar, Pedro vio una cancela abierta en un campo de los de la izquierda del carril. Es una casa mediana con azotea, encalada y con piedras a la vista en las esquinas imitando una construcción de montaña. A su derecha tiene un alcornoque con una copa enorme y un corcho que nunca se ha sacado. Pedro entró con confianza y saludó a una muchacha con un bebé. Se besaron y estuvieron hablando de los padres y los hermanos y del tiempo que hacía que no se veían. Después sacaron los teléfonos y pareció que

cambiaban sus números. Antes de despedirse, Pedro me señaló y la chica levantó su mano para saludarme. Yo hice lo mismo.

El campo de Jacinto es más grande que los demás. Todo bien administrado y limpio. Por arriba tiene varios líneas de melocotoneros con una poda casi calcada. Después, junto a la alberca, empiezan los surcos hasta la mitad de lo de abajo. Ahí se parten en tres y cambian a más separados y altos.

Jacinto es un vecino también de los primeros; muy delgado y muy arrugado. Pedro me contó que es muy bueno y muy desgraciado. Que las dos hijas le salieron golfas y se le engancharon. Primero la mayor y luego la chica. El matrimonio perdió dos locales y la casa de Aljaraque pagando las terapias y las recaídas de las niñas. Medio muertos de pena y arruinados se vinieron al campo. La mayor la palmó por ahí tirada, por Sevilla. Después le tocó a la chica; se vino sin fuerzas ninguna y con una hepatitis de las de firmado y entregado. Pedro me dijo que estuvo tres o cuatro meses en el Juan Ramón Jiménez y que lista. También que hace menos de tres años se le mató la mujer conduciendo por la carretera vieja de Cartaya.

Pedro quería presentarme a Jacinto por los semilleros. Ahora es lo que le da el sustento. Tiene algo de su pensión pero muy poco. Cuando lo de las hijas, un cabronazo de un banco le dio un préstamo con una usura que lo dejó frito. Antes era nómina y se arreglaba para pagar, pero ahora ya es pensión y no le llega. Te vende por manojos según lo que sea. Si son tomateras te entran menos que si son cebollinos, pero el precio siempre es el mismo. Con lo único que te cobra más es con los árboles. Los tiene en tiestos de poliespán sobre unas mesas bajas, en la parte de atrás, junto a la valla. Si quieres uno, o tres o veinte, te los saca con cuidado y los envuelve en papel de periódico mojado.

Jacinto tiene toda la parte de más solana tableada con semilleros de todo. Como pequeños campos de fútbol; ocho hileras con cinco camas cada una. Todas con una estaca de gancho en cada esquina y su red por encima. El terreno lo tiene siempre mojado. No te hundes ni es barro, es la humedad perfecta, como una gran alfombra de musgo. Tiene una goma al principio. El agua le llega por presión desde la alberca, y junto a la goma un burro de

gavilla con dos cubos dentro. Con una lata muy agujereada de las de kilo va metiendo en los cubos y va regando. Es como una lluvia lenta.

OceanofPDF.com

Cuatro

Durante todo marzo estuve viniendo al campo cada dos o tres días. Salía de Huelva con mi Opel Astra muy temprano, por la carretera de Corrales, siempre con Radio 3. Son unos once kilómetros muy tranquilos, porque hasta Bellavista todo es urbano y no pasas de treinta o cuarenta, luego en la rotonda del final de La Dehesa tiras para la derecha y ya sí es carretera, pero muy tranquilo también, porque son curvas con raya continua y no puedes darle mucho. Antes de coger el coche me metía en el Salón de Juegos Málaga, en la Avenida de San Antonio; para el As, el café, el aguardiente y alguna máquina. Yo no juego mucho, pero me gusta meterle el cambio; algunas veces están calientes y te pagan el día.

Luego llegaba y abría la casa. Después me acercaba a los animales y les arreglaba lo suyo; si pienso, pienso, o si agua, agua. También restos de fruta y cáscaras de mi casa y de varios vecinos de mi bloque. Pedro me dijo que todo eso se lo comen sin problema. Él mismo me compró tres cubos que les dejé a las dos del primero y a la de debajo de mí. Los gatos me tenían cogida la hora y aparecían por las cercas maullando muy falsos y moviendo el rabo como *majorettes*, como si me quisieran mucho. Yo les tenía siempre una golosina de lo que fuera y me dejaba ronronear un rato. Después arreglaba todo lo de la huerta hasta media mañana y luego entraba y me cambiaba.

De Huelva me traía siempre una mochila con la equipación, dos pares de zapatos para según como hubiese salido la noche, mis gafas, el Isostar y un par de batidos que metía en la nevera para después. Son de recetas que nos pasamos entre nosotros. Cada distancia tiene una, y también según el firme y la hora del día, porque no quemas lo mismo en agosto por la tarde

que en invierno a media mañana. Yo le voy poniendo o quitando a mi gusto, porque lo importante es que recuperes bien, y como hay muchas maneras, pues si además te gusta, mejor que mejor. Yo tengo tres o cuatro recetas y de ahí no salgo. Con claras de huevo casi siempre. Lo de las claras es fundamental, y además no hay que andarse con movidas raras de tragarlas crudas ni mierdas de esas. Yo las meto un par de minutos en el microondas y cuecen con el cuajo justo. Después voy metiendo en la túrmix el salvado de avena, el yogur desnatado, las claras, la leche y el plátano. El plátano tiene que estar maduro, que es cuando está más rico. A mí me gusta también meterle un poco más de agua o de zumo de algo, porque si no, te sale muy espeso, por lo de la avena.

El hermano de Pedro nos pasó una receta que usaban ellos para después de algún fuego. Ahí no acaban hasta que se remata, y empalman turnos como locos. Terminan con agujetas hasta en los ojos y luego les toca mineralizar y mucha hidratación de fondo. Es lo mismo pero metiéndole otras historias. Hay quien le pone jarabe de aceite de pescado o soluciones de B2, B6 y B12. Yo alguna vez, si he salido más de una hora, le pongo L Carnitina, de Weider casi siempre; vienen en cápsulas y solo es abrir y soltar el polvo en el batido.

Antes de volver, me pasaba por lo de Jacinto. Es una delicia escuchar a ese hombre. Algunas veces he pagado por cursos donde nos daban un pestiño de conferencia y además aprendida de memoria. Jacinto apenas habla, son como ráfagas, pero es mejor comunicador que muchos tíos de ONG con los que he trabajado. En Madre Coraje estuve dos años y había dos *hippies* para tratar con los medios y para la web que no le durarían a Jacinto ni medio asalto. Y en Teléfono de la Esperanza otros tres y ninguno tampoco. El que daba los cursos de Inteligencia Emocional se podía pasar por el campo todas las mañanas durante un mes y recibir el máster de su vida por la cara. Fijo que Jacinto ni le cobraría.

Él me ha ido enseñando todo lo de los plantones. Cómo y cuándo sembrar, cuánto riego pide cada uno, cómo quieren la tierra, si tienen que tener mucho espacio o poco, los de invierno, los de verano. Todo. Lo único que hago es sentarme y empezar a ver cómo se mueve. Luego me va señalando cosas con los ojos para que se las acerque; un sachó, una lata con

azufre o unas guías de tanza. Poco a poco Jacinto va contando lo que le parece o pasa la mañana y ni te pide nada ni te cuenta nada. Una delicia.

OceanofPDF.com

Cinco

En abril fue cuando me dijo lo de los alcauciles.

—¿Alcauciles no vas a querer?

—¿Alcauciles?

—Sí. ¿Te pongo?

—No sé, Jacinto. ¿Me llevo?

—El alcaucil es para julio, pero esta zona es fresca y puedes empezar ahora. Se te dan igual.

—¿Y qué hago? ¿Cuáles son?

—Están detrás de ti. El alcaucil es un caramelo. Lo que comas con él te mejora siempre el doble. Si lo cuidas bien y lo cortas cuando tienes que cortarlo, te da unos guisos que no te lo da nada. Tienen que ser de esqueje. Más tiernos. Alguna vez los he criado de sementera, pero no dan lo mismo. Ni tampoco el gusto.

—Lo que tú quieras, Jacinto.

—No, lo que quieras tú.

—Pero es que no sé, me los llevo, ¿no?

—Es un cardo, Samuel, un cardo manso. Los cardos también dan buena olla, pero más recios, más peleones. Llévate alcauciles y ya me dirás a final de año.

—¿Tanto? ¿Hasta final no se cogen?

—Se cosecha con los fríos. Son de frío, de invierno. Les engorda y les crece lo amargo. Es un amargo que gusta, como el picante que gusta y lo ácido que gusta. Se te cría sin problemas. Solo regar y mirar. Mucho agua pero sin encharcar. El surco alto, que no se empapen por abajo. El alcaucil

quiere frescura, pero el empape lo pudre. Y el gusano, tienes que estar muy pendiente del gusano.

—¿El gusano?

—Y estiércol. Flojo. No le avientes mucho. Te vas a llevar estiércol del de arriba. Con un par de sacos te llega —Jacinto miró detrás de mí y me dijo con la barbilla que le pasara una cesta larga que tenía colgada de un chupón de la higuera.

—Aquí te caben diez o doce zuecas.

—Jacinto, no te sigo. No sé de qué me...

—Arriba tengo las madres. De la madre sale la zueca, Samuel. Arrancar con cuidado, con miramiento, que te traigas raíz y dos o tres yemas. Si viene algún brote, mejor. Y que vengan sanas —Jacinto lo decía poniéndose el dedo en el entrecejo.

—¿*Sanas* qué es?

—Sin lo mustio de abajo. Lo mustio no nos vale, ni con esto ni con nada; todo lo que lleve mustio se te agosta. Y sin cortes. Te las llevas. Ahora mojamos el cesto. Déjalas dentro, en la casa, cerca de una ventana entreabierta. Mañana cuando vengas lo mojas otra vez, lo sacas y te pones con la tierra. Abres y metes estiércol separados a un brazo. No te quedes con terrones. Entierras y ahora una cuarta entera por todo el líneo, y otra vez tierra. Luego con el cabo le abres bien y entierras. Te van a dar buena olla. Mi mujer las hacía como la gloria.

Ahora sé que lo que pasó duró más de lo que tuvo que haber durado. Más de lo que cualquiera puede aguantar. Un merecimiento alargado. Pero me llené de asco y no se me iba. Soy malo para enfriarme. Cuando lo de mi hermano, me llevé dos meses sin poderlo mirar. Mi madre me repetía que dos hermanos solo se tienen el uno al otro y que no quita que algo esté mal para que le hablara, que era mi hermano, Ahora ya le hablo, pero el asco no se me ha ido del todo. Es bueno tener corazón y ayudar a los demás, y perdonar. Mi hermano es un maricón que dejó a mi cuñada y se fue con el de Natur House. Es mi único hermano. Nunca le noté nada. Un tío que siempre fue por derecho, con sus estudios, sus salidas, sus novias. Hizo un ciclo de soldadura en el Funcadia y con las mismas prácticas se quedó para una contrata de tres meses. Después varias rachas de paro y tajo, pero

pocas, casi siempre sin faltarle. Formal; con mi madre, con mi padre, conmigo y con el trabajo. Un par de novias sin cuajar porque no siempre cuaja todo, pero formal. Luego mi cuñada. Mi cuñada es una tía magnífica, y muy guapa, con cuerpo. También del barrio, de la calle Almería. A la hermana la hicieron un año Dama del Carnaval, y mi cuñada se parece a ella; no tan alta y menos rubia, pero se parece.

A mi hermano le dicen *Huarache*. Yo no, pero los amigos y en el barrio sí. Por sus zapatos. Mi madre nunca nos ha comprado nada caro y mi hermano quería las Nike Huarache desde que las vio en Barcelona con su excursión de fin de curso. Cuando le pagaron la primera vez, se fue al Hipercor y se trajo unas blancas con la lengüeta en turquesa y la talonera en negro. Después casi, ni ha cambiado. Parece un tema de fidelidad o algo de obsesiones o de algo; siempre Nike Huarache. Cuando Tote King sacó su *Botines*, mi hermano la escuchaba como loco y sacaba de las cajas sus modelos. Las tenía un rato encima del edredón, las limpiaba sobre limpio y las guardaba otra vez como el que acuesta a un niño chico. Alguna vez entraba en su habitación para pedirle algo cuando andaba con eso y me miraba con una sonrisa sin decir nada, como para que no se despertaran. Cuando se le ha ido quedando alguna más vieja, las ha guardado encima del armario en su caja. También guarda las cajas. Si le preguntas a uno que sepa, te va a decir que todo está relacionado, que el fetichismo viene a ocupar un hueco emocional y que solo es cuestión de llevarlo por un cauce de normalidad. Pero mi hermano dejó a mi cuñada porque le gustaba más el de Natur House. Da igual que tenga cajas de zapatos encima de su armario.

—¿Con dos líneas entonces me da? Me refiero como esos —le indiqué a su derecha.

—Sí, seis en cada uno.

—Y le...

—Las primeras cabezuelas te van a salir en el centro —Jacinto me interrumpió, lo hacía siempre que me veía muy torpe—. Y son siempre las más ricas. Más redondas y más ricas. Luego de los lados también, pero ya más chicas. El comer lo tienen igual, pero las primeras vienen abriendo.

—¿Y tienes recetas? De tu mujer, ¿tienes recetas?

—Para los caracoles y las babosas llévate tejas si no tienes. ¿Tendrá Pedro tejas? ¿Te has fijado?

—...

—Cuando empiezan las lluvias salen y te hacen el destrozo. Les gusta mucho lo amargo. Lechugas, brócolis y alcauciles. Si tienes amargo, te van a venir seguro.

—...

—Te llevas diez o quince. Allí las tienes —Jacinto me señaló una parte junto a lo de los sacos pero no las vi—. Las colocas alrededor, bocabajo. Van a ser su casa. Ahí los vas a tener siempre. A comer y a casa. No hay que pararse a buscarlos, son bichos muy tontos, si hay tejas se meten debajo. Las raspas y los pisas.

—¿Las pongo bocabajo?

—Los pisas bien, que le salga lo verde. Y a las babosas más. Te crees que están muertas pero son como muelles —Jacinto esgarraba continuamente y se lo tragaba.

—...

—Con el gusano no te descuides. Son como mineros, se meten y trabajan por galerías.

OceanofPDF.com

Seis

A finales de mes mis alcauciles estaban todos agarrados y sus brotes con un lustre como de plato de magacín. Cada uno con su terciopelo blanco haciéndole de guardaespaldas. Ese también es un tema de Dios. Si te acercas, si te agachas y te acercas, lo que se ve es un diseño de cientos de filamentos plumosos que se cruzan en diagonal, haciendo filigranas, formando triángulos como en las cúpulas de Fuller. Todo en el crecimiento de las plantas lleva dentro a Dios o a las matemáticas. Si no, no puede ser.

La huerta de Pedro había crecido y ahora era mi huerta. El mismo vergel pero con más orden y más variedad. Jacinto me había dado sementeras de calabaza y berenjena blanca para transplantar. Y antes, poco después de los alcauciles me traje también plantones de acelga, cebolla y coliflor. Había cavado otra banda más hasta la cerca para lo nuevo y ahora tenía doblado el terreno que él me dejó. Justo al borde con el muro, en la parte más fresca, sembré espinacas, zanahorias, rábanos y perejil, cilantro y albahaca.

Por las mañanas yo seguía viniendo cada dos o tres días, me liaba con los animales, arreglaba todo, corría y me pasaba después para el rato con Jacinto. Allí llegaba siempre sudado, con mis gafas tornasol, con mi botella en la mano y vestido con prendas flúor. Si corres *cross* tienes que llevar algo de pasteleo encima, porque siempre se te puede venir la noche encima o joderte malamente lo que sea y tener que parar. Con el flúor dan antes contigo.

La primera vez que llegó yo había entrado para cambiarme y estaba en el salón. Al circuito que hacía últimamente le estaba añadiendo dos kilómetros más que corrían por arriba del carril de Tariquejo, junto al arroyo que acaba en las vías. Empezaban a venir las mañanas con más calor

y había dejado ya las mallas por las calzonas. Tengo tres y las tres iguales. Yo siempre fui con Nike largas hasta la media de Punta Umbría. A mí no me gustan mucho las carreras, pero Pedro me apuntó a la de dos mil catorce y fuimos y la hicimos. La media maratón de Punta Umbría es cosa de hora y cuarto y poca dificultad, pero aquella mañana salió de calor y se me rozaron los aductores. Desde allí pasé de la larga y ahora solo visto corta. Tres Asics Split, las tres negras, con la huevera de red elástica que parece que ni está. Cuando das con una prenda que te gusta no hay que andar probando más.

El primer golpe, que fue una teja que rompió, a mí me pareció un chasquido del baffle. Sonó como un petardo de cincuenta céntimos. Estaba sentado cruzando bien los cordones. Cruzar bien los cordones es importante; si tiras mal y anudas mal, la sujeción no es pareja.

La madre de Pedro tiene una estantería grande de obra en la pared a la izquierda de la chimenea. Las repisas son irregulares y están cruzadas sin orden, como en un cuadro de Mondrian. En el centro hay un Grundig que no sé si funciona. Es bonito de ver apagado, porque encima tiene un galeón inglés de corcho teñido y barnizado. Yo prefiero la radio. Está por encima del televisor y es un Sanyo de doble pletina. La enciendo cuando llego y la apago cuando me voy. Siempre Radio 3 y con el volumen alto.

Con el segundo trastazo corrí a la puerta y lo vi. Ahí llegó la primera embozada de asco. Un perro negro estaba corriendo como un majara por mi huerta. Tenía el pelo largo y cenizas las puntas de las patas. Mi respiración me hacía cardenales por dentro. El pisoteo más gordo fue con las tomateras, el perejil rizado y los alcauciles. Me fui rápido hacia él cagándome en sus muertos y gritándole que parara. Desde detrás de la cancela escuché un silbido.

—Bruno, Bruno —silbaba agudo y corto—, Bruno, cariño...

—Me cago en Dios y en su puta madre —con la mirada busqué en el carril al dueño del perro pero no lo veía. Mi cabeza iba del perro a la cancela y de la cancela al perro con una furia de lava explosiva. Agarré un cabo que tenía mojando para un azadón y traté de asustarlo. Mis ojos y mi boca le echaban veneno agrio y me cagué en todos los santos del cielo—. Me cago en Dios, llama al perro, llámalo que lo destrozo.

—Bruno, Bruno. Vente, bonito. Bruno...

Bruno pasó por mi lado como una pavesa y se fue para la portera. Con un movimiento rápido atravesó los barrotes sin apenas rozarlos. Cuando llegó al carril empezó a saltarle a las piernas a un tipo que lo acariciaba y que le decía que tenía que portarse mejor, que no podía ser tan travieso ni entrar sin permiso en las casas. Una repugnancia temblona me trepó por las piernas y subió hasta mi cabeza. Me fui con el palo para la cancela.

—¿Qué coño ha pasado?

—Es Bruno, que sigue siendo un cachorro.

—¿Bruno? ¿Cómo? Pero ¿tú has visto?, ¿has visto el destrozo que me ha hecho el perro?

—Es un cachorro todavía. Con todo el cuerpo que le ves, es un cachorro todavía.

Hay veces que te quedan dos o tres kilómetros para terminar y te salta un pinchazo. Es el mismo circuito de siempre y lo controlas, o a lo mejor has cambiado y le has metido una variante, alguna subida por otra calle o un tramo por una zona verde, y salta sin esperarlo. Es un pinchazo que te deja terminar, que te duele pero te deja terminar. En esos dos kilómetros no piensas en el dolor, es más si te dejará correr la semana siguiente o si cuando enfríe será peor de lo que parece. Ahí en tu cabeza se instala una desazón irracional y aparece un aborrecimiento hacia todo y hacia nada. No tienes a quien culpar; el calentamiento y el ritmo han sido correctos y ha dado igual, el pinchazo está ahí y no sabes a quién dirigir tu asco.

—...

—Soy vecino —Bruno había vuelto a su carrera, ahora hacia la parte baja del carril. Iba y venía y le ladraba al aire. Me alargó la mano con una sonrisa cerrada y me dijo que era de las últimas casas. Las últimas casas eran las de los vecinos que compraron la parte que hace esquina, también las que se construyeron después. *El Zorruno* me contó que esa parte no la había querido nadie porque era la más seca, pero que al final, más baratas pero se vendieron. Ocho o diez parcelas. También estaban ya todas solo para fin de semana o alguna fiesta—. Me llamo Fidel. No te había visto antes; salgo mucho a pasear, con el perro, pero no te había visto. Antes estaba otro muchacho, ¿no?

—¿Has visto? Me ha... El perro me ha pisoteado toda esa... ¿Por qué no lo...? ¿Por qué lo llevas suelto?

Fidel seguía con su mano abierta y ofrecida, como un vendedor de seguros veterano. Yo estaba con el cabo apretado y el vómito en los ojos. La retiró y me pidió perdón. Volvió a decirme que era un cachorro y que solo quería jugar, que no se lo tuviera en cuenta. Me pidió perdón varias veces más y que no volvería a pasar. Era un desarrollo de dos mundos a cada lado de la cancela. Fidel estaba en una pradera de hierba larga y dorada, mecida por un viento racheado, con su sonrisa de aflicción moderada. Era *El mundo de Cristina* de Andrew Wyeth. Yo estaba en el borde mismo de unos riscos aguzados. Bajo mis pies, blancos y cenizas, un oleaje de cirros borrascosos. Yo era *El caminante sobre el mar de nubes* de Friedrich. Con una sola embestida habría podido destrozar cada uno de los hierros y con un solo golpe habría arrancado la cabeza de Fidel y que rodase veinte o treinta metros hacia abajo, donde ahora volvía a jugar otra vez Bruno. Un idiota, un *hippie* idiota viene con su perro suelto y majara, viene dando un paseo de *hippie*, con el paso lento y los ojos espiritados de porro tempranero, un idiota con sus siete chacras en perfecto estado. Y te dice que es un cachorro, que bueno, que no es un cachorro ya pero que se comporta todavía como un cachorro, que solo quiere jugar, que si quiero entra y me echa una mano para recomponerlo todo, que sabe un poco de huertas.

—No pasará más.

—Claro que no pasará más —levanté el cabo y lo apoyé en la lama horizontal de la reja—, claro que no pasará más —remataba el final de cada palabra con un golpe seco que lo llenaba todo de metal—. No va a pasar más, porque si tu perro me destroza lo que sea, si tu perro vuelve a entrar y me toca cualquier cosa, me da lo mismo, aunque sea una mala cerraja, por mis muertos que lo mato.

—Solo es un animal. No sabía que te estaba haciendo daño. Él solo piensa en jugar y trastear. Se saltó. Solo quiere correr, no le des más importancia. Es poca cosa y si quieres entro y arreglamos. No puedes decir lo que dices, amigo —Fidel miraba para Bruno y me hablaba convencido de la poca justificación de mis amenazas—, ahora estás enfadado —me lo contaba con las manos en los bolsillos y una voz de cura moderno—, pero

cuando te calmes, verás que no merece, que, joder, solo es un animal que arrolla sin conocimiento. Solo quiere divertirse —el cabo había empezado una danza de temblor volcánico sobre la lama y quedaban pocos segundos para la erupción.

—Si entra otra vez lo mato.

Me volví sin decirle nada más y entré otra vez a la casa. Una torrentera de sudor estaba bajando por mi espalda y cogí una silla. En la radio, Santiago Alcanda pinchaba *Baltimore*, de Randy Newman.

OceanofPDF.com

Siete

El asco es un pepino amargoso, ahora lo sé. Pero también es irremediable. Uno no puede parar un levante que llega y lo socarra todo durante varios días. Lanza tres o cuatro avisos con unos vientos horneados que se meten sin fuerza por los callejones y después terminan en los pinos, hacia Cartaya. Esos son los *speculadores*, después vienen desde la parte de Huelva las legiones, con sus primeros arranques racheados, y ya no para. Eso lo vi la semana pasada en *Gladiator*, que lo puso Antena 3. El pimiento, el perejil, el calabacín; todo lo más flojo se viene abajo. Hay que regar también por la tarde, si no, se te van. No se puede parar; llega y se queda lo que quiere.

El asco es una repugnancia que se reparte por todo el cuerpo y no se va. A mí no se me va. Se larga algunas veces, como si cogiese vacaciones, pero luego vuelve. Siempre está ahí, arrellanado en mi cabeza.

El pepino de Sánchez Cotán es amargo. Solo hay que verlo; demasiado amarillo. Pero es porque tiene que compensar al del membrillo. Es un bodegón muy justo, sin la locura de los flamencos. Una cosa recia, una curva de frutas de una esquina a otra de una ventana. Un membrillo, un repollo, un melón y un pepino. Una composición maestra.

Yo tengo que ser uno de los que más sabe de arte de Huelva. Mi abuelo se quedó viudo muy pronto y mi madre se lo trajo. Ha estado siempre con nosotros. Mi abuelo era un pirado del arte. Era completamente analfabeto y solo sabía firmar, pero se llevaba horas enteras viendo cuadros; como cuando los niños pequeños miran cómics sin saber leer. Tenía las estanterías del pasillo y el mueble bar del comedor a reventar con sus colecciones. Algunas habían sido fascículos semanales y luego mandados a encuadernar, pero la mayor parte eran antologías artísticas de cualquier disciplina, sobre

todo pintura. Mi madre no le cogía nada de su pensión porque se lo gastaba casi todo en las letras. Antes de morir se estaba pagando hasta tres enciclopedias a la vez.

Mi abuelo se sentaba en el sillón de la terraza y veía cuadros. Me llamaba a mí para que le dijese quién lo había pintado.

—¿Y este?

—De Brueghel, *Los cazadores en la nieve*.

—¿De cuándo?

—Mil quinientos sesenta y cinco.

—Eso son —mi abuelo se miraba los dedos pero no los movía—... Eso son cuatrocientos veinte, ¿no?

—¿A este año?

—A este año.

—Son..., sí, cuatrocientos veinte años. Cuatrocientos diecinueve. Brueghel lo terminó hace cuatrocientos diecinueve.

—Mira el blanco. Blanco, gris y marrón, no hay más —mi abuelo lo decía rodeado de decenas de tipos de verdes, todos los de la selva que mi madre tenía plantada en el balcón.

—¿A dónde van?

—Cualquiera sabe. Cazar en invierno y con esa nieve...

—¿Los perros también cazan?

—Mira la composición —el dedo casi transparente de mi abuelo describía una curva parábola sin rozar el papel—, de izquierda a derecha, de arriba abajo. Y los árboles, metiéndote dentro, hasta los patinadores.

—¿Estos tres son galgos?

—Porque eso es gente patinando. Sobre hielo. Por ahí patinan sobre hielo de natural; se les hielan las charcas y aprovechan.

Si entraba del colegio preguntando por la comida, su cara canija de buena persona estaba ya asomada por la cristalera del balcón. Yo sabía que mientras mi madre apartaba lo que hubiese, nosotros echaríamos un rato con alguna tahitiana de Gauguin o con algún santo de Mantegna. También por la tarde, cuando terminaba mis tareas, y al volver de la calle, antes de cenar. Después la costumbre se me quedó, y nos sentábamos juntos, sillón

con sillón, rodeados por la jungla, para ver cuadros. Con mi abuelo he recorrido varias veces todos los siglos de la pintura.

Cuando me cambié a mi piso, mi madre me dijo que me llevara los libros, todos si quería, que el abuelo estaría encantado con que los tuviese yo. Me subí los diez tomos de Historia del Arte y los tres del Gran Atlas de la Pintura, todo de Salvat. Mi abuelo decía que Salvat era lo mejor para el color, que a Bruguera le faltaba luz y que Sopena lo enfriaba todo demasiado.

No es el asco que se siente por un aseo sucio o por un arroz pasado. Tampoco el asco por el Barça o por el Madrid, ni el de los gentiles por los judíos, ni el de los gitanos por los payos. No es el asco por un café aguado o por una cerveza caliente. Es más el asco por los mierdas religiosos o por el reguetón. Es una grima con músculo, una tirria innegociable, sin capacitación para el pacto. Te entra un desagrado como de empacho de fritura. Por unas semanas no se te va, o meses, o para siempre. A Fátima le pasó con unas pavías de bacalao.

El asco por Bruno fue flojo; me duró como un mes o poco más. Después vino algunas veces, solo como recuerdos, y ahora ya nada. Pero el asco por Fidel no pude ni filtrarlo. Con una repulsión y unos puños apretados disimulando la temblina, con las uñas hiriendo las palmas, como con un café recién hecho por los ojos; una náusea de escenario, como en *La bebida amarga* de Adriaen Brouwer. El asco es una locura tan amable como una de cinco más el complementario.

El pepino amargo es igual que los demás; de aspecto, de olor, de verde. Se siembra en primavera como el resto, con su misma humedad siempre, para que den más tiernos y carnosos. Se le despunta igual y se recoge cuando se recogen todos. Si lo tuviste en espaldera, habrá trepado como los demás, si en el suelo, pues en el suelo. Igual en todo, pero al morderlo, está amargoso. Es *The only cucumber*.

Si has visto muchos como Jacinto, entonces sí que puedes saberlo. Jacinto dice que cuidado con el amarillo de la cabeza, que por ahí canta.

Ocho

Antes de venirme para Huelva cada cosa volvió a quedarse en su sitio. También el asco. Estuve varias horas cavando y enderezando, corté con navaja lo tronzado y re Coloqué las tejas que Bruno había tirado y roto. Regué por encima con la goma pisada con el dedo y me vine.

A la mañana siguiente volví. Los alcauciles estaban bien. También lo demás. Aún eran chicos y la fuerza por despabilar les hacía rebelarse y estirar.

Los tenía que haber sembrado en julio, pero Jacinto dice que no pasa nada por adelantar las siembras. Que no son recetas de cocina con su tiempo y sus medidas, que lo primero es mirar las cabañuelas y luego sembrar. Yo había oído alguna vez a alguno del telediario algo sobre eso, siempre con un tono fácil, sin reírse demasiado pero contado como guerras de los abuelos. Jacinto dice que las cabañuelas son como una calculadora; juntas lo que ves, lo sumas o lo restas y te da un resultado.

Si siembras antes, tienes que regar más, y al principio es más lento, pero le viene bien al agarre, luego con el calor empiezan a estirar y ya normal. Es como calentar antes de correr.

Con todo tranquilo entré a la casa y abrí el bote de la marihuana para hacerme un porro. Lo tengo siempre todo dentro, pero el librito no aparecía por ninguna parte. Miré en las escaleras del porche, porque algunas veces fumo allí, miré alrededor del burro de corcha que tengo bajo la higuera y miré en la tapia de la alberca. Como no aparecía, entré otra vez a la casa y me cambié. Fui corriendo hasta Aljaraque, hasta el estanco. Yo soy delicado para el papel. En Aljaraque hay dos chinos y los dos venden Rasta Blue y Rasta Black. También uno naranja con mucho gramaje y que huele a

mojama. El azul todavía se salva, pero el negro, que además es diez milímetros, no hay dios que lo encienda; los tres son una mierda de papel. Por eso voy fijo a los estancos, en Huelva también. Me gusta el OCB azul, y algunas veces, solo por el punto, el Smoking Deluxe.

Lo hago muchas veces, lo de correr a los sitios. No mi ruta, sino correr si tengo que comprar lo que sea, como el majara de Forrest Gump. Si estoy en casa arreglando cualquier lío y me hace falta un destornillador de estrella, me cambio y voy corriendo hasta el Leroy Merlin, o hasta el Carrefour para comprar Gatorade.

En Aljaraque me pasé también por la heladería de Ángel. Cada vez que me acerco al pueblo, entro y le pido una tarrina chica de nata. Esa mañana fue la primera vez que vi a Fátima; ella iba delante y pedía uno de pistacho. Ahí no le dije nada.

Fui andando y saliendo del pueblo mientras me comía el helado. Después empecé a correr hasta el campo. A la entrada, junto a las primeras parcelas, paré y seguí caminando hasta lo de Pedro, estirando un poco. En un callejón que cruzaba vi a Bruno que se metía. No vi a Fidel, pero el asco me volvió.

En mayo apareció dos veces más. Pasó junto a la cancela con su paso de hombre moderno, llevando su flequillo hacia atrás por encima de las orejas con un gesto superior de poeta trasmutado. Hay una clase de idiota que aborrezco más que ninguna otra, y es el idiota moderno. Son tipos que piden lo que sea en un bar con el mismo tono con el que llaman un taxi. Son educados a tiempo completo y agachan siempre la cabeza treinta grados cada vez que hablan contigo. No es nada racional, pero se escapa a mi control; si me cruzo con uno en cualquier sitio, mis tripas se arrepían y prefiero salirme de donde esté, porque esa insistencia en cambiar la palabra cotidiana por fórmulas de corrección es algo que me atraganta y me produce ardores.

Las dos veces Fidel levantó su mano y me dio los buenos días. Yo le contesté con la cabeza.

—Buenos días, Samuel.

—... —levanté la barbilla y le apreté los labios.

—Está fresca la mañana, ¿verdad?

—...

—Es una luz preciosa. Mayo tiene esa luz, no es el fogonazo de julio... Muy abierta y muy azul, pero no te ciega —Bruno iba y volvía, sin prestar atención a la huerta.

—...

—Tienes un vergel. Está todo precioso —volvió a llamar a Bruno casi con protocolo, con silbidos cortos y seguidos—. Bueno, Samuel, seguimos el paseo.

Llevaba razón. La huerta era una explosión de verdes ordenados y alineados, con distintas alturas y distintos recogidos. Cada surco tenía su solana y su umbría y los verdes eran más pajizos o más fríos según su orientación. Todo iba como me gustaba o con problemas menores; algunas malas hierbas que seguían insistiendo, los mirlos que esculcaban las sementeras altas o lo de las espinacas.

—Les he puesto las cañas con los espejos como me dijiste y parece que ya no se acercan. Tampoco a la higuera. Pero las espinacas no las saco, Jacinto. Están arracimados, los cabrones.

—¿Le diste más del palmo?

—Las sembré con el palmo sobrado, bien de aire.

—La espinaca, si se apelmaza, es como una nube. Y esa humedad es la que arranca el pulgón. La que siembres en primavera tiene que tener su sitio y poco roce con las otras.

—Lo tienen, y todo lo más viejo se lo voy limpiando, pero los cabrones parecen una marea.

—El pulgón es muy golimpo, y si dice de quedarse se queda. Le tienes que echar líquido.

—¿Y qué?

—Hay sobres de cipermetrina para disolver en cinco litros y rociar, pero eso el pulgón se lo bebe como el agua con azúcar. Lo puedes comprar en el pueblo, en el de abajo o en el de la carretera, pero hay que insistirle mucho, porque ahora todo viene muy flojo para que a la planta no se lo quede.

—Pero...

—También te vale para el escarabajo y la mosca. Igual, hay que insistir cada dos días o tres según lo tengas rebajado.

—Y dónde...

—Ahora cualquier niño ingeniero te dice cada gota de cada bote que tienen que llevar las cosas. Esto lo echas con esta dosis para cada tantos litros y tres días de carencia desde que lo echas hasta que recojas. Esto ahora dice Europa que no, que fumigado sí pero por la goma ni se te ocurra. Este hasta dos mil tres para lo demás sí, pero para la cochinilla ya no —Jacinto lo iba contando todo mirando al suelo. Después escupió y lo pisó.

—¿Lo compro?

—Y ninguno pisa el terreno cuando se abre el día, ni se apoyan en la tapia con nadie para echar un cigarro. No apartan las matas cuando se quita lo viejo ni tampoco riegan por la tarde con la fresca, mirando y escuchando. No saben para qué se siembra con luna ni por qué se ata o se desata.

Jacinto entró en su casa y salió con un paquete de papel con fosfamidón. Era de periódico y lo tenía doblado como un cono plano. Me contó que ya lo tenían prohibido desde hacía tres o cuatro años, pero que quedaban muchos sacos que nadie retira y que sigue vendiéndose. A él se lo tiene un amigo de Lepe. Su mujer montó con una hermana un invernadero de cactus y de planta para jardín, y como no es nada para comer, sigue repartiendo de un par de palés que le quedan, de cuando se podía. Lo vende solo a los de fiar. A Jacinto se lo da. Se conocen bien por algo de trabajo que hicieron juntos hace muchos años.

—Y si con esto no, las arrancas.

OceanofPDF.com

Nueve

En junio Bruno volvió a meterse. Fue un viernes de la segunda semana, con un calor sauna turca. Yo había venido con la idea de arreglar rápido y volverme para Huelva. No había traído la muda para correr ni tampoco me pasaría por lo de Jacinto.

Primero pasaron los dos como las demás veces. Bruno siguió como un cohete por el carril y no se paró. Fidel me saludó y volvió a decirme que daba gloria ver cómo llevaba el huerto, que si tenía interés en vender, que él me compraría bastante de lo que sembraba, que la salud te lo da lo verde. Estuvo un rato hablando de lo beneficioso de comer siempre de cercanía, que nada como lo orgánico y que cuanto más crudo más saludable.

—Porque cualquier proceso de cocción termina laminando las propiedades del producto. Incluso el vapor; el vapor está bien, mantiene casi todo, pero si puedes, Samuel, tómalo crudo. Ahí están todas sus cualidades intactas. Y nada de sal, la sal no es buena cosa. Tú arranca, lávalo bien y come. La naturaleza no nos lo da asado, ni por supuesto frito. Y si ella nos lo ofrece así, quiénes somos nosotros para transformarlo.

—...

—Y desde luego, siempre de huerta. Yo siempre de huerta. Cada producto que se envasa y transporta encarece su precio y contribuye al desastre.

—...

—¿Brócoli no tienes? No lo veo.

—...

—Un superalimento. De los más completos. Muchas vitaminas. La C y las B, y sobre todo la A. Y de todo. Calcio, mucho calcio; mucho más que

la leche. La industria láctea nos tiene fritos con su publicidad. O bebes leche o bebes leche. Los únicos mamíferos que la tomamos de mayores. Y ácido fólico, y minerales. Y antioxidantes. Una delicia.

—...

—¿Y col rizada? Yo la como directamente en ensalada, con garbanzos tostados y anacardos. Y una vinagreta de limón, mostaza, aceite de oliva y sésamo. Esa lo que te da es betacaroteno. Extraordinaria para la vista.

Bruno pasó por detrás de él y se metió. Cuando Fidel se quiso dar cuenta, su perro estaba otra vez saltando por los lomos y trillándolo todo. Eran vueltas nerviosas que terminaban en derrapes y que arrancaban o desmochaban las matas. Fidel empezó a llamarlo con verdadera preocupación e insistencia. No fue como la primera vez. Hacía el ademán de entrar y le silbaba y le pedía que parase. Le dijo muchas veces que volviese con él, que ya bastaba, que era malo y que lo iba a castigar. Yo me quedé quieto, no reaccioné. Solo dejé que los primeros hervores que aparecían por la planta de mis pies fueran subiendo por el tobillo y se encaramaran por mis tibias y mis rodillas al resto de mí. Cuando se cansó del juego, Bruno volvió a salir y corrió para la parte baja del carril. Fidel volvió a llamarlo y Bruno vino a sus pies moviendo el rabo y agachando la cabeza. El tono de Fidel era distinto y Bruno lo pillaba. Le dijo varias veces que por qué lo había hecho, que ya estaba bien y que tenía que cambiar, que ya no era un cachorro. Le dijo también que papá estaba muy enfadado.

Yo dejé lo que estaba haciendo y me senté en las escaleras del porche. El asco estaba otra vez con una densidad de melaza, y no me sorprendía. Como comer un Trident Watermelon sabiendo que es el sabor fruta más conseguido. Fidel seguía en el carril, diciéndole algo a Bruno que yo ya no oía. Le ponía su dedo índice cerca del hocico y lo movía haciendo el *no*. Bruno meneaba el rabo y acezaba nervioso. Yo llamé a Fidel.

—Fidel... ¿Puedes entrar?

—¿Qué?

—Entra, por favor —se lo dije también con la mano.

—¿Quieres que pase?

Fidel cogió a Bruno por el collar, corrió el cerrojo de la cancela, volvió a echarlo y se acercó. Eran apenas diez o doce metros hasta el porche y no

paraba de reñirle a Bruno, diciéndole que ahora iba a pedir perdón por todo lo que había hecho. Yo me levanté y le dije que pasara.

—Entra, por favor.

—Lo lamento mucho, Samuel, de verdad que lo siento. No sé como lo hace. Es un perro que luego es muy cariñoso, y no muerde ni es violento. Y con los niños tendrías que verlo. Es demasiado travieso, demasiado. Muy revoltoso. En casa no es así, pero cuando sale, se transforma. Y ya sabe que lo que ha hecho está mal, muy mal —se dirigía a Bruno y le decía que me pidiese perdón, que se acercara a mí y me pidiese perdón.

—Pasa, por favor —con los brazos abiertos e indicando la puerta le dije a Fidel que pasara.

—Es una casa bonita. Y estos muebles me siguen gustando, me llevan a mi niñez. Todo tiene alma, es algo que se nota, cuando una vivienda ha sido hogar, se nota, está en el suelo y las paredes, y en los muebles —Fidel se acercaba al sofá y a la mesa chica y pasaba su mano abierta unos centímetros por encima—. Claramente Feng Shui, ¿quién la construyó? Porque esta puerta es un Frente clarísimo. Creo que sí. Mira la Montaña, la dirección de la Montaña —Fidel se giraba sobre sus pies y daba pequeños pasos—. Y este lado. ¿Quién la construyó? Hay mucho Yang en este Frente, mucho Yang. Puedes estar tranquilo con tu Chi; recorre la casa como un arroyo transparente —Fidel y Bruno seguían haciendo pequeños recorridos por el salón y yo me acerqué a cerrar la puerta.

—Siéntate, Fidel. Aquí mismo —le indiqué una butaca mientras encendía la radio. Fidel agarraba a Bruno por el collar a la vez que entraba algo de Tracy Bonham.

Me acerqué a la cocina. Toda mi musculatura respiraba como después de un estiramiento, y con cada paso, mi espalda rechinaba muda, como con un arreo de cascabeles sin escrupulillo. En un esportón de goma tenía tres cabos de sacho que Jacinto me había dado; dos eran de olivo y uno de naranjo. Cuando poda, le gusta guardar las varas sin nudo para los cabos. Tiene más de los que usa y le gusta regalarlos. Yo los había metido en agua con sal tres días antes. Jacinto me había explicado que la madera se cura con la salmuera y que así tenía cabos hasta aburrirme. Cogí el más pequeño, lo sequé con un paño de cocina y volví al salón. Bruno estaba más calmado

y Fidel le acariciaba el lomo. Mi mano agarraba el cabo con una fuerza estática desenfrenada que llegaba desde mi hombro. Pasé por detrás de Fidel, levanté el brazo y lo solté a plomo. Su cuerpo moderno se desvencijó como un costal de arena y quedó inconsciente en el suelo. Bruno empezó a ladrar y a dar pequeños saltos nerviosos. También movía su rabo alrededor de Fidel. Lo llamé y lo agarré por el collar. Fui con él hasta la cocina, dejé el cabo sobre la mesa y busqué una cuerda en los cajones. Lo até muy cortó a la pata de la mesa y le pegué con fuerza. Uno de los golpes le abrió el cráneo a la altura de la oreja y Bruno empezó a sangrar mientras se desvanecía. Con un golpe más apuntado lo dejé seco. El asco estaba ahora flotando a media altura y ocupaba el salón y la cocina. Si hubiese fumigado con cualquier producto colorante, se habría visto perfectamente atrapado como un banco de niebla de Turner.

Con otro trozo de cuerda gruesa amarré los pies y las manos de Fidel con fuerza. Para la boca corté un trozo de un paño por la mitad, lo arrugué como una bola y se la metí procurando que la lengua no se le fuese para la garganta. Con la otra mitad le hice un lazo que amarré por la nuca. No había hecho nada de eso nunca antes en mi vida, y seguramente habrá mejores maneras de hacerlo, pero basta que hayas visto alguna película de Greengrass o Tarantino y dos o tres series de HBO para que lo imites todo sin plantearte otras maneras.

Con un solo movimiento agarré a Fidel como un fardo y lo subí por las escaleras hasta el doblado. El majazo había sido redondo y estaba completamente desvanecido. Su cuerpo era un diente de sierra perfecto y sus brazos bajaban como en la *Piedad Bandini*. Lo dejé en la mitad del suelo, y allí encogido sobre su cuerpo, parecía una cría gigante de vencejo.

Pedro también tenía el doblado barrido y en perfecto orden, sin apenas cacharros por medio y ninguno roto ni acumulando polvo. Lo que fuese lo tenía todo ordenado en una esquina, sobre una alfombra de goma negra como las de los bares, y cada cosa metida en cajas o envuelta en plástico y después amarrada o precintada. Se podían adivinar algunas siluetas de flexos, monitores viejos de ordenador, percheros, ventiladores, varias de lámparas y alguna que parecía una máquina de coser. También parejas de sillas unas encajadas en otras y después metidas en bolsas de basura

industriales. Todo corría perfectamente apilado hasta la mitad del muro y parecía una cordillera de plástico negro. Ahí empezaban tres estanterías metálicas blancas una detrás de la otra, con cajas de distintos tamaños también precintadas con cinta de carroceros beis. En la balda baja de la última había dos televisores, los dos cubiertos con plástico de burbuja y después precintados. El de mi casa está igual pero sin plástico; en un rincón del cuarto chico. Hace cinco Reyes, Media Markt, Carrefour y los demás espabilados decidieron que los televisores de tubo eran grimosos y que había que largarlos. Inundaron sus tiendas con pantallas planas de todas las leches, y si no te comprabas una LCD, una OLED o una *Smart TV*, eras poco menos que un hortera antiguo. El día seis por la mañana, sobre mediodía, si te dabas un paseo por la ciudad, podías ver los televisores de tubo todavía perfectos apilados en los contenedores.

El doblado tiene dos postigos, uno en cada peto, y estaban entreabiertos, dejando pasar una luz velada que le hacía a Fidel dos sombras arrojadas opuestas y unos negros intensos como el picón. Caravaggio le habría hecho un *abbozzo* con aguatinta y lo habría flipado.

Mi plan mañanero de llegar pronto, arreglar rápido y largarme sin más, hacía un rato que había cambiado. Ahora el calor era todavía más asfixiante, con una humedad de marea alta y un viento descansando a la sombra. En el doblado la cosa era peor; varias ristras de gotas de sudor corrían por mi cara y bajaban por el cuello. Me quité la camiseta y empecé a dar vueltas alrededor de Fidel insultándolo entre dientes. Me agachaba, me quedaba en cuclillas y le decía de todo. El marrón en el que estaba era cosa gorda y había llegado sin pedirme permiso, manejando mis interiores como un *malware*, haciendo y deshaciendo, y solo ahora mi cabeza empezaba a entender lo que había pasado. Volví a cagarme en Dios un montón de veces más mientras no paraba de dar vueltas alrededor de Fidel. Él seguía pajarito y apenas movía su cabeza con gestos de gusano.

Después de un rato me levanté y bajé hasta el salón. Lo primero que haría sería fumarme un cigarro y ver cómo enterrar a Bruno. El chucho seguía en la cocina junto a su charco de sangre. Mientras estaba arriba, Bruno debió de dar algunas cojetadas finales y soltó el nudo que lo ataba a la pata de la mesa, se arrastró renqueando hasta los pies de la nevera y allí

acabó. Por eso la sangre estaba refregada por el gres con formas de abanico. Yo solté por completo la cuerda y lo aparté junto al taburete, busqué en el cesto y en los cajones una bolsa para meterlo pero todas eran pequeñas. Me puse otra vez la camiseta y salí a buscar un saco, los tenía de arpillera tupida, junto al naranjo, bien doblados y atados. Cuando salí, un escalofrío de miedo se arrellanó en mi estómago y me hizo entrar otra vez. Volví a cagarme en todo y a insultar a Fidel, tomé aire y fui a por el saco. Bruno cabía perfectamente, lo dejé junto a la puerta y busqué el tabaco.

Me lo fumé en el sofá, dando caladas largas y soltándolo lento. La mañana seguía mandando calor. Tomás Fernando Flores estaba con *Siglo 21* y ponía algo de Kate Tempest. Yo buscaba en mi cabeza el sitio donde enterraría a Bruno y buscaba lo mejor para Fidel.

OceanofPDF.com

Diez

Ese mismo día fue cuando vi a Fátima la segunda vez. Por la tarde y después de arreglarlo todo, en vez de tirar para Huelva, cogí el coche y me pasé por Aljaraque. Tenía hambre y calor y quería una tarrina de nata de las de Ángel. Es una nata mantecosa que se te pega en el cielo de la boca y alarga el sabor en el paladar un rato después de haberla terminado. Ángel tiene una parte de marcas y otra suya. Si te gustan los helados y comparas las dos neveras, en diez segundos captas rápido cuál es el mojón. Ya la textura te lo dice todo, pero además el brillo, y el color. El color en los helados de marca es muy porfioso, porque le meten colorantes para saturar. Ángel además te lo explica, y dice que al final son los cristales; si el tamaño de los cristales de hielo no tiene tamaño, ahí está el diez. Y una buena heladora.

Ángel estuvo preso tres años por algo de estafas con seguros agrarios. Y allí aprendió el oficio. Cuando salió pidió el subsidio para liberados de prisión, pero en vez de cobrarlo por meses vencidos, habló con el que llevaba lo suyo y solicitó el total para montar la heladería. Eso lo sé porque Ángel lo cuenta. Es un tío muy sociable que no para de hablar mientras despacha. Lleva un gorro blanco con una A gótica bordada en negro, y por detrás una cola muy larga recogida con un coletero de cascabeles. Es *heavy* pero de español, y casi siempre tiene a Leño o a Panzer. Cuando suena algo que le gusta mucho te despacha lo que le pides moviendo la cabeza y los cascabeles suenan a ritmo de bajo. A Ángel le ayuda su mujer, pero solo por las tardes. Merchi es una tía centrada y trabajadora. Tienen un niño chico que también se llama Ángel. Por las mañanas, Merchi los levanta a los dos, prepara los desayunos y se va para Huelva. Trabaja en un cocedero de

mariscos, el que está más cerca del McDonald's, en el Polígono Norte. Ángel lleva al niño al colegio, se toma un café con algunas madres y después abre la heladería. De temprano no hay mucha clientela, y él aprovecha para hacer y para probar. Anda siempre probando sabores nuevos, pero no de los nuevos de ahora. Ángel dice que todo eso de coger lo que sea y convertirlo en helado es faltarle al respeto al helado. A él le gustan las variaciones de los clásicos y le cuenta a todo el mundo que cree que ha conseguido una nata más o menos ácida, una fresa más fresca o un chocolate con el amargor más intenso, que en cuanto cierre los detalles, lo produce por kilos y lo pone en vitrina.

Ángel me había puesto una mediana y yo me la comía apoyado en el quicio, mirando el trajín de los coches y pensando en Fidel. También en el huerto y en lo que había cavado y vuelto a resembrar. Bruno había hecho más destrozo que la primera vez y algo se perdería, sobre todo la esquina de las espinacas y el final del líneo de las berenjenas blancas.

Fátima apareció como una bisarma. Yo me aparté y le dejé paso. Pidió una pequeña de *straciatella*, salió y se sentó en uno de los veladores. Venía con un vestido largo de algodón fino, estampado con hojas verdes y amarillas, y también rosas y turquesas por abajo; más grandes y lanceoladas, como hojas de adelfa. Traía gafas de sol negras y el pelo recogido por detrás en un moño simple atravesado con un alfiler grande de madera, o de caña. Fátima tenía un pelo negro precioso; un negro humo pero con brillo. Muy guapa también, con un corte de cara muy guiri y muy moro a la vez.

Mientras tomaba su helado me miró un par de veces y se dio cuenta de que yo estaba prendado con ella. Cuando alguien te gusta y está cerca, puedes mirar tres veces a las cien cosas que tengas a tu alrededor, puedes contarlas dos veces de atrás para delante y luego al revés, y puedes jurarte que no mirarás, pero al final tu cabeza no te hace caso y se gira. La tercera vez me miró entregada y se echó a reír. Yo me acerqué y le pregunté si podía sentarme.

—Está el tiempo para helados, ¿verdad?

—No puedo con este calor —seguía riéndose, muy nerviosa—. Estaba en casa arreglando papeles y los estaba mojando con el sudor de las manos

—Fátima se había quitado las gafas para hablarme y mostraba unos ojos achinados que eran una locura.

—Yo me llamo Samuel.

—Yo, Fátima —se acercó y me besó.

—¿Trabajas en casa?

—No, no. Estaba ordenando papeles antiguos, de facturas y recibos. Los voy metiendo todos en un mueble rojo que tengo en el salón. Tengo carpetas donde los ordeno y meto los que valen. Es una tontería, pero me da cosa tirarlos. A lo mejor es una factura de la luz de hace tres años —Fátima se reía y se limpiaba los labios del helado—, o del gas, y me digo, esto ya no vale para nada —volvía a reírse—, pero ¿y si hay algún problema de algo?

—¿Guardas recibos por si pasa algo?

—Ya sé que es —se reía bastante—... Ya sé que no tiene sentido, pero me da cosa tirarlos.

—Bueno, cada uno tiene su ritmo. Yo no guardo ninguno. Si alguna vez necesitara algo, creo que me acercaría al banco, o llamaría a la compañía, no sé, algo así. Pediría un duplicado. En fin, creo que no haces mal, conviene ser precavido.

—¿Y tú?

—Yo, ¿qué?

—¿Vives por aquí? No te había visto antes.

—No, cuido el huerto de un amigo, y había pasado a tomar un helado. Ángel es una maravilla. ¿Has probado los de nata?

—Sí, sí. Todos —seguía riéndose—, los he probado todos.

Fátima lo decía con una risa avergonzada y relamiendo con su lengua el fondo de la tarrina. Ahí fue cuando me di cuenta de su rareza. Fátima era una tía rara. Después del helado nos fumamos un cigarro, seguimos con la risa y contándonos cosas de cada uno, y luego subimos a su piso y estuvimos follando. Su habitación era una locura de rara. Tenía todo el techo y las paredes forradas con telas de algodón fino. Eran esos paños de colores intensos con los que se decoran las jaimas. En el techo tenía el más grande, y era rojo con cuatro elefantes imperiales en cian. Los de las paredes eran más pequeños y estaban unos a continuación de los otros sin

ningún criterio. Tenía algunas espirales cuádruples sobre fondo amarillo lima, dos mandalas de pluma de pavo real sobre un degradado magenta y varios con un motivo geométrico extraño formando ilusiones ópticas.

Después de follar se levantó, encendió una varita de incienso, juntó sus manos, hizo una extraña reverencia y volvió a la cama saltando sobre mí. Me estuvo contando que había terminado en Aljaraque de casualidad, que primero había vivido en Punta Umbría, porque había venido a Huelva trabajando para una empresa de importación de muebles de Malí. Como Huelva tiene mar pero no lo tiene y ella era de Ceuta y lo echaba de menos, había mirado el mapa y había decidido que viviría en Punta Umbría. Allí se echó un novio con el que terminó mal y le cogió aborrecimiento a él y al pueblo. Todo eso me lo contó a una velocidad que daba miedo, mientras fumaba y echaba la ceniza en un cenicero que había puesto en mi barriga. Yo le pregunté que por qué parecía guiri y también mora, y me dijo que era por su madre, que también era de Ceuta, pero muy rubia y muy blanca. Esto me lo dijo mientras se levantaba. Después pasó al baño y se duchó. Yo me quedé sobre la cama, haciéndome y fumándome un cigarro, y otra vez pensando en Fidel y en Bruno, en lo que había pasado, en lo que había decidido que tenía que hacer.

Cuando salió, Fátima venía sin ropa y sin haberse secado. Volvió a saltar sobre mí y fue empapándome con el agua que traía del baño.

—Yo conozco a alguien en Ceuta.

—Ceuta es chica, dime quién es. Quizás lo conozca. Y a su familia también, seguro.

—Es Fernando, Fernando Portela.

—Portela conozco varios, pero por Fernando no. ¿Fernando? No me suena Fernando. ¿Vive en Ceuta?

—Trabaja para una ONG, o trabajaba. Ahora no sé. Amigos del Pueblo Saharaui.

—¿Fernando?

—Fernando Portela. Yo le ayudaba a cargar los tres camiones que llevaba desde aquí y que luego seguían para los campamentos, hasta Tinduf. Le ayudaba con la gestión. De los camiones se encargaban los de la asociación en Huelva.

—Fernando Portela —Fátima había encendido otro cigarro y había vuelto a colocar el cenicero sobre mí—, Fernando Portela...

—Ellos conseguían el dinero, compraban todo, lo metían en cajas y después cargaban los camiones. Yo les ayudaba con las gestiones. Iban con otra gente que luego seguían para el Sahel. Esos eran vascos.

—¿Es muy alto?

—Sí. Bueno, más que yo, como dos cuartas.

—¿Y muy serio?

—¿Serio? No sé. Sí, se ríe poco —Fátima movía el cenicero haciendo una circunferencia sobre mi barriga—. No sé, normal.

—Sé quien es. Estudió con un primo mío. Si es quien digo sí sé quien es. Estudió con mi primo, en el San Agustín.

—Sí es serio, sí. Se ríe poco.

—¿Y qué pasa con él?

—Nada, que lo conozco. Y es de Ceuta.

Después de ese día estuve con Fátima cuatro o cinco veces más. Yo me pasaba desde el huerto por su casa y le decía que si quería un helado. Hablábamos y luego nos subíamos. Una relación de pocos meses, solo para helados y sexo.

OceanofPDF.com

Once

Terminé el cigarro rápido, me levanté decidido y agarré el saco con Bruno. Pesaba poco. Cuando levantas un perro que está vivo, como no para de moverse, siempre te parece que pesa más. Empiezan a querer lamerte la cara, a jugar, a ladrar cariñoso y a moverse como una lombriz entre tus brazos. Entonces los diez kilos parecen quince. Pero muerto y en un saco no es tanto.

Su sangre había calado la arpillera y el suelo estaba manchado dejando la señal de la textura de la tela. Salí con él y cogí un azadón de los que tengo junto al níspero. Debajo de los árboles siempre hay palas, cabos, azadas, cuerdas finas, alguna tijera para poda y también un par de picos. En la higuera tengo también un carrillo. Dejé a Bruno a un lado, miré varias veces hacia el carril y hacia la cerca y allí mismo empecé a cavar. No había enterrado nunca nada, ni siquiera un pájaro cuando era chico, pero me lo imaginé dormido al sol y calculé el largo y el ancho. El agujero acabó con unas tres cuartas o cuatro de hondura. Metí a Bruno con su saco y empecé a taparlo. Un poco de asco daba saltos desde mi estómago hasta mi cabeza, como queriendo salir por la boca y meterse también en el hoyo con Bruno. Eché toda la tierra encima y después la apisoné bien con los pies y dejando caer con fuerza el azadón. Cuando terminé, la Guardia Civil estaba en la cancela.

—Buenos días, caballero.

—Buenos días —dejé el azadón en el níspero y miré preocupado para la casa. Sabía que era lo que tenía que ocurrir. Si matas a un perro con un cabo y golpeas y atas a su dueño con el mismo cabo, la Guardia Civil viene y te coge. Da igual que haya sido apresurado y en silencio, da igual que lo hayas

hecho en un campo alejado de cualquier sitio, y da igual cómo se hayan enterado y lo rápido que hayan venido. Están ahí por ti y te dirán que les acompañes al cuartel.

—Buenos días, ¿nos permite un momento?

—Sí, por favor, pasen. Esperen, que les abro —me sacudí un poco las manos y me dirigí ligero hacia la cancela, tratando de disimular el alud de nieve que bajaba por mi espalda.

—Solo será un minuto —lo decía el guardia más joven, sin mirarme, procurando hacer un recorrido rápido y disimulado por el resto del campo. Yo mientras, corría el cerrojo y abría las hojas de la cancela para que pasasen. Hicieron un primer amago de llegar hasta el porche, pero después se volvieron y nos quedamos a un par de metros del carril.

—¿Es usted el dueño de esta parcela?

—No, yo solo... Es de Pedro. Solo lo cuido —empecé a ponerme nervioso y a mirar hacia el níspero. Trataba de ver si la tierra removida se notaba y daba el cante. Ponerse nervioso es una reacción tan natural como absurda que casi nunca atiende a razones. Que en un huerto haya una parte con tierra removida no solo es normal sino casi de reglamento—. Vengo por las mañanas y lo cuido —A mí me gusta mucho colaborar con la Guardia Civil; siempre me han parecido gente que facilita las cosas. Cuando tenía menos años y nos paraban para pasar un control, siempre me enfadaba con los del coche porque andaban al cachondeo. Es una cuestión de respeto; si yo estoy trabajando en cualquier cosa de lo que sea, no me gusta que vengan a mi tajo y se rían de mí—. El campo es de Pedro...

—¿Sabe su nombre completo?

—¿El mío? —seguía muy nervioso.

—El del dueño.

—Pedro Abades... No, solo sé... No sé más. Pedro Abades algo. El de la madre no me lo sé.

—¿De Aljaraque? ¿De Huelva?

El guardia joven notó mis nervios y me ofreció un cigarro. Yo le dije que fumaba liado, pero que se lo cogía. Él empezó a contarme que antes también fumaba liado, que Golden Virginia 25 g, pero que si liaba estando de servicio no daba buena imagen. El guardia viejo se reía y asentía con la

cabeza. Conseguí tranquilizarme y contárselo todo con más detalle. Que fue un ofrecimiento, que no entendía nada de huertos ni nunca antes había tenido uno, pero que con la ayuda de Jacinto lo estaba sacando como podía, que no venía todos los días y que solo por las mañanas. También que Pedro estaba ahora en Ferrol por un tema con la contrata, que serían mínimo dos años y que si era necesario podría enterarme del segundo apellido. Ellos me preguntaron sobre cosas más generales y casi de alcahuetería. Después el guardia más viejo se acercó hasta la alberca, tocó el agua, hundió la mano haciendo cazo, se echó un poco por la frente y por la nuca y me preguntó de nuevo.

—¿No ha visto nada raro? ¿Alguien extraño o que se lo pareciese? Por aquí, digo, por los carriles, por el camino de Aljaraque, en alguna casa, por la nacional, por los pinos...

—¿Extraño cómo?

—Un varón, probablemente mediana edad o mayor —el guardia joven se quitó la gorra y se limpió el sudor con un clínex. Después, con los brazos abiertos nos indicó que buscáramos la sombra que daba el naranjo—, de movimientos desconfiados, receloso, mirando siempre atrás, a los lados; algo raro.

—No —busqué otra vez con la mirada la tierra removida bajo el níspero—, no sabría decirle. Esto es tranquilo, bastante tranquilo, somos cuatro locos con nuestros huertos y poco más. Solo jubilados que vienen a dar una vuelta, o por abrir las casas que no se apulgaren. Antes sí tuvo su cosa. Pedro me contó que los fines de semana esto era un rebullicio de gente. Ahora los sábados alguna barbacoa, o por los puentes... Pero son familias, con niños, mucha gente.

—¿Y algún coche distinto de los que normalmente observa por la zona? Aquí verá siempre los mismos. Si pasa o aparca alguno nuevo lo notará rápidamente.

—Es que no... Perdónenme, pero no me había fijado en coches ni tampoco en nada de eso. Esto es muy tranquilo. Vengo cuando puedo, por las mañanas, cuido que todo esté bien, cavo y riego el huerto, echo un rato con las sementeras para esculcarles la hierba, recojo lo que se esté dando, relleno lo de los animales, arreglo un poco todo y ya está. Después corro y

me paso por lo de Jacinto. Él lleva más tiempo en la zona, y está siempre. Vive aquí, quizás les pueda decir más, porque yo no... No queda lejos, a un kilómetro o kilómetro y algo, por este mismo carril. Está cerca.

El guardia viejo levantó su mano y me mandó callar con los ojos. Me dijo que todo estaba bien, que estuviese tranquilo, que él conocía a Jacinto desde hacía tiempo y que ya habían hablado con él. Solo que estuviera atento, y que si veía cualquier cosa distinta de la del diario, que me acercara hasta el puesto de Aljaraque y preguntara por el brigada. Les acompañé hasta el carril, esperé a que se montaran en el Patrol y vi cómo se perdían por la curva que da al camino de los pinos.

Cuando eché el cerrojo de nuevo, el alud había cuajado y mi espalda parecía una cubitera. Empecé a sudar y a temblar por todo mi interior. Miraba traspuesto para el níspero y para la casa. No podía creer que hubiesen estado y se hubieran largado sin más. Quizás todo había sido solo una maniobra de acercamiento y ahora estaban camino de Aljaraque para volver con más compañeros, con perros y hasta quizás con un helicóptero, o a lo mejor había tenido una potra espantosa y se habían largado convencidos de que todo estaba bien. Mientras pensaba que también eso pasa muchas veces en las películas, entré corriendo en la casa y subí al doblado. Fidel seguía en el suelo, con su figura torcida, dormido, sin moverse. Di varias vueltas alrededor y comprobé con la mano que respiraba. Después bajé y busqué el tabaco.

En aquel momento yo no sabía nada. Me enteré de lo del niño seis meses después, en diciembre, al poco de otra visita de la Guardia Civil. Lo leí en el periódico, en el Salón de Juegos Málaga. Aquella mañana alguien había cogido el As y busqué los deportes en el *Huelva Información*.

Cuando terminé el cigarro abrí la puerta y me asomé otra vez al níspero. La tierra fresca se había secado y su color era como el resto. Volví a pisarla y lo revolví todo para que quedara más natural. Me acerqué otra vez a la cancela, la abrí con cuidado, salí al carril y comprobé que seguía solo. El calor era asfixiante y ahora sudaba por todo mi cuerpo. En las películas el calor también es como otro personaje. Fortuny lo mete muy bien en sus cuadros. Es en la obra de cuando estuvo por África como cronista; ahí pinta la luz y el calor marroquíes como nadie.

Los pocos ruidos que oía me parecían todos sospechosos y me acercaba con cuidado hasta el carril para asegurarme. Volví a la casa y salí otra vez para comprobar que la cancela seguía cerrada. Después de un rato largo en el sofá, fui y busqué las mesas de las sementeras altas. Pedro lo sembraba todo ahí primero, en unas tabletas de corcho blanco con huecos de diez centímetros para meter el plantón. Eran cuatro mesas grandes de colegio, verdes y con patas metálicas, como las de los maestros. Dos tenían aún los tres cajones en su lado izquierdo, estaban en buen estado y guardaban bolsas con guano, cajas con polvos para sulfatar, cuerdas de rafia para las lechugas, periódicos viejos y sachos cortos para rozar. Cogí la que mejor estaba y la aparté. Me acerqué a la cuadra chica y busqué un martillo y un formón. Con una piedra rayé un óvalo del tamaño de un melón en un lateral de la mesa, en su medio, y empecé a golpear. No había un alma, pero con cada martillazo me parecía que todos los vecinos se asomaban a la cerca y me espiaban. A cada momento me salía otra vez a la cancela y comprobaba que el carril seguía vacío. El calor apretaba más y tenía mojados con sudor el cabo de las dos herramientas. Cuando conseguí hacer un agujero suficientemente ancho volví a la cuadra y me traje el serrucho chico y la escofina. El hueco quedó perfecto y limpio de astillas.

Antes de subirla, entré a por tabaco y me fumé otro cigarro mirando el trabajo. Un coche pasó por el carril y esperé muy quieto a dejar de oír su motor. Yo no había usado nunca las sementeras de corcho blanco. Jacinto me había dicho que mejor en el suelo, que la planta siente que está cerca de lo suyo.

Para entrarla en la casa tuve que ponerla de lado y girarla varias veces. Después fui apartando los muebles del salón y subiéndola a tirones hasta el doblado. El ruido despertó a Fidel, que se movía como un renacuajo fuera del agua y trataba de gritar. Eran gritos sordos amortiguados por el trapo que tenía en su boca. Su cara era más de terror que de asombro. Cuando tuve la mesa colocada en el centro, bajé a por el cabo y le di otra vez en la cabeza. Fidel soltó un soplido ronco y se desmadejó.

De una cómoda del cuarto grande saqué una manta, la doblé en tres veces sobre la mesa y la fijé por abajo con cuerdas. Le metí también un corte de algo más de una cuarta que hice coincidir con el agujero. No era

desde luego un colchón de viscoelástica, pero estaría más cómodo y se movería menos. Para subirlo, le desaté las manos y los pies y con mucho cuidado lo coloqué bocabajo con la cara en el hueco y volví a amarrarlo. Ahora cada brazo y cada pierna iban a una de las patas de la mesa. Con otra cuerda más gruesa, que daba la vuelta y se anudaba por debajo, lo fijé bien por su cintura. En el doblado el calor era sofocante. Un sudor de bochorno nos empapaba a los dos y lo hacía todo más angustioso. Todo además con el ahogo y la apretura de un techo de apenas metro ochenta por su parte más alta, donde la traviesa del caballete. Cuando lo tuve bien listo me senté y apoyé la espalda en la pared. En aquel momento creí que tendría que forrar las paredes del doblado con cartón, por si la Guardia Civil volvía. Pensé en hacerlo con cajas de pan refrigerado. Esa mierda de pan está de moda y cualquiera en un desavío tiene su horno y su punto de pan caliente. Dándome una vuelta con el coche por toda Huelva, en dos o tres días lo tendría forrado. Después con la mordaza me bastó y nunca lo hice.

Las horas habían volado por encima de los dos sin haberlas contado. Ya se había pasado el rato de comer y también el del café. A mi abuelo le pasaba lo mismo muchas veces. Si nos íbamos todos a la playa, mi madre le dejaba la comida en un cazo solo para calentar. Cuando llegábamos y mi padre abría la puerta, mi abuelo estaba en el balcón con algún tomo de pintura sobre las piernas y dos o tres más sobre la mesa. Mi madre le reñía porque todavía no había comido y le quitaba los libros de delante. Después, desde la cocina, mientras le calentaba lo que fuese, le seguía relatando.

Con Fidel sin conocimiento y atado y con Bruno bajo tierra, me salí otra vez al huerto y estuve viendo con más detalle el destrozo. Otra vez el asco se acercaba y lo iba justificando todo. Cogí una azadilla de dos dientes y estuve un buen rato enderezando y salvando todo lo que tenía visos de aguantar. Después estuve regando con la goma, todo por encima y también mata a mata. Cuando terminé, recogí los alcauciles rotos y los envolví con periódico. Con el mismo cuidado con que lo haría una enfermera con el brazo partido de un niño los metí en un cubo con media cuarta de agua y me los llevé al porche. Allí tendrían sombra todo lo que quedaba de tarde y también por la mañana. Luego entré a ver a Fidel, bajé las escaleras, ordené los muebles, limpié de sangre la entrada, la cocina y el salón, lo revisé todo

varias veces, rehíce cada cosa que había hecho con los mismos gestos y los mismos pasos y finalmente cerré la puerta y salí.

Cuando me subí al coche, el asiento quemaba. Arranqué el motor, bajé los cristales, puse el aire al cuatro y decidí acercarme a lo de Ángel.

OceanofPDF.com

Doce

Luego por la noche en Huelva no fui capaz de quitarme el asco de ninguna manera. Cuando llegué me duché sin hacer nada antes. De momento al baño, zapatos quitados sin desatar, ropa casi arrancada y retorcida en el suelo por su revés y agua fría al máximo. Soy muy malo para las cosas que se me meten, y algunas veces, se llevan en mi cabeza varios días como un campanillo, con la baqueta dando, de los ojos a la nuca y de la nuca a los ojos, jodiendo cualquier otra cosa que quiera hacer o pensar. Solo se van un poco cuando corro. Y también con el agua fría. Yo no soporto el agua caliente, y en cuanto llega mayo, el termo no se enciende más hasta noviembre. Eso es por mi padre, que tampoco quería la caliente. En Huelva, muchos días del verano pasamos de los cuarenta grados, y casi siempre de treinta y cinco, y si preguntas, si sales a la calle y preguntas, la gente te dirá que usa el agua caliente para ducharse. Si le preguntas que por qué, te dirán que sola fría está muy fría. A una temperatura ambiente de treinta grados a la sombra no se le puede llamar frío. Quítale cinco grados porque las tuberías van por dentro y no les da el sol; se te queda en veinticinco. Eso tampoco es frío. Daniel Calveti canta que le echen agua fría, que quiere despertar de esa pesadilla. Yo si se me mete y no sale, solo me alivia la ducha y correr. Correr sí me alivia, y además desde los primeros metros. Y también hablar, si me bajo y me tomo una cerveza con quien sea, mientras hablo se me va quitando.

En el Bar Andévalo me encontré con Guirao y me tomé con él tres cervezas. Con Guirao se bebe a gusto. Es un hombre mayor, prejubilado de Telefónica, y con un carácter recio pero dulce. No te saca nunca un tema que te disguste, ni de política ni de fútbol. Ahí estuve bien, pero tenía que

irse, y luego solo con leer el As el asco no se me iba. Si se me mete, tarda, porque puedo leer con interés el parte médico de cualquier lesionado o qué equipo le ha tocado a otro en sorteo de cuartos o semifinales y no estoy con lo que leo, no me centro. Lo leo bien, incluso susurrando, pero mi cabeza aparta una parcela y la deja en barbecho para el asco.

Al día siguiente volví al campo más temprano que de costumbre. No había dormido bien en toda la noche, solo a trozos. Me levanté a las tres y me fumé un cigarro en el balcón. Todo el calor acumulado en el alquitrán durante el día subía ahora como un vapor invisible hasta desaparecer por encima de los tejados de los bloques. No había nadie por la calle, ni siquiera coches, ni siquiera gatos ni perros, solo el calor subiendo. Me senté como siempre en mi silla de Coca Cola y me entretuve en rascar con las uñas las quemaduras negras sobre el hule. Mi madre me preguntó una tarde que fui a verla que si la mesa que tenía en la terraza la tenía con hule, que la había visto desde la calle y le pareció que no. Me hizo medirle el diámetro de la tarima y me compró uno de manzanas. Lo tengo muy quemado, de las pavas que se me caen. Si fumas de liar te pasa mucho. También por el papel si es malo; no se puede comprar del chino. A las cuatro y media me desperté otra vez y puse la radio. Era el bucle de Radio 5 dando noticias cada media hora. Algo de Rafa Nadal diciendo que reconocía la superioridad de Djokovic, que él seguía su camino y que la vida continuaba. Luego algo de Ciudadanos, que no apoyarían al PSOE si asumían las medidas fiscales de Podemos. También de política internacional con las dificultades que no permitían el acuerdo entre Grecia y la Unión Europea. No me enteré muy bien de nada porque el asco seguía y lo pillaba todo como un eco de graves que se perdía rápido por la ventana. De Nadal sí. Nadal es un buen tío, a mí siempre me ha caído bien.

A las seis me levanté otra vez a fumar y ya no me acosté. En mi calle y en todo el Huerto Paco hay muchos bares que ya están abiertos a esa hora. También está en las Tres Ventanas el Último Dólar. El dueño del Bar Último Dólar duerme muy poco y se levanta y abre. Yo voy más por la noche, pero sé que de siempre abre temprano.

Bajé y me tomé un café solo con media en Cofisa. Cofisa es un salón de juegos de la Avenida de las Adoratrices que hace esquina con Villa

Mundaka. Voy mucho por el pan. Te pone a elegir entre *baguette*, chapata, pan de Viena, de San Bartolomé, Antequera o portugués. Y luego el aceite. El aceite lo trae de Villarrasa y te mueres con él.

A las siete estaba en el campo. El sol aparecía con fuerza por encima de los pinos y la claridad rociaba los azules como en los cuadros de Canaletto. Mi abuelo tenía un catálogo de vedutismo con sus pintores más significados. A él le gustaba mucho Marieschi, porque decía que lo bordaba con los claroscuros y la profundidad. Yo prefiero a Canaletto.

Me acerqué al porche para ver los alcauciles. La noche y el agua les habían sentado bien y hasta el terciopelo blanco de las hojas parecía recién nacido. Los desenvolví del periódico y estuve apartándolos con cuidado. En el suelo del porche los dispuse a dos cuartas cada uno del otro y fui mirando bien el destrozo de Bruno. Las raíces apenas las había tocado y volverían a crecer fuertes y jugosos, pero muchas hojas estaban rotas y lacias. Saqué de mi bolsillo la navaja y fui cortando con cuidado las más dañadas. Cuando acabé con las hojas revisé los tallos y volví a reunirlos en manojo con el papel de periódico. Los metí otra vez en el cubo y entré a ver a Fidel.

Solo había cerrado la puerta y dado los primeros pasos cuando escuché un bramido sordo que venía de arriba. Subí con cuidado las escaleras y allí estaba Fidel, despierto, tratando de gritar y soltarse. Su cabeza estaba en el hueco y no me veía. Di varias vueltas alrededor pero solo encontraba mis pies cuando pasaba junto a su cara. Yo seguía callado y Fidel gritaba cada vez más. Eran gritos hechos con la garganta. Cuando era chico fui un par de Navidades a Paymogo a casa de un amigo, y allí la familia hacía matanza casera. El guarro estaba también sobre una mesa pero de lado, y lo agarraban entre varios por las patas y las orejas. Llegaba uno que sabía afilando su cuchillo con una chaira y le metía la hoja por el pescuezo. La tía de mi amigo le tenía colocado debajo un cubo y al momento era como una manguera de sangre. Hasta que no paraba de sangrar, la tía de mi amigo no dejaba de remover para que no cuajara. El guarro ahí chillaba como Fidel, pero más agudo. Si me hubiera ido a la calle también lo habría escuchado, porque eran seguidos y desesperados. El bicho se quedaba en la mesa hasta que dejara de soltar sangre, porque la sangre no es buena para luego, todo su cuerpo tiene que estar bien drenado. Además también lo queman, eso es

por los pelos. Lo ponen sobre una cama de aulagas ardiendo y lo socarran. Para quitarle lo chamuscado nos dejaban a los niños, con trapos y unos cuchillos sin filo. Luego después llegaba otra vez el matarife y con una macheta lo iba troceando. Nosotros ahí ya nos íbamos a la calle y jugábamos a lo que fuese.

Fidel intentaba también levantar la cabeza y sacarla del hueco, pero como yo le tenía las cuerdas era imposible. Me senté junto a la pared y le hablé.

—Hola, Fidel.

Un grito sordo pero con más miedo que grito recorrió todo el doblado. Había reconocido mi voz y cualquiera sabe lo que habría en ese momento en su cabeza. Se movía sobre la mesa como queriendo correr, como si hubiese un incendio en la casa y solo tuviera unos instantes para saltar por la ventana.

—Hola. ¿Cómo has pasado la noche? Mucho calor, ¿no? En Huelva ha hecho bastante. Aquí en el campo todavía refresca, pero en Huelva no se puede. El asfalto lo acumula como una batería. Y luego lo suelta. Si está cambiando la marea y corre fresco, todavía, pero si no, tú sabes, no se puede. Por eso apenas he dormido. ¿Tú has dormido bien, Fidel?

Fidel venció su cuerpo y empezó a llorar. Lo hacía con mucho sofoco y lo mezclaba con gritos más roncós. Su pecho temblaba sobre la mesa porque las cuerdas no le dejaban tomar bien el aire y luego soltarlo. A mi abuelo le abrí una vez un tomo sobre Velázquez y le expliqué que mi maestro de religión nos había contado que el sufrimiento de Jesús no había sido como en los cuadros o en la imaginería, que no se puede clavar a alguien por las manos y los pies sin que las manos se le desgarren por su propio peso, y que si clavabas a alguien así no le dejabas respirar y muere asfixiado. Velázquez ya se lo imaginaría y le tiene colocados los dos pies sobre una repisa pequeña.

Lo dejé solo y bajé a por los alcauciles. Me puse el cubo al lado y me fumé un cigarro mirando al carril. Después subí y se los puse directamente debajo de sus ojos. Le quité la mordaza y hablamos.

—¿Ves el cubo, Fidel?

—Tú estás loco, Samuel, tú estás loco, suéltame ahora mismo, suéltame, Samuel, por favor.

—¿Ves el cubo, Fidel?

—Samuel, por favor. ¿Pero qué...? Suéltame ahora mismo —empezó a levantar mucho la voz y le di un tortazo en la cabeza siseándole—, suéltame. ¿Qué es todo esto? ¿Por qué me tienes aquí? Suéltame —empezó otra vez a llorar—, quítame estas cuerdas, Samuel. Quítame todo esto.

—¿Ves el cubo, Fidel?

—Sí, lo veo —lo dijo gritando y volví a golpearle la cabeza—, lo veo.

—¿Qué son?

—No sé, Samuel, no sé qué son —seguía con el llanto, pero ahora era tan desgarrado que se metía como alfileres por el cuerpo—, no sé... No sé, Samuel, quítame esto, por favor, quítame todo esto.

—¿Qué son, Fidel? ¿Qué son?

—No lo sé de verdad, Samuel, apenas lo veo. Son plantas, en un cubo, pero no sé muy bien —lo cogí por los pelos, me agaché, saqué los alcauciles del agua y se los acerqué a la cara.

—Son mis alcauciles, hijo de puta —el asco estaba recorriendo entero mi cuerpo como un terremoto de superficie y le agarré con más fuerza por los pelos. Fidel gritaba y lloraba—, son mis alcauciles.

—...

—Los destrozó Bruno, cabrón. Los destrozó tu perro porque a ti no te parecía bien llevarlo amarrado. Entró y lo machacó todo porque eres un mierda que tiene a los perros consentidos como a hijos. Son mis alcauciles, Fidel, mis alcauciles.

Fidel empezó a llorar completamente rendido. Ya no gritaba. Yo dejé las plantas otra vez en el cubo y me bajé a por el tabaco. Me senté frente a él y me hice otro cigarro. Seguía llorando.

—Son mis alcauciles, hijo de puta.

—Samuel, por favor. No sé muy bien qué significa todo esto —había recuperado un poco el aliento y le permitía hablar—, pero es una locura. ¿Me tienes aquí porque Bruno corrió por encima de tu huerta?

—Corrió y lo machacó todo.

—Vale, pero, Samuel, esto es una locura, Samuel. Me has raptado, me tienes aquí secuestrado por unos alcauciles que mi perro pisó jugando. Es una locura. ¿Lo has pensado bien, Samuel?, es una perfecta locura. Podrían encerrarte varios años por esto que estás haciendo. No se puede retener a nadie...

—Cállate, maricón, cállate. ¿Sabes cómo...? ¿Sabes lo que me había costado que la huerta estuviese así? ¿Lo sabes?

—Samuel, por favor, me estás diciendo que... Escúchame, es una locura, me estás diciendo que me tienes aquí porque...

—He dicho que te calles, Fidel —lo dije gritando y volviendo a cogerle por los pelos—, he dicho que te calles, cabrón, te estoy diciendo que ya está... Viniste la primera vez paseando como un mierda, con Bruno, con tu rollo sobrado de *hippie*. ¿Se puede ser un mierda de mierda? Pues tú eres un mierda de mierda, Fidel. Con tu rollo moderno con los perros y tu nunca pasa nada. Un mierda, Fidel.

OceanofPDF.com

Trece

No quería que la tirria me dominara y me bajé. Si me coge bien, se adueña de mí y ya no puedo responder. Le habría dado trastazos hasta que me sangraran las manos y el asco seguiría igual.

Le dejé puesto otra vez el trapo y busqué el bote de la marihuana. Serían pronto las ocho y el bochorno ya presentaba un día caluroso y socarrado. La marihuana si es temprano es lo que más me calma. Ya desde que la pico el cuerpo me va entrando en caja y la respiración coge compás. Me pasa mucho con cualquier procedimiento para lo que sea. Cuando me pongo a fregar empieza en el momento en el que echo el Fairy en la esponja. O para freír un huevo; para freír un huevo empieza cuando lo cojo de la nevera. Mi madre cuando me compra huevos me dice que los deje en un plato o en un cesto, tapados con un paño, sobre la encimera. Que a los huevos no les hace falta el frío para nada, que la gente los mete en el frigorífico porque la gente no sabe nada.

Cuando tenía el porro medio, apareció el viejo que siempre sale temprano. Es uno que pasa por el carril y se para y me saluda. Yo casi nunca estoy a la hora a la que él pasa, pero algunas veces, si he venido antes para lo que sea, el viejo mete la cabeza y me dice adiós, buenos días o cómo va la cosa. Es muy faroto y alto, la cabeza chica, con una mata espesa de pelo gris y con un remolino sobre la frente. Muy girocho y presumido, con vaqueros, camisa blanca y gafas verdes de aviador. Algunas veces se para más y me dice que da gusto ver cómo lo administro todo, que parece recortado, y que tengo manos.

—Buenos días, amigo —el viejo siempre saluda gritando y como si te conociera de algo.

—Buenos días —seguí sentado en el porche, levanté la mano sin mucho convencimiento y le sonreí.

Entonces se paró. Nunca se para. Te saluda pero no deja de andar. Suele llevar deportivas de marcha y se ve que sigue ruta para los pinos y se lleva su hora o sus tres cuartos andando. Para andar también hay que mirar los pies. No vale cualquier cosa. Si es para campo tienen que ser con relieve de tacos, impermeables para cuando te llueva, y muy ligeras y flexibles, porque lo mismo son piedras que palos. El personal no se entera y te viene con botas de montaña, rollo *trekking*, y todo en caqui o marrón aventurero, y así no es. Al pie hay que cuidarlo, y que la cosa sea transpirable, con su malla aireada, su talón biselado y sus estrías de flexión. Y ligeras, que no haya estorbo ni arrastre.

—¿Cómo va la cosa?

—Ahí vamos, echando un cigarro antes de ponerme.

—El tabaco hay que dejarlo —el viejo ahora me lo recuerda cada vez que me ve con un cigarro—. Hay que dejarlo, hijo. Yo llevo... En agosto hará cuarenta años. Y me acuerdo, vamos que si me acuerdo, me acuerdo bastante. Hasta me sueño con él.

—Sí hay que dejarlo, sí.

—Porque si trajera algún beneficio, pero beneficio ninguno. Lo único que te puede acarrear es una cosa mala. Y gasto. Yo fumaba paquete y medio y dos paquetes... Haz la cuenta —el viejo empezó a hablar demasiado. Nunca se había parado, pero además ahora estaba abriendo el cerrojo de la cancela. Yo comprobé de un vistazo que la puerta estaba bien, le di una calada rápida al porro y lo dejé sobre el plato de un tiesto.

—No, beneficio no trae, solo gasto —me levanté y me acerqué hasta él solo para que no siguiese andando.

—Y qué buenas tomateras... ¿De cuáles son? —el viejo se fue hasta la huerta y empezó a gутear levantando las matas y acariciándolas. Como una cala pero con las manos.

—De pera todas estas y de rosado este líneo y medio de ese. Y de aquí hasta el final son del terreno.

—Tiene usted mano.

—Ya. Pues nunca tuve huerto, esto es por un amigo que...

—Tiene mano —me interrumpió—. Como el que tiene olfato y huele el vino. Como el que tiene oído.

—Me gusta. No es mío, es de un amigo que me dijo que se lo atendiese. Pero me gusta, me da...

—Pedro no lo tenía como usted —volvió a interrumpirme mientras acariciaba las matas de los pimientos. Cada vez que lo hacía, yo miraba con tensión para la casa y trataba de reconocer algún bufido de Fidel entre la mixtura de chasquidos y zumbidos del campo—. Él no tiene mano.

—¿Lo conoce? ¿Conoce usted a Pedro?

El viejo me miró y siguió tocándolo todo. Rozaba con su palma las flores de las berenjenas y las guías de las habichuelas. Un chorro de jilgueros o lo que fuese entró en el campo haciendo olas y fueron a posarse a los bajos de la higuera. Yo lo iba siguiendo entre los surcos. Se acercaba a la planta y la miraba embelesado, después acariciaba las hojas y los tallos, le levantaba las ramas y le miraba el pie. Todo eso callado, como los rastreadores indios, sin mirarme siquiera. El sol entraba ya en oblicuo y nos cruzaba la cara con sombras rotundas y cinceladas. A esa hora la luz es aguda y la sombra es grave, como en *El Geógrafo* de Vermeer, como dibujar con carbón prensado sobre papel Arches. Con la vista y las cejas traté que me diera una explicación, pero él seguía su circuito. Cuando se paró junto a los rábanos volví a preguntarle.

—¿Conoce entonces a Pedro?

—Y a su hermano. Y a su padre que en paz descanse. Y a su madre. Todos muy buenos, muy trabajadores. Unos niños muy buenos. Y su madre, no se puede ser más buena. Y su padre, el pobre.

—Pedro ahora está para Ferrol. Lo mueven por trabajo, que aquí no hay faena y se van a donde hay tajo. Por eso lo del huerto. Me dijo que no quería que se le llenara esto de zarzas, que si yo podía...

—Todos muy buenos. Y muy trabajadores. ¿Estas zanahorias salen dulces? Las tienes que regar más —el viejo no me atendía.

—¿Dulces?

—Los dos muy buenos y muy trabajadores.

—Sí, sí. Yo conozco también a Enrique y muy buen chaval —se agachó, cogió un poco de tierra, la olió, la apretó con su mano y la lanzó otra vez al

suelo con desprecio.

—La mía estaba en la tercera calle a la derecha después del pino gordo —lo dijo señalando con dos dedos—. Los críos venían por la tarde cuando oscurecía. Mi mujer los empicó a la sandía. Dulces como el almíbar. Abría dos o tres y las ponía en fuentes de horno. Cuando los chiquillos terminaban sus juegos se pasaban por mi casa a la sandía.

—¿Tuvo campo?

—De las negras. Las rayadas llegaron después, y menos dulces. Más recias. Y más pipas.

—Yo las tengo. Son aquellas.

—A ver si puede usted darme un vaso de agua, si no es mucha molestia —el viejo dio seis o siete pasos hacia la casa y tuve que agarrarlo por el hombro. Lo hice muy natural y sin alterarme.

—Espérese, que se lo traigo. ¿La quiere fría?

—No, por Dios, le acompaño.

—No se preocupe, se la traigo.

—Voy, voy con usted —me palmeó la cintura y me adelantó. El dolor del oído saltó otra vez. La médica me había dicho que los oídos son puñeteros y que no te puedes fiar, que hay que hacer el tratamiento completo, y luego además estar siempre pendiente, porque pasa como con los resfriados, que unos los cogen más fácil que otros. A mí los oídos desde siempre.

—Espérese aquí. Se la traigo yo —lo detuve otra vez subiendo ya las escaleras del porche. Ahí fui más seco y tajante. El viejo me miró por detrás de sus cristales verdes y marcó una sonrisa de tengo muchos años y está claro que escondes algo.

—Bueno, me siento aquí, hijo. Pero no muy fría; mézclamela, que con este calor y sudado, luego viene lo que viene.

—Sí, siéntese ahí mismo. Se la traigo.

El dolor de oído estaba rascándome los ojos y la frente como si fuese una cuadrilla de segadores. Todo lo de la marihuana había desaparecido de repente con lo del agua. Entré a la casa y le puse la cadena a la puerta con mucho cuidado para que no sonara. Subí corriendo las escaleras y comprobé que Fidel seguía igual. Cuando notó mi presencia empezó otra

vez con el mamoneo de los gritos y a moverse. Le di tres o cuatro cates fuertes en la cabeza y me agaché en cuclillas frente a su cara. Con el dedo le dije que se callara o le cortaba el cuello. Fidel me miró angustiado y empezó a llorar. Su pecho se movía otra vez con un ritmo corto y rápido. Le pasé la mano por la espalda pidiéndole calma y me bajé también corriendo.

En la cocina estuve poniendo el agua para el viejo. Mitad fría y mitad del grifo. Quité la cadena otra vez con cuidado y abrí la puerta. Seguía sentado en el porche, con las piernas cruzadas. Cogió el vaso con prisa pero se lo bebió despacio y de tres o cuatro buches. Yo no me senté; me puse frente a él y mi cara le decía termínate el agua y lárgate ya. Me dio el vaso con una sonrisa, se levantó y le acompañé hasta la salida. En la puerta me dio las gracias y me dijo que hasta mañana. Yo le respondí igual y cerré la cancela. De repente el estiramiento y el miedo se habían parado. También un poco mi dolor de oído. El feliz no se había dado cuenta de lo cerca que había estado de morir de un cabazo.

Catorce

Cuando volví al doblado Fidel seguía llorando. Como un niño. Un berrinche de mocos y mucha lágrima, un llanto de borrachera.

Le quité el trapo de la boca y le puse otra vez los alcauciles delante.

—Te los voy a sembrar en el culo, cabrón.

—... —seguía llorando.

—¿Me oyes? Te voy a meter dos por el culo. O tres.

—Samuel, Samuel... —lloraba.

—Van a crecer en tu culo y van a dar flor y me los voy a comer acordándome de ti y de Bruno.

Fidel apretó los ojos y siguió llorando. Ahora lo hacía con más fuerza y más convulsiones del pecho. Repetía mi nombre pero no decía nada más. Me bajé otra vez y puse la radio. Estaban hablando del disco *Confesiones de un artista de mierda*, de Iván Ferreiro, y le di más voz para que lo escuchara Fidel.

Cuando no puedes hablar con alguien, siempre le puedes decir lo que sea de otra manera. Esto lo hacían mucho los de la Edad Media con la pintura, porque le contaban a la gente todo lo religioso con imágenes. Como cuando no sabes todavía leer y te ves los libros por las fotos. Eran sermones telenovela. Ponían a Dios en un cuadro o en una pared como el que controlaba todo, modo *alien*, dentro de una mandorla y montado en una esfera, como si fuese su nave, todo muy *Star Treck*. Como el personal era analfabeto, entraban en las iglesias y se quedaban alelados. Además el Señor iba rollo *glam*, con túnica azul pavo y siena, con todo el fondo en verdes vejiga y oro viejo, y con la mano derecha levantada bendiciendo. Mi abuelo se sabía de memoria toda la simbología que les metían, y con el

dedo me iba diciendo, este es el Libro de la Vida, estos los Tetramorfos, ahí los Ancianos, esos los Apóstoles; estos, mira, hijo, estos los Profetas, que no son lo mismo que los Apóstoles, y ahí las Almas Salvadas y ahí las Almas Condenadas.

Pues le subí el volumen a Iván Ferreiro. Estaban hablando de música, pero repetían muchas veces el título del disco y era mi modo de insistirle a Fidel que no soportaba que un mierda lo fuera tanto. Porque había venido al carril otra vez con su perro pestiño porque había querido, porque lo dejé muy claro la primera vez que entró y destrozó mi trabajo, una faena de mucho tiempo, viniendo temprano, con mucha briega, pendiente de todo lo que me decía y me daba Jacinto. Una ocupación como si fuese un tajo de verdad, con mucha batalla y amor propio, porque no había sembrado ni regado nunca nada. Solo Dios sabe lo que me ha costado.

Fidel estaba sin el trapo. Yo me senté en el sofá y me hice un porro; lo del otro se me había ido. Me descalcé y me tumbé a lo largo. De frente tenía las escaleras al doblado.

—¿Fidel...?

Seguía llorando, pero como un mecanismo estropeado que repite un traquido contra algo blando y se mantiene en bucle. Yo di varias caladas y jugué un poco con el humo. El viejo me había sublevado los nervios. Y se había ido barruntando algo. Hay gente con esa facilidad, la de cabrear a los demás desde la calma. No dicen ni hacen nada que alborote ni que irrite, pero miran como si tuvieran instalados unos prismáticos, y se mueven despacio, sin levantar polvo, pero cada paso que dan es una invasión de lo tuyo.

—¿Fidel...?

—¿Esto es tu casa, Samuel?

—Yo vivo en Huelva.

—¿Es el campo?, ¿es tu campo?

Su voz estaba completamente rota, una ronquera de fin de semana largo. Después de cada palabra le venía tos.

—¿Quieres agua?, ¿te subo agua?

—¿Es lo de arriba de tu casa?, ¿el doblado?

—Mi casa no tiene doblado; es un piso, un cuarto. Encima hay una azotea con tendederos —el porro estaba buenísimo y me levantó una ironía tontona.

—Es el doblado, ¿verdad? Escúchame, Samuel, escúchame. Sube, tenemos que hablar, no puedo quedarme aquí más tiempo. Es muy importante que me vaya. Es mucho más importante que cualquier otra cosa que podamos discutir —su tos volvía y le duraba.

—Yo no subo nunca. Porque mi azotea tiene unas vistas mojoneras. Abajo solo una rotonda, y enfrente más bloques. Lo tiendo todo en el lavadero.

—Sube, por favor —tosía.

—Te vas a morir. ¿Te subo agua?

—Sí, por favor, sube —la tos parecía atascada y no paraba—, sube, tenemos que hablar.

Cuando me senté frente a él, todavía quedaba medio porro y le ofrecí. Fidel me dijo que solo el agua. Por su postura apenas podía sorberla y derramó más de medio vaso. Bajé a por otro y busqué algo que valiese como pajita. Pedro tenía en un cajón un tubo fino que parecía sobrante del depósito de agua del bebedor de los conejos. Con eso Fidel se lo bebió entero.

—Lo voy a dejar por aquí para otras veces.

—No, Samuel, para otras veces no. Tienes que soltarme, es muy importante, muy importante —Fidel levantaba mucho la voz de unas frases a otras. Lo decía angustiado, como si solo él conociese el tiempo que le quedaba a una bomba puesta en un colegio y solo él supiera el color del cable que había que cortar.

—Son más importantes mis alcauciles.

—No, no, no —empezaba otra vez con el llanto y la tos—. Es más importante que me quites todo esto y me pueda ir. Luego si quieres podemos hablarlo todo y ver cómo te reparo, o lo que quieras que haga —volvía a levantar la voz—. No diré nada, no pienso decir nada...

—¿No le dirás a nadie que maté a Bruno?

Fidel me llamó hijo de puta pero con un grito muy raro y muy fuerte. También muy moderno. Al tipo de mierdas como Fidel los he tenido

muchas veces delante cuando he trabajado para las ONG y sé lo modernos que son para todo. Te piden para un café y lo hacen distinto, te corrigen el borrador de cualquier proyecto y parece que estén recolocando las palabras como si fuesen monitores de un festival *indie*. Y gritan raro. Al final, el grito es como una palabra. No es una palabra pero también suena, y si hablan raro, el grito también les sale raro. En una colaboración que hice con Proyecto Hombre, había un yonki de Santander que tenía en un bote un bicho kéfir y que le daba medio litro de leche fermentada cada día. El padre del pavo era un nota con pasta que había tenido no sé qué empresas conserveras y que lo había llevado a colegios de pago en Madrid y en Bilbao. Se le notaba el conocimiento y también la modernidad. El kéfir lo tomaba para aliviarse el estómago de tanta mierda como se había fumado. Y en el Teléfono de la Esperanza había una tía, una gorda que era una transa con la que no se podía contar para nada y que tomaba unos botes de zumo de regaliz porque decía que cagaba durera. Eran de una marca francesa y los encargaba por internet. A mí los tontos de las hierbas y los de la meditación me parecen todos lo mismo, unos raros modernos. También tomaba medio limón con agua templada en ayunas. La gorda nos contaba que los cítricos y el agua caliente le combatían las retenciones y ablandaban sus heces. Era muy pesada, y si la mirabas, te hablaba también de su poder antibacteriano, antiviral y como estimulante del sistema inmune. Hablaba del limón como si fuera un superhéroe. Era una rara como Fidel, que les gusta dar el cante pero con mucha estética. Mi madre tenía apuntado a mi abuelo a la Asociación de Vecinos La Morana, para que fuera por las tardes. Mi abuelo pasaba del dominó y de los demás viejos; era analfabeto pero también muy moderno.

—No, hijo de puta tú y él. Y avisados; hijos de puta avisados.

—No me digas que... —Fidel volvía a llorar, me insultaba y se zarandeaba sobre la mesa—. Dime que no es verdad, que no le has hecho nada, Samuel. Dime que no es verdad —lloraba como si hubiese perdido a toda su familia en un accidente conduciendo él, y con unas babas y unas lágrimas y una moquera que caían al suelo justo debajo de su cara y hacían un cerco.

—Te zumbé a ti y después me lo cargué, pero cállate ya, Fidel —estaba empezando a cargarme su melodrama pelmazo—, cállate de una vez —me había levantado y lo tenía agarrado otra vez por los pelos.

—Vale, Samuel, vale. Vamos a hablar. Tienes que soltarme. No puedo quedarme aquí más tiempo. Es... Verás, es importante que me sueltes. De todo esto me voy a olvidar, pero tienes que soltarme. No voy a denunciar ni a contar a nadie lo que ha pasado. Me llevaré a Bruno y lo enterraré en lo mío y me olvidaré de todo, pero me tienes que soltar ahora.

Bajé a la cocina y busqué unas tijeras. Había varias en un bote en una esquina de la encimera. Todas eran grandes y estaban afiladas, de acero, de las de limpiar pescado. Cogí una y me subí otra vez. Fidel no paraba de pedirme que lo soltara. Yo empecé a cortarle el cinturón y el pantalón por la cintura y fui bajando por la rabadilla hasta la pernera. Lo abrí como un libro y corté también su calzoncillo. Era de flores grandes amarillas y hojas pequeñas haciéndole el fondo, de los que parecen calzonas y llevan botones. Lo abrí también. Fidel notaba el frío de la tijera en sus nalgas y no paraba de moverse y preguntarme que qué estaba haciendo. Me llamaba loco, cabrón, hijo de puta y salvaje. Lo de salvaje es mucho de los raros.

Yo no le dirigí más la palabra. Solo si se movía mucho y no me dejaba seguir le daba con el canto de la tijera en la cabeza, o en la paletilla del hombro. Él sí siguió diciéndome de todo y dando la murga con que lo soltara y que no entendía nada. Me bajé otra vez y me traje ya puestos unos guantes de fregar y un par de cucharillas de café.

—No te va a doler, pero a lo mejor te molesta. Lo que quiero es que no te muevas, Fidel. Si te cargas la raíz, te saco los ojos.

Fidel volvió a decirme de todo, elevando el tono y bajándolo, también sonidos de garganta muy broncos y desagradables que no había manera de entender. Su cuerpo entero empezó a moverse como una culebra y a brincar sobre la mesa, pero las cuerdas estaban bien amarradas y ninguna cogió holgura. Yo le dejé que se desahogara y también que se cansara. Cuando ya se quedó solo llorando, le metí la cucharilla en el culo y le abrí bien el ojo. En la otra mano tenía una de las plantas de alcaucil y la metí con cuidado hasta lo que me dio el dedo. Fidel gritó como el guarro de mi amigo de Paymogo y volvió con los insultos, con mi locura y con que lo dejara ir.

—Ya tienes metida una. Ahora nos vamos a fumar un cigarro, te relajas y luego te meto las otras dos.

Fidel ya no gritaba. Solo llantos y mocos y el cerco debajo de su cara. Le dije que si quería que le hiciese un cigarro, o que también podía liarle uno de marihuana, que no era muy trallera, que era de la que sembraba mi prima en Galaroza. Le conté que no era muy prima mía, a lo mejor tercera o cuarta, pero que éramos de la misma edad y siempre nos habíamos llevado muy bien y hasta nos habíamos enrollado dos o tres veces. Su madre era algo de mi madre, pero lo mismo; desde chicas muy unidas. Mi prima la siembra para su padre, que tiene unas migrañas que matan a un burro. El médico del centro de salud le contó que con los analgésicos ya no podía quitarle nada, porque llevaba muchos años y la dosis ya era la más alta y le hacían poco, pero que podía mandarle relajantes para que su actitud fuese otra. Mi tío le dijo que pasaba, y luego por la noche mi prima se encontró en un bar al médico y le dijo que probara con fumar marihuana. Mi prima lo flipó y no se lo creía, pero el médico le contó que él en verano hacía muchas vacaciones colaborando en Sudamérica y que allí se estilaba mucho, que el dolor no lo quita, pero que el paciente se escapa del suplicio mientras le dura.

A Fidel le dio igual todo lo de la marihuana y todo lo de mi prima. Ni levantó la cabeza. Solo decía en voz baja y ya muy ronca que tenía que dejarlo ir. Tampoco se movía.

—Ahora te voy a meter la otra. ¿Quieres que pruebe a meterte las dos a la vez y así termino antes?

Fidel me pidió agua. Me subí un vaso y volvimos a usar el tubo de los conejos. Se lo bebió todo sin descansar y me pidió otro. Le pregunté si no estaría vacilándome con que bajase y subiese a por agua y a por mierdas, porque si me estaba liando y pensando en lo que fuese y lo que quería era tenerme entretenido para algo, le metía la tijera por la sien. Me dijo que también tenía hambre, que llevaba muchas horas sin comer.

—Te voy a meter una ahora, paramos un rato y luego la otra. Mejor poco a poco. No quiero que se rompan las raíces. Son delicadas, ¿sabes?, y a lo mínimo se cascan. Las de los pepinos son más duras, más potentes,

igual la primera que las que salen de la principal, y largas, de más de un metro. La del melón también, porque son como primos.

Fidel seguía con la tos y volvió a decirme que tenía hambre, que le dolía la barriga, que tenía retortijones y calambres en la ingle.

—Luego cuando termine, me bajo y busco lo que sea para comer. Hay galletas y barritas de las mías. Y fruta también. Hay que cuidarse, Fidel. Si quieres tono tienes que cuidarte. Tres de cada cuatro que corren se lesionan alguna vez, y es porque no somos simétricos. Eso de la simetría en el cuerpo es mentira, Fidel. ¿Te acuerdas de los libros de ciencias en el colegio? Te ponían una figura humana y una línea vertical de rayas y puntos que nos partía de arriba abajo por la mitad. Pero no somos simétricos; hay más potencia en una parte que en otra y la resistencia de las articulaciones varía si eres zurdo o diestro. Entonces al correr lo hacemos con desequilibrio; una parte del cuerpo tiene que esforzarse más que la otra, y por eso las lesiones, por sobrecargar. ¿A que no te lesionas de las dos rodillas a la vez?, ni de los dos tobillos, ni de los dos isquiotibiales, ni de nada. Y es porque uno va sufriendo, y sufriendo, y cuando ya no puede más, saca la bandera blanca y se rinde.

Fidel había ignorado todas mis palabras sobre el tono y las lesiones. Estaba completamente fundido. Llorando con ronquera y entregado. Resignado como Justino de Nassau en *La rendición de Breda*.

—Este es el segundo. Igual. Molesta pero no duele —empujé con el dedo hermanando las raíces con las del otro.

Su mierda tenía la textura perfecta para la siembra.

¿Qué has comido últimamente, Fidel? Tienes que decirme lo que comes, porque es lo que te voy a dar. Ahora mismo tienes la mierda perfecta, ni muy suelta ni muy dura, y tiene que seguir así, porque si te estríñes y luego cagas duro, la planta se sale, ¿sabes qué te digo, Fidel?, se sale; la mierda arrastra y se sale. Pero muy floja tampoco puede ser; caldo no me vale, porque entonces no privan. Tienen que tener agarre. Lo que quieras me lo pides. Digo de comer, Fidel. Lo que tú siempre comas me lo dices y yo te lo doy. Cocido, hervido, crudo, como tú me digas y lo que tú me digas, pero tiene que seguir como hoy. Además apenas hueles. Sí hueles, pero flojo. Y

es porque te cuidas, no te maltratas, Fidel. Te cuidas. Buenas digestiones. Y eso lo valoro mucho. Tienes una mierda muy sana, Fidel.

—Deja que me vaya —Fidel volvía otra vez a llorar con fuerza y a pedirme que lo soltara—. Deja que me vaya, Samuel. No lo entiendes, tienes que dejarme ir, te lo pido por favor, tienes que soltarme.

—Y tampoco las cosas ácidas ni picantes, Fidel. ¿No te ha pasado nunca que comías lo que fuese, con mucha especia o fuerte y luego al cagar te quemaba un poco? El cuerpo nos tiene calados, Fidel. Si le metes matraca, se queda lo que quiere y lo demás te lo señala donde sea, para que no abuses. Funciona así, con señales. Te llevas una noche entera de buhíos fumando y bebiendo y te lo marca por la mañana; en el pecho, en el estómago y en los ojos. El cuerpo tiene eso, que es tuyo y te lo dice. No te pongas a correr sin calentar que me rompo, no te lleves mucho sin beber que me deshidrato, necesito proteínas, necesito ropa transpirable, necesito vaselina para los pezones. ¿Sabes que te tienes que poner vaselina para la media maratón? O protegerlos con lo que sea. Todo lo que hagas de más de diez kilómetros te van a sangrar. Si te compras el *Planeta Running*, ahí vas a poder leer de todo. Te dicen *bloody nipples*, pero es eso, que la calidad textil de la camiseta con la que corres es regular o se pasa de poliéster. Lo mejor es combinado, tienes que buscar que lleve elastina. Y aparte ponerte algo. Te venden pezoneras con el adhesivo suyo que da igual lo que sudas; no se va. O las tiritas, si no tienes pasta, las tiritas. Tiritas o esparadrapo, da lo mismo, pero pasa del chino. Si alguna vez corres, Fidel, pasa del chino. El esparadrapo del chino tiene una cola china y al primer kilómetro lo tienes en el suelo. Yo ya siempre vaselina. No es cara y te vale para cualquier parte, porque lo mismo te sangran los pezones que la entrepierna, ¿sabes? Entre los muslos igual, si no los proteges se te rozan. Si vas a correr largo, tienes que darte bien en la parte de dentro del sartorio y en el recto interno, y en los sobacos y en los pezones. Y entre los dedos de los pies, ahí también sangras. Como haga calor, las ampollas te comen, porque las ampollas vienen por la humedad y el calor. Ahí vaselina y calcetines buenos, mitad algodón y mitad sintético. Y sin costuras, Fidel. Las costuras te matan. Luego si quieres más chuminadas te los puedes coger compresores o al tobillo y con refuerzo, pero acuérdate, sin costuras. Yo tengo tres pares de

Mizuno y dos de New Balance, y los dos muy buenos, pero cada uno es cada uno y cada pie es cada pie, Fidel.

Fidel empezó a repetir que estaba loco. Volvió con las convulsiones y me dijo puto loco por lo menos treinta veces. Eres un puto loco, eres un puto loco, eres un puto loco.

—Y ahora la tercera. Con esta acabamos. Es poca cosa, entra bien, ¿ves?, entra bien, ni lo has notado. ¿Te ha dolido? No, no te ha dolido. Esto no duele, molesta pero no duele. Te cabrían otras dos más, pero te caben ahora, luego cuando crezcan imposible. En tierra pueden coger los cinco dedos de gordo, por abajo, digo, por la base. Pero en un culo no sé. A lo mejor hasta tres son muchos, pero bueno, de momento los dejaremos y luego vamos viendo. Si se quedan micos, quito uno.

OceanofPDF.com

Quince

Me bajé a la cocina, lavé bien los guantes con Mistol, los escurrí y los colgué en el respaldo de una silla. También lavé la cuchara. Luego busqué por el salón algún cuaderno o alguna hoja y algo para anotar. Pedro tenía folios en una repisa y tres lápices en un vaso de cubata. Los tres estaban despuntados y seguí buscando algo con lo que escribir. En otra balda tenía un vaso de dados, una libreta amarilla y un rotulador de propaganda. Comprobé que pintaba y toqué también el terciopelo del vaso. Desde chico me han vuelto loco las superficies suaves, pero no suaves del plástico y del cristal, sino el suave de las telas. Lo de los vasos no es terciopelo, la gente le dice terciopelo pero es fieltro, el mismo fieltro de los tapetes para jugar a las cartas. Dejé el vaso donde estaba y cogí una hoja de la libreta para escribir. Me senté en el sofá junto a la mesa chica, puse la fecha y me hice un cigarro. Luego me acordé del almanaque de la cocina y preferí anotarlo directamente. Era uno de la Hermandad del Prendimiento con los meses para arrancar. Sobre la primera semana de junio escribí *siembra*.

—¿Te gusta el plátano?, Fidel —le grité amablemente—, ¿te gusta el plátano? Te voy a subir galletas y dos plátanos. El plátano tiene mucha fibra, Fidel, y potasio, y manganeso. Y sacia mucho. Esto de momento, luego tú ya me vas diciendo lo que quieres.

Esa mañana el calor siguió, regué bien la huerta con la goma y también los árboles, cavé algo de lo que iba más atrasado, lo recogí todo bien y me fui para Huelva. Antes subí, le limpié bien la cara y los mocos a Fidel, comprobé las cuerdas y le pregunté por la comida del día siguiente. Él siguió con la matraca de tener que irse y le puse el trapo.

Como no me decía nada de la comida, durante toda esa semana estuve llevándole cosas que sujetaran. Mucho arroz hervido, pechuga pasada, zanahorias cocidas, plátano y manzana. Mi madre, cuando estábamos sueltos, siempre nos daba pescada cocida y arroz. El arroz sin nada, solo cocer; luego ya en la mesa le daba pena y nos echaba un chorreón de aceite de oliva.

Los cerotes siguieron perfectos. Las tres plantas habían agarrado bien y no se salían cuando cagaba.

En la segunda semana todo siguió igual, todo bien. Yo me levantaba pronto, desayunaba por abajo y me fumaba un cigarro fuera con el aguardiente leyendo el As. Ahora todos los bares tienen una mesa alta en la entrada para los fumadores. A mí me parece muy bien lo de no fumar dentro. El que quiera vicio que tenga vicio y el que quiera sano que tenga sano.

Luego cogía el coche, subía por la Avenida de San Antonio y seguía por Manuel Siurot y hasta la plaza de toros por La Merced. No me enredaba mucho, salía de Huelva temprano con mi radio puesta, llegaba y vigilaba. Desde que estuvo la Guardia Civil, antes de bajarme, me hacía un rato el tonto haciéndome un cigarro o moviendo el dial del radiocasete, pero sin quitarle el ojo a todo el alrededor.

Luego me subía, le saludaba con agrado, le quitaba el trapo y hablábamos un rato. Si me decía que alguna cuerda le estaba molestando más de la cuenta, le aflojaba un poco o se la movía. De Huelva me traje Nivea y también le daba si tenía rozaduras. Luego hablábamos de cualquier cosa, pero Fidel me esquivaba todos los temas y volvía siempre con lo de soltarlo. Yo también pasaba de él, me acostumbré a oírlo y solo le decía que no podía ser, que por lo menos hasta que estuvieran más crecidos no, que luego ya veríamos, pero que de momento tenían que arraigar bien y subir. Fidel solo me decía que tenía que ser ya, yo le preguntaba que por qué y él volvía con que no preguntara y lo dejara ir. También seguía con la llantina y los insultos.

Cuando terminaba con él, echaba mi rato en el huerto. Es algo que sigue mandándome a otro plano; como correr. El huerto consigue encajonarme solo en la tarea, como si llevara puestas anteojeras. Eso he visto también

que le pasa mucho a Jacinto, como si tuviese alrededor un forro aislante y todo lo demás le resbalase. Yo seguía cavando y limpiando de hierbas, recogía lo que estuviese, regaba y me preparaba para correr. Cuando ya estaba listo, subía y le ponía otra vez el trapo.

—Me voy a correr, Fidel. ¿Necesitas algo?

Esa misma semana empecé a tirar por otra ruta. Antes de lo de Fidel, durante un tiempo, cuando llegaba a la zona de los pinos torcidos, siempre vacilaba si seguir el camino o desviarme por la parte que baja. Es un llano chico que se abre al barranco con una pradera de hierba alta. Ahí hay un grupo de diez o quince pinos que parece que alguien sembró enfermos o que les pasa algo con mala energía por abajo, porque están todos mirando para Cartaya y con el tronco rizado como columnas salomónicas. Además hay varias manchas de jara que los rodean por abajo y que se quedan siempre al sol. Las jaras cuando sudan sueltan su pegamento y todo se cuaja de un olor a campo dulzón y denso.

Empecé a correr por lo nuevo porque uno al final se aburre de los trayectos. Aunque una pista sea muy buena, terminas conociendo cada metro y dónde tienes que meterle el mayor esfuerzo o dónde tienes que aflojar, y eso, si lo haces cien veces, te aburre y te cansa. A mí me cansa.

Lo nuevo también es campo y se parece a todos los campos. Tiene sus subidas, sus curvas, su zona con más arena y su parte más dura o más blanda. El carril después de los pinos se mete por entre dos fincas que terminan en la carretera, por eso, casi llegando al final, siempre me vuelvo hacia la parte de la valla y sigo por el otro carril. El otro carril es el que engancha otra vez con la parte de los pinos torcidos.

En una de las dos fincas, la más estrecha y sin trabajar, vive Fernando. Lo conocí esa mañana por pura casualidad. Cuando dejé la parte de la grava, vi que por el carril venía el Patrol de la Guardia Civil. Llevaba un ritmo normal de carril, pero empezó a ralentizar la marcha al acercarse a mí. Yo seguí con el mío, y cuando a veinte metros de cruzarnos se pararon, yo me paré también y seguí andando hasta ellos. Al acercarme levanté la mano y los saludé. Eran los mismos que habían estado en el campo y me reconocieron.

—Buenos días —el guardia viejo, que iba conduciendo, me hizo el saludo militar—. ¿Corriendo?

—Sí, buenos días —me faltaba el aire—. Sí, un rato. Ya terminé la faena y me gusta siempre salir, aunque sea un rato.

—¿No hace mucho calor para correr?

—Sí es verdad. Algunas veces corro temprano y otras cuando suelto. Pero es mejor temprano...

—Sigue sin ver nada raro, ¿verdad?

—¿Raro...? No, no. No he visto nada que...

—Acuérdese de avisar si nota lo que sea.

—Lo haré, no se preocupen, si veo lo que sea, daré parte —apenas me dejaron terminar la frase, aceleraron y siguieron su servicio.

Yo empecé a correr haciendo teatro. Cuando el Patrol terminó de alejarse y ya no lo veía, me paré en seco y solté todo el aire acumulado con los nervios. Otra vez la Guardia Civil y otra vez preguntándome. Sabían lo que fuese y solo estaban cerrando el caso. Lo estarían preparando todo meticulosamente para asaltar la casa y pillarme con el fardo.

Me fui andando hasta una subida que tiene tres eucaliptos y me senté a la sombra. El corazón todavía seguía acelerado. Era una locura de pulsaciones. A las mías de la carrera se habían unido las del susto. Traté de respirar con secuencias y recuperar. Ahí fue cuando llegó Fernando.

—¿Te pasa algo?

—Hola —me asusté—, no, no me pasa nada. Estaba descansando. He salido a correr y la temperatura es alta. Parecía un golpe de calor, pero no es nada. Ya he bebido y estoy mejor. No es nada, gracias.

—Tengo ahí el cortijo, solo son cien metros. Si necesitas lo que sea, refrescarte la cara o lo que sea, pasa y te la mojas un poco. Hay una manguera, y al chorro te quedas nuevo. Me llamo Fernando —me acercó la mano y se la estreché desde el suelo.

—Samuel, yo Samuel.

—Vente, te saco una cerveza. Las tengo heladas. Correr ya no vas a correr más, ¿no?

Antes de contestarle, pasaron como proyectiles las imágenes del Patrol, Bruno rompiéndolo todo, el viejo devolviéndome el vaso y los tres

alcauciles en el culo de Fidel.

—Eso sí. Una cerveza helada, sí.

Fernando es muy joven. Yo le había echado treinta años o treinta y pocos, pero tiene veinticuatro. La primera cerveza duró seis o siete buches. Luego sacó varias más y estuvimos hablando un rato. Decía que no sabía quién era yo, que no me había visto nunca ni por la zona ni corriendo. Yo le expliqué que llevaba poco tiempo viniendo, que solo a un huerto y que luego me volvía. Le hablé de Jacinto y de *El Zorruno* y sí los conocía. Fernando es un tío de esos que todos llamamos brillante. Con todas sus palabras justas en cada frase y una dejadez seductora en el tono. Sacaba las cervezas del frigorífico y las secaba contra su barriga, luego las dejaba en mi mano con un gesto de actor antiguo.

—Son Cruzcampo. A la gente ahora le ha dado por decir que son una porquería.

—A mí me gusta. La que más. Esta y las Ámbar.

—Llevas diez años bebiendo Cruzcampo, tus padres también, tus amigos —se tomaba pausas mirando al techo—. En las bodas, en los bautizos. Cruzcampo y Cruzcampo. ¿Y ahora ya no vale nada? ¿Ahora alemanas y belgas y tostadas y de trigo? ¿Ahora somos tontos o nos gusta mucho una feria?

—Más razón que un santo, Fernando —a él tampoco parecía agradarle mucho lo moderno.

—¿Quieres otra? ¿Y un cigarro...?

La sacó y me la dio sin esperar a que contestase. Fernando fuma mucho y no usa cenicero. Se acerca a la puerta y los tira fuera también como un actor.

—¿Y cuánto corres?

—Poco, no mucho. Cuando puedo. Procuro que sea todos los días, pero no mucho.

—Yo no he corrido nunca. Tengo las piernas muy cortas —decía la verdad, es mixto enano—. Lo más parecido a deporte que hecho ha sido vender sacos de boxeo.

Fernando me contó que estuvo en Huelva cuatro años, que salía más que entraba y que dejó sin acabar Magisterio Musical. Su tito dejó de pagarle el

piso y se tuvo que venir. También que por un primo suyo empezó a llevar las cuentas de un gimnasio de Gibraleón, solo las cuotas y estar pendiente de los recibos, pero que luego empezó a vender suplementos para ganar masa muscular, y ropa, y mancuernas para casa, y muñequeras lastradas y lo que fuera que entrara por los ojos. Como lo hacía bastante bien y daba resultados, de ahí pasó a trabajar con una marca y luego se quedó solo con la representación de material para boxeo. Para Huelva y provincia. También la zona del Algarve hasta Tavira. Sobre todo sacos.

—El saco de boxeo, Samuel, deja mucho margen. Lo más gordo se te va en el porte, pero luego sale bien y con ganancia. Es un artículo muy simple, sin mecanismos ni efectos secundarios. Todo legal, todo simple, todo bien. Yo con cada uno regalaba dos rollos de cinta adhesiva entelada. Para las roturas. La gente se los arregla cuando van fallando y no te dan la lata. ¿Quieres otra cerveza?

Lo dejó porque ya no le motivaba y porque su tito le había dicho que se moría y que le dejaba la finca para que la administrara. Se moría de verdad, porque solo duró tres meses en casa y una semana que tuvo que estar con él en el hospital. Era el único sobrino y tenía locura con él; también le dejó dinero en la caja. Fernando me dijo que antes daba gusto verla. Veintiuna hectáreas con tres de regadío. Arboleda por abajo y por el lado de la carretera, una gabana grande y otra chica para el pienso, buen cortijo con su agua, su luz, su cocina y su baño, un Jeep Korando 4×4, un tractor con remolque y aparejos de arado, siembra y cosecha, dos pozos con sus motores, aspersores y gomas, perfectamente cercada y limpia. Y cuarenta ovejas. Al mes de la muerte del tito dejó lo de los sacos, traspasó y cerró cuentas, puso recibos a su nombre y los domicilió, estuvo un par de semanas arreglando papeles en la notaría, en el registro y en el ayuntamiento, se trajo sus cosas, se instaló en el cortijo, vendió las ovejas y puso unos altavoces y una barra en la gabana. En la puerta, en una chapa de precaución por algo, pintó con esmalte verde por detrás *Vive a tope y muere joven*.

Desde ese día me paro muchas veces con Fernando a tomar alguna cerveza y luego sigo. No es muy ortodoxo, pero como ya me coge de vuelta, tampoco varía tanto. En vez de parar a beber o beber mientras corro,

descanso un rato, lo veo, me bebo una lata y continúo. Fernando es un tío que me da paz. Es brillante y tiene las cosas muy claras.

Esa mañana me despedí de él con más de un litro en el cuerpo. Volví al carril y regresé corriendo al campo. Antes me pasé a darle la cara a Jacinto. Llevaba varios días sin verlo y quería preguntarle por unas manchas marrones que traían por el envés las hojas de las tomateras. Era un marrón reseco, y mohoso. Jacinto me dijo que no me preocupara, que eso no mermaba nada, que quizás le estuviera dando demasiado riego, que parase unos días.

Desde lo de Jacinto me volví andando y estirando. Estirar es muy importante, casi más que correr. En la cancela volví a disimular y a vigilar. Hice varios estiramientos de gemelos y de glúteos mientras miraba de reojo para los dos lados del carril. Luego entré en casa con un silbido. Primero pasé por el baño para mear, me subí, le quité el trapo y le conté a Fidel que había corrido por una ruta distinta y que había conocido a Fernando.

—A veces hay que cambiar, Fidel. La rutina solo te trae aburrimiento. A mí el aburrimiento me mata, Fidel. Por eso no puedo con Dalí. A mi abuelo le volvía loco el Surrealismo, y a mí también. Dalí era un pintor excepcional, un artista completo, pero tenía el mismo tono con treinta que con ochenta, y eso me aburre.

—A mí tampoco me gusta Dalí.

—No, ¿verdad?

—Excesivo.

—¿Excesivo? Es uno de los grandes, pero me carga, me empalaga.

—Tengo sed, Samuel.

—Es muy cansino. Y correr es igual, si no metes variación, te aburres. Yo me aburro. Y no se corre para aburrirse. A Pedro también le gusta cambiar. Pedro dice que el sistema fabrica veinte caminos para la multitud y uno azul para los raros, para los *hippies*. Es bonito creerse que uno es distinto, que uno elige, ¿verdad?, pero es el sistema el que los fabrica todos. Todos los caminos; los grises y el azul.

—Quiero beber, Samuel.

—No sé si conoces la parte de los pinos retorcidos, es una bajada, con una parte de jaras, es muy bonita... Ahora bajo a por el agua, Fidel. Pues

ahí empieza otro carril que llega hasta la carretera. Y hoy lo cogí. Y me paró la Guardia Civil. Me paró la Guardia Civil y me puse muy cardíaco. Me tuve que parar un rato y apareció Fernando. ¿Lo conoces? Fernando, un chaval joven. ¿Tú que tiempo llevas por aquí, Fidel? Si llevas tiempo te conoce seguro. A Jacinto lo conoce.

—¿Te paró la Guardia Civil?

—Me paró en el carril; en ese carril. Yo iba corriendo bien, con buen ritmo, pero cuando vi el coche me cagué. Ellos empezaron a reducir y yo también me frené.

—¿Qué querían?

—No sé si alguien te echa de menos, pero ya es la segunda vez. Vienen y me preguntan dando rodeos. Es raro, creo que me tienen trincado y están esperando a algo.

—¿La segunda vez?

—La primera fue el día que te di a ti el cabazo y me cargué a Bruno. No sé por qué llegaron tan pronto. Creo que les dieron un chivatazo y solo están esperando algo para echarse encima. Quizás el viejo. Pasa todos los días por el carril.

OceanofPDF.com

Dieciséis

En la tercera semana de junio, cuando más calor hacía, Fidel empezó a cagar otra vez suelto. La dieta era la misma, pero el mojón le cambió. Daba también mal olor y su color era verde kiwi Zespri. Dos de las mañanas que llegué, las plantas estaban fuera. No del todo, porque las raíces habían agarrado, pero sí salidas y caídas hacia las piernas. Como si les hubiese pasado un temporal por encima. Estuve hablando con él para que me dijese qué comía antes de tenerlo en el doblado. Me dijo que todo muy natural, siempre orgánico, que poca carne y casi todo crudo.

Yo las dos veces le metí otra vez las plantas con cuidado y no les pasó nada. A la dieta de arroz y pechuga le puse también cosas que me decía Fidel. Me sentaba junto a él y le iba dando trozos de apio, de nabo y de brócoli. El brócoli sin hacerle nada es una porquera, porque es un amargo raro, de cielo de la boca. El apio crudo lo he comido algunas veces y me ha gustado. La primera vez fue en casa de una amiga, en Villablanca, también en un campo. Nos había invitado a comer a varios amigos y en la mesa tenía hummus con bastones de apio y zanahoria para mojar y comerlo. Los restaurantes lo ponen con regañadas y picos, pero a mí me gusta más con apio.

A los dos o tres días la mierda volvió a su ser. Los dos acordamos que mezclaríamos lo que estriñera con las cosas que le gustaban.

—Solo tú conoces tu cuerpo, ¿no, Fidel? Yo podía haber estado el mes entero probando. Más arroz, menos arroz, más pollo, menos pollo, pero a cada uno le sienta lo que le sienta.

—Yo no he comido nunca mucho pollo. Los hacían en granjas de supervivencia. La mortalidad en los primeros días es alta. Les meten

hormonas para tenerlos en tres meses. Y antibióticos preventivos. Y todo eso te lo llevas tú luego. Si es criado al aire, sí, alguna vez. Pero tampoco mucho.

—Pero pechuga tengo que darte, Fidel. Pechuga lo dice en todos los sitios, que estriñe. Y con el arroz vamos a seguir, te lo puedo cocer con algo que te guste, pero también tiene que acompañar. Es un tema de equilibrio. Ni suelta ni dura. Tiene que salir normal, sin arrastrar.

—Si puedes, compra pavo. Maza mejor; te la cortan al través. Y luego la pasas un poco. El pavo no está tan mecanizado. Ahora tiene más demanda y cuidan el producto.

—Pavo es igual que pollo, Fidel. Estriñe igual, ¿no? A mí me da lo mismo. Arroz y pavo. Pero con cabeza, sin extremos. Como estriñas mucho, luego haces fuerza en el empuje y estamos en las mismas. Se salen. ¿Tendrás cuidado?

—Sí.

—Y agua no puedo darte mucha, Fidel. Hace calor, ya lo sé, pero el agua también la pone suelta.

—Tienes que asearme, Samuel.

—Te aseó, Fidel. Cada vez que cagas.

—Entero, digo.

—¿Todo...? Solo puede ser por detrás. Y la cara. Como están ahora los alcauciles no te puedo soltar, Fidel.

Fidel entró en una fase de mucha docilidad. Ya no gritaba ni me insultaba. Tampoco hacía remolinos en la mesa. Las rozaduras le habían desaparecido de las muñecas porque tampoco forcejeaba con ellas. Ya no decía nada de soltarle ni de la urgencia de irse. Solo alguna cosa de la postura o que le cambiase el trapo de la boca por otro menos vasto. Entramos en una fase de mucho respeto y eso las plantas también lo notaron. En pocos días crecieron dos o tres dedos y lucían de otra manera.

Yo seguía mi rutina de venir de Huelva, vigilar, subir a verlo, darle cualquier cosa de desayuno porque me había dicho que no desayunaba casi nunca, atender el huerto, correr cuatro o cinco kilómetros y volver luego con Fidel un rato. Ahí es cuando le daba la comida. A veces la traía preparada de Huelva y otras lo hacía en la cocina del campo. Fidel se

alegraba mucho cuando le daba cualquier cosa cogida en la huerta un rato antes.

—Es un pimiento, Samuel —lo masticaba cerrando los ojos y sonriendo.

—Sí, salieron buenos. Del terreno. Son plantones de Jacinto. Separados y sin polvos. Y estiércol.

—Todos hemos perdido el norte, Samuel, ciegos por completo. Entramos alienados en los supermercados, empujando un carro, mirando a la izquierda y a la derecha, y nos llevamos botes, bolsas, paquetes y bandejas de corcho blanco que contienen productos a los que les han quitado el sabor, el color y el olor para ponerles otra vez el sabor, el color y el olor. Y pagamos por ese hueco sin preguntarnos nada.

—Coño, Fidel, tampoco es eso.

—Nos tragamos el timo y nos volvemos contentos si en las bolsas van dos o tres productos en oferta. Te lo hacen los grandes, los medianos y los chicos, porque ellos también son unos mandados. Los gordos son las distribuidoras y los que compran a futuro.

—Yo tiro más para tiendas. Y también al súper; si voy con prisa entro rápido en el DIA. Pero compro poco. Mi madre me lo tiene un par de veces a la semana y yo me paso. Ella sí es de tiendas total. ¿Tienes madre, Fidel?

—Murió hace siete años; siete en diciembre. Tengo padre. Está en Córdoba, con una hermana mía —lo decía como si estuviese leyendo una novela que no le gustase.

—¿Tu hermana, tu padre y tú?

—Sí. Mi hermana tiene dos niños —seguía serio.

—¿Hablas mucho con ellos? ¿Habrán puesto denuncia?

—Casi nunca. Muy de vez en cuando.

Hasta ese momento habíamos sacado muchos temas pero nunca lo personal. Íbamos soltando cada uno lo que quería, sin mucha presión.

—¿Y vives aquí todo el año?

—Sí. Tengo mi estudio. Trabajo y salgo a pasear. A veces por los pinos y otras por abajo y llego hasta la marisma. También por Aljaraque. No hago nada más. Tengo un galerista en Berlín que lo mueve todo. Recogida,

portes, entrega. Él vende y me hace transferencia de mi comisión. Salgo poco de aquí.

—¿Eres artista, Fidel?

—Ese concepto está muy manido —se acomodaba el pecho sobre la mesa y tosía para recuperar voz.

—¿Manido? Eres artista o no lo eres, Fidel. A mí me gusta el arte, pero no soy artista.

—Es ridículo cerrar y limitar el significado del término. Todos somos artistas. No lo digo yo, lo dijo Duchamp.

—Duchamp se equivocaba. Yo no soy artista. Ni mi madre, ni mi abuelo, ni Jacinto.

El tema me interesaba y me hice un cigarro. Cuando algo me interesa mucho, tengo que fumar. Es como un lastre que me pongo para no acelerarme. Cada calada es un *stop*.

—Duchamp no se equivoca. Cuando se refiere a *hombre* no habla de todos los hombres. No todos los hombres hasta el último lapón que puedas encontrar cazando focas en la nieve.

—Fidel, a mí me flipa la pintura —di una calada honda y guarde un rato el humo en mi boca antes de seguir—, ¿tú que pintas?, ¿figuración?, ¿realismo?, ¿abstracción?

—Ya no pinto.

—¿Ya no pintas? ¿Eres artista y ya no pintas? ¿Qué haces?

—Desarrollo proyectos. Trabajo ideas que luego acaban en distintos formatos según convenga. A veces vídeo, a veces fotografía, a veces papel. Da igual, Samuel, el interés está en la idea.

—¿Conceptual?

—Bueno, Samuel, te diré lo mismo de antes. No podemos crear parcelas y reducir los límites del significado de las palabras.

—No dibujas muy bien, ¿no? Ni tampoco pintas gran cosa, ¿verdad?

—Estudié Bellas Artes. En Sevilla hasta tercero. Esa facultad es la hectárea más rancia que podrás encontrar en España, Samuel. Cuarto y quinto los hice en Cuenca. No es gran cosa, pero otro rollo. Y sí dibujo. Bocetos, apuntes, croquis para mis instalaciones. *Storyboards* para mis vídeos.

—Si me emociona me vale.

—Pino dice que el arte es una ocupación que adquiere sentido siempre en tiempo presente. Yo también lo veo así. No es, sino que está siendo.

—Ve más despacio, Fidel. Si retuerces las palabras no te sigo.

Fidel se acomodó sobre la mesa y tosió varias veces más para recuperar el timbre. Su voz era más natural y fluida. Todo lo decía con mucha convicción y entonando con entusiasmo.

—Quiero decirte, Samuel, que finalmente todo se limita a unos artistas que señalan a dónde mirar y unos espectadores que miran. Y ahí se monta el tinglado, la experiencia estética, en la cabeza del que mira.

—Como ha sido siempre, Fidel. Repasa Altamira, Egipto, Grecia, Románico, Renacimiento... Donde te quieras meter.

—Pero sería un error, Samuel, considerar que no existen grados en la aproximación al arte. A ti te veo empapado, pero la mayoría intenta comprender sin haber pasado por la más mínima formación. Se necesitan herramientas para estar en grado de comprender.

En ninguno de los catálogos que había leído a mi abuelo aparecía el debate que estaba teniendo con Fidel. Ni siquiera en los tomos de Vanguardias del siglo xx. Ni en los de los últimos movimientos. Estábamos discutiendo sobre quién era el jefe, quién mandaba en la cuestión de observar, si la formación o la sensibilidad para ver. Mi abuelo, que había visto mucho y había terminado formándose, se acercó por primera vez al arte desde la emoción.

—Creo que ha pasado siempre, Fidel. Los que más sabían y los que menos. Toda la historia de la pintura está llena de códigos y símbolos. Y eso era solo para unos pocos, para los iniciados.

—Claro que sí. Estamos de acuerdo —trataba de levantar la cabeza porque la emoción le alteraba—. Vale para el arte de todos los tiempos, pero sobre todo para el realizado a partir de lo que llamamos posmodernidad. El arte, Samuel, solo cobra sentido socialmente, porque se hace y rehace sobre sí mismo a lo largo de la historia. Por eso conviene conocer lo hecho para entender lo que se hace.

—Hay mucho embuste, Fidel. En Velázquez no hay fraude. Ni en Tiziano. Ni en Delacroix. Con mucho de lo de ahora me pierdo. Para ver y

disfrutar un partido de *rugby* tienes que entender las normas. Si no, solo son tíos corriendo y dándose hostias. ¿Quién ha escrito el código del arte contemporáneo? ¿Dónde está ese manual? Dime una librería que lo tenga y me lo compro y me lo leo, Fidel. Pero si no hay reglamento, mejor me veo uno de tenis.

OceanofPDF.com

Diecisiete

A finales de junio todo era pausa y calma y los alcauciles estaban preciosos. Entramos en julio con la misma rutina. Yo seguía viniendo con mi Opel Astra, vigilaba, arreglaba, los bichos reponerle, los gatos si aparecían, Fidel, cambiarme, correr y volver otro rato para charlar de lo que fuera antes de volverme.

El primer domingo de julio fue día tres. Lo recuerdo porque follé con Fátima. Esa mañana, en vez de correr por el carril, tiré para Aljaraque para comprar el ventilador.

—Me muero de calor, Samuel.

—Sí, en Huelva es igual. Hay levante, y mucha humedad. No se puede parar en ningún sitio.

—Aquí en el doblado es imposible, Samuel.

—No puedo moverte. Si te muevo nos cargamos los alcauciles. Y están de dulce. Tú no puedes verlos, Fidel, pero tienen un lustre y una vida, que viendo cómo quedaron, cualquiera lo diría.

Fidel había aceptado que lo tuviera de aquella manera. Al principio no me fiaba. Tanta resignación me hacía pensar que tenía que estar tramando algo. Nadie deja que le golpeen y lo aten a una mesa bocabajo y después le siembren en el culo sin quejarse. Muchas mañanas entraba con el máximo cuidado y lo vigilaba todo antes de dar un paso. Después me iba para la cocina y allí cogía un cuchillo grande. Imaginaba que Fidel se habría soltado durante la noche y se habría largado, o que no le había dado tiempo a escapar y estaba esperándome detrás de alguna puerta. Como no me tragaba su aguante, terminé poniéndole por fuera candados a todo. A las ventanas del doblado por dentro.

—¿Aquí hay enchufes?

—¿Enchufes? No, no hay ninguno.

—Podrías poner un ventilador. El doblado es un horno, Samuel. Y por la noche imposible.

—¿Un ventilador?

—Ponlo en una esquina, que mueva el aire por lo menos.

—¿Cuántos metros habrá hasta el salón?

Le di agua, le mojé todo el cuerpo con el rociador y me largué para comprar un ventilador y una alargadera. Me fui corriendo, a un ritmo controlado y con la botella de agua. Correr con calor es igual que con frío, pero tienes que dominar la pérdida de líquido. Eso tiene que ver con tu altura y tu peso, pero de normal, sin hacer nada, la sed aparece cuando se pierde el uno por ciento de agua del cuerpo. Por eso, corriendo tienes que tomar a cada momento. Y mucha cuando terminas. Puedes beber antes de salir, pero con tanto calor, mejor llevarte la botella.

Cuando llegué a la ferretería no había nadie y me atendieron al momento. Compré diez metros de cable que ya venían con el macho y la hembra. Me preguntó que para qué era y me dijo que mejor de doce milímetros de sección. Y el ventilador lo cogí de columna. Tienen mucha potencia y la opción de girar. También se regula solo. Como la caja ocupaba mucho, decidí volverme andando. Antes me pasé por lo de Ángel para comprarme un helado y luego seguir. Pero allí estaba Fátima, terminando de pagar uno de pistacho. Los dos nos cambiamos una sonrisa.

Ángel tiene muy buena memoria fotográfica. Si vas más de dos veces y eres de fijo, se aprende tus gustos. Me saludó con mucho vocerío y me puso una tarrina chica de nata.

Fátima y yo nos salimos a las mesas. Ángel había puesto unas sombrillas nuevas de Frigo y había cambiado algunos veladores por otros más grandes y rojos también con publicidad.

—Creí que habías emigrado al extranjero —Fátima me reprochó lanzándome una mirada de censor antiguo.

—Estoy muy liado. No paro.

—¿No paras? ¿Qué haces?

—Mil cosas. Y el huerto. No doy más de sí —además de controlar de arte, también tengo que ser uno de los que mejor miente de Huelva. Si quiero, puedo contar la trola más loca del mundo y cualquiera me creería. Mi amigo Marcos dice que la cosa está en documentar.

—¿Y el ventilador?

—En casa no se puede parar. Es un cuarto, antiguo, y me como todo el calor de la azotea.

—¿Y vienes a comprarlo a Aljaraque?

—Funcionan como los de Huelva —le puse la mano en la pierna y le di un beso en los labios.

—¿Y tienes prisa?

Cuando terminamos el helado, los dos nos subimos a su casa y entramos directo a su cuarto. Fátima había puesto aire acondicionado y también había cambiado los dos mandalas de pluma de pavo real por unos pareos celestes con muchos flecos. El aire estaba encendido y la habitación parecía una bodega.

—Lo cierro todo bien y lo dejo hasta la noche. A veinticuatro grados. Él se va regulando y se apaga y se enciende cuando le hace falta. *Inverter*, Mitsubishi. Mejor que un ventilador —se rio y me sacó la lengua moviendo la cabeza como una niña.

Estuvimos liados más de una hora. Fátima era una tía muy rara pero que follaba como Dios. Si se ponía encima, la visión era como para invertir en bolsa. El pelo negro le caía suelto sobre los hombros y estallaba salvaje con el traqueteo. Las tetas parecían recién salidas y sin la señal del bikini. Desde que se la llevó Fernando no la he vuelto a ver más.

Hasta el campo me vine a un paso rápido. El vicio es tan grande que cuando camino a donde sea también lo hago como si entrenara. El vicio de las piernas no tiene nada que ver con ningún otro. Si fumas o bebes o te metes algo, luego te lo pide el cuerpo y la cabeza, pero correr es distinto, como comer cuando te despiertas por la noche, es sobre todo un tema de sensación mareante, no de necesidad.

El ventilador pesaba y me lo iba cambiando de mano cada doscientos o trescientos metros, apoyándolo en la cadera, y el calor era tan tupido que la caja llegó a la casa con el cartón mojado y flojo.

Cuando llegué al campo, empecé con el marcaje. El recelo es algo que no he descuidado nunca, y antes de abrir la cancela, me lie otra vez con el disimulo. Miré a las dos direcciones del carril y también a los cortijos de los lados. Luego a la huerta y a la parte de detrás de los animales. Con todo controlado entré en la casa y llamé a Fidel.

—Ya tengo el ventilador, Fidel —no me contestó porque estaba con el trapo. Subí y se lo quité.

—¿Dónde lo vas a poner?

—Tiene tres posiciones de giro. Aquí, junto a la ventana. Te cogerá todo el cuerpo. He comprado la alargadera.

Saqué el ventilador de la caja y lo coloqué. Luego lo enchufé a la hembra y fui desenrollando el cable por las escaleras.

—Le sobran metros, pero voy a ponerlo en la cocina. Son enchufes de fuerza y no se recalentará. Te lo voy a dejar puesto todo el día, pero tiene un eso que lo apaga cada dos horas y luego salta otra vez. Un sensor.

—Gracias, Samuel.

—Vamos a probarlo —me puse en cuclillas y le di al botón. El ventilador empezó a dar aire y a girar—. ¿Te llega bien con esta posición?

—No lo noto.

—¿Y con esta? Con esta sí, ¿no?

—Ahora, ahora. Y rocíame otra vez con el agua.

Me había traído de casa de mi madre un bote de dos litros con un *flis-flus* que ella utiliza para los potos y la madre selva. Mi madre las rocía como cuando nos peinaba; después de llevar los pelos varias veces a los lados, cerraba un poco los ojos y nos marcaba la raya, luego con las púas chicas lo echaba todo a la izquierda. Una vez le pregunté a mi madre que por qué la raya se hacía siempre a la izquierda y solo me dijo que me diera prisa, que llegaría tarde.

Además de asearlo, cada vez que llegaba y me iba, lo rociaba con agua. Lo hacía como mi madre, dando unos pasos atrás y cerrando los ojos. La luz entraba por el postigo como el foco de un faro, y las gotas, como motas de polvo, caían muy despacio y brillaban a contraluz. El ventilador las llevaba de un lado para otro haciéndoles remolinos en el aire. Era una

niebla tropical derramándose lentamente sobre el cuerpo de Fidel, como cuando llueve en las selvas de David Attenborough.

Los alcauciles también lo agradecían y su terciopelo se llenaba de gotas como si fuera un rocío. Todas del tamaño de la cabeza de un alfiler, algunas juntándose y haciéndose más grandes, otras escurriendo por el envés de las hojas y cayendo al culo. Estaban contentos. Mucha gente cree que la alegría solo la tienen algunos animales. Los perros que se vuelven locos cuando llegas a casa o los canarios que se quedan roncos cantando en las jaulas. A mí me parece que las plantas se alegran si están bien. El padre Mundina les hablaba y la gente se reía de él, pero luego veías sus macetas y sus arriates y lo flipabas. En televisión no han salido nunca unas plantas tan contentas.

—Están hermosos, Fidel.

—¿Qué...?

—Los alcauciles, están preciosos.

—¿Conoces *The Greengrocer*, de Archimboldo?

—Sí, mi abuelo me lo pedía mucho.

—Así esta mi culo, ¿no? —Fidel lo dijo riéndose. Cuando se reía apretaba las nalgas y las plantas temblaban.

—Solo son tres alcauciles, Fidel, pero puedo sembrarte zanahorias y cebollas si quieres —yo también me reí—. Y espinacas, y rábanos, y tomateras. Tengo unas tomateras preciosas, ¿quieres tomateras?

—No, no. Mejor no —seguía con la risa—. Ese cuadro es magnífico. Cuentan que su dueño le tenía dos cáncamos, uno arriba y otro abajo, pero que lo colgaba siempre como si fuese un cuenco de hortalizas. El cuadro estaba a media altura, encima de un mueble bajo para cubiertos. Cuando recibía huéspedes en su salón, les pedía que se acercaran al muro y observaran el cuadro. Delante de todos, y pidiéndoles primero que cerraran sus ojos, lo descolgaba, le daba la vuelta y lo colgaba otra vez. El asombro era general y todos aplaudían.

—Mi abuelo flipaba cuando lo hacía con flores. De Salvat tenía uno de Manierismo que traía *Las cuatro estaciones*. Cogía *La Primavera* y con su dedo señalaba todas las flores. Manzanilla, hierbaluisa, malva, cerraja, margaritas en el collar, rosas en la cara.

—¿Dónde están ahora esas colecciones?

—Casi todas en casa de mi madre.

OceanofPDF.com

Dieciocho

En la segunda semana de julio los alcauciles se volvieron a salir. Cuando subí al doblado, Fidel estaba llorando. Escuché su llanto sordo cuando pisé los primeros escalones. Corrí primero a quitarle el trapo. Las tres plantas estaban casi fuera, derrumbadas hacia sus muslos y descompuestas. Habían echado raíces largas y seguían agarradas, pero tenían muy mala pinta. Fidel me dijo que tenía que ser algo vírico, que había estado toda la noche con fiebre y con diarrea. Bajé rápido a por los guantes y a por el cubo con el agua y la esponja. También me subí agua para Fidel. Bebió dos vasos seguidos. Le dije que lo hiciera poco a poco, que si lo hacía seguido podía devolverla toda. Eso nos lo decía siempre mi madre cuando estábamos malos y teníamos fatigas. Después de arrojar hay que beber lo que sea, pero con buches cortos, porque con las arcadas la barriga se desloma, y si le metes mucho de golpe, como ha entrado, sale.

Me lie con los alcauciles, limpiándolos de mierda y metiéndolos otra vez con mucho cuidado. Aseé bien a Fidel y lo recogí todo. Cuando ya los tenía metidos bajé a por agua clara y fui lavándoles otra vez las hojas con más cuidado. Algunas partes estaban quemadas por la acidez. También me subí el Mistol y lavé bien toda la mesa con agua enjabonada.

—Ya estoy mucho mejor. Debe ser un virus de los de un día. Otras veces me ha pasado. Soy propenso y todos los años caigo dos o tres veces. En verano y en otoño. Son veinticuatro horas y ya está.

—¿Gastroenteritis?

—Tiene que ser. La comida de ayer estaba buena. No me sentó mal. La misma de siempre.

—La hice abajo. Todo fresco. La comida no puede ser. Además lo crudo lo lavo todo bien. En la olla con la gota de lejía como me dijiste. Y luego aclarado.

—Tiene que ser un virus. Ya estoy mejor.

—¿Quieres comer algo?

—No, ahora no. Luego quizás.

Esa mañana no bajé al huerto. Tampoco fui a correr. Estuve todo el tiempo con Fidel. Hablamos mucho de nosotros, de qué nos gustaba y qué aborrecíamos, de nuestra vida. Yo le conté que la mía no era gran cosa, que trabajaba cuando podía y que también colaboraba con voluntariado. Que eso lo hacía por un vecino que ayudaba en Protección Civil y que me metió en el lío. Si tienes tiempo, lo de colaborar con lo que sea te da un alivio muy grande a la cabeza. Lo puedes hacer por horas o por días sueltos, y en lo que sea; hay un montón de asociaciones y gente que ayuda. La mayoría son jubilados, pero también mucha juventud. Le dije que me quedé muy vacío cuando lo de mi abuelo, y que por eso no tengo todos sus libros en mi piso, porque no podría abrir ninguno, yo solo. Que tengo algunos, de Salvat, de recuerdo, pero los abro muy poco. Le hablé de lo maravillosa que era mi madre y de la relación de complicidad con mi padre. Le conté también lo de mi hermano. Fidel me dijo que hasta hace muy poco su vida era completa, pero que ya no, que ahora mismo ya nada tenía sentido. Le dije que si era por los alcauciles y me dijo que no, le pregunté que si por Bruno y me dijo que tampoco. Estuvimos un rato callados y volví a preguntarle. Me dijo que no quería contarme nada más.

Cogí el cubo y los guantes y bajé a la cocina para lavarlo todo bien. Cuando estaba aclarándolos bajo el grifo, a través de la cortina vi que *El Zorruno* estaba cerrando la cancela. La había abierto, había entrado y ahora estaba poniéndole el cerrojo. Empezó a venirse para la casa. Yo salí corriendo para el salón, me paré en seco y me giré para subir al doblado. Si lo hacía y me entretenía en ponerle el trapo a Fidel, *El Zorruno* tendría tiempo de llegar y entrar en la casa. Volví a correr hacia la puerta y la abrí justo cuando estaba a punto de golpearla con un palo que traía.

—Hola, buenos días —traté de contener mis nervios y mi cara de loco y cerré la puerta detrás de mí—. ¿Se le ofrece algo?

—Dios santísimo, muchacho, me has asustado.

—Y usted a mí —me reí muy mentiroso y di varios pasos hacia la huerta esperando que me siguiera. Si Fidel nos escuchaba, empezaría a gritar y todo se acabaría—. Aurelio, ¿verdad?

—Sí, Aurelio —el viejo me siguió hasta la higuera. Le ofrecí una banqueta y los dos nos sentamos. No dejaba de mirar para la casa y me estaba poniendo muy nervioso.

—¿Y qué quería usted, Aurelio?

—Vengo porque... ¿Tú cómo te llamas, hijo?

—Samuel. Nos presentó Pedro.

—Ya lo sé, coño. No me acordaba del nombre —*El Zorruno* sacó entonces un carácter violento de viejo chocado y entendí que podía estar tranquilo. Habría venido por cualquier cosa, la que menos pudiera sospechar. No sabía nada de Fidel, ni tampoco de Bruno.

—Pues Samuel.

—¿Otra vez?

Me quedé callado, con los ojos muy abiertos y conteniendo la risa. *El Zorruno* era un rabicero con muy mala leche, y a mí la gente desagradable siempre me ha gustado mucho. Me atraen; si entro en un bar y doy los buenos días y el camarero no me contesta, me tiene ganado. Hay una cajera del DIA que nunca responde a mi saludo de buenas tardes o de buenos días, lo único que te habla es el total de la cuenta. Cuando entro para comprar lo que sea, lo primero que miro es si ella está de turno.

—¿Qué quería usted?

—¿Qué quería...? —seguía con la mala leche.

—Sí —la risa me apretaba en las comisuras—, habrá venido para algo, ¿no?

—Porque operan a mi hija.

—¿Sí? ¿Y puedo...?

—Cosa mala.

Los viejos nunca le dicen cáncer. Cuando mi madre se entera de algún vecino, siempre nos dice que ese muchacho tiene cosa mala. Mi madre le dice muchacho aunque tenga setenta. A las mujeres les dice mujer.

—Vaya por Dios, Aurelio. Ahora está todo muy adelantado, seguro que sale todo bien.

—Es el martes. Le van a quitar un pecho. Y no voy a poder venir en dos semanas o tres. O cuatro; no sé. En el hospital no hago nada, pero mi yerno me ha dicho que si podía quedarme en casa, por los niños.

El Zorruno empezó a llorar. La higuera estaba descompensada y por encima de nosotros solo había un brazo con cuatro o cinco ramas y pocas hojas. El sol entraba ametrallando la cara de *El Zorruno* como en un cuadro de Sorolla. No se tapaba ni se secaba las lágrimas. Allí sentado en la banqueta, jugando con su palo en la tierra, parecía un vencido hecho prisionero. Estuvo callado un rato y yo no le pregunté nada. Ver llorar a un viejo por un motivo grave es algo áspero. A los viejos les pasa como a los niños, que cuando les parece lloran por cualquier cosa. *El Zorruno* estaba de verdad molido en su actitud. Lloraba con pucheros, sin terminar de arrancar. Yo me hice un cigarro.

—Usted no fuma, ¿verdad?

El Zorruno me dijo que no con la cabeza y se limpió los mocos. En aquel momento entró en mi cabeza una calma rara. A mi lado estaba sentado un viejo que había apartado su mala leche para contarme algo muy íntimo y doloroso. En la casa estaba Fidel, completamente entregado a los alcauciles y también vencido. Ninguno de los dos parecía tener más ganas de pelea, estaban en la entrega.

—¿Quiere usted que le eche un vistazo a lo suyo?

—A eso venía. No tienes que hacerle nada, lo tengo todo con goteo. Abrirle el grifo. Los tomates primeros están muy adelantados, son de paquete, cógelos y quédáte los tú. Y los líneos de abajo, calabacines. Se han venido arriba con el calor y lo mismo. Los coges para ti, o se los das a quien quieras; tú también tienes aquí lo tuyo.

—Váyase tranquilo, Aurelio. No se preocupe. Cuando termine con lo mío yo me paso y arreglo en lo suyo —*El Zorruno* empezó a llorar otra vez. Ahí sí le pedí que no llorara, le puse la mano en el hombro y le dije que no se apurase por nada, que se fuera y se preocupara solo de su hija, que vería cómo todo salía bien. También le dije una mentira de una tía mía que le

había pasado lo mismo y que ahora estaba muy contenta, con sus revisiones cada año y poco más.

—El perro tiene su pienso en un cajón en el porche. Es verde, de madera. Le llenas el agua también.

—Usted se va tranquilo que yo me ocupo.

—Te voy a dejar la llave del candado de la cancela. Si ves que no abre, sácala un poco y gira. Le tengo que echar aceite.

Se levantó y empezó a llorar otra vez. Se acercó a una goma vieja y empezó a darle golpes sin fuerza, con el palo y con el pie. Después se volvió y sacó un llavero de su bolsillo. Me dijo que las otras dos eran de la caseta del pozo y de un cuartillo, por si me hacía falta. Le acompañé hasta la cancela, le di la mano y volví a desearle suerte con su hija. *El Zorruno* tiró el palo y se fue por el carril.

Cuando eché el cerrojo me apoyé un rato en las lamas y lo miré hasta que cogió la curva. El sol le daba de tres cuartos y tiraba su sombra para la regala del carril. Tenía el paso de un mulo cojo y apenas le veía la cabeza. No importa que te parezca que ya lo tienes todo hecho y traspasado y que solo tienes que regar unas tomateras y unos pepinos. Si Dios te tiene en la página treinta para un bache, te tropezarás, si te tiene para un premio, te tocará, y si te guarda lo negro, con lo negro te atragantas. Cualquier cosa se revolotea de momento, te sorbica el ánimo y te hace una cicatriz. Y no es bueno morir con una cicatriz, largarte sabiendo que al final se jodió. A los viejos solo les deberían llegar días tranquilos y noticias de nada. Muchos paseos por los parques o por donde les dé la gana, todo sin grasa y sin sal o mucho frito y mucho tabaco, cien partidas de dominó o cien catálogos de arte. Cuando sabes que como mucho te quedan un par de años de vida y que al final habías conseguido zafarte, no imagino el análisis que puedes llegar a componer con una noticia tan mala.

Entré en la casa y cerré la puerta sin quitarme a Aurelio de la cabeza, me senté en el sofá y me hice un cigarro. Estaba completamente aturdido y lo mojé por la parte sin pegamento; al encenderlo, se iba abriendo conforme jalaba. Tuve que tirarlo y hacerme otro porque se caía. Luego me tumbé y me embelesé con el agua que había derramado al salir corriendo.

—¿Samuel...?

—Dime —Fidel me sacó del embotamiento y me incorporé. Seguía desnortado, y al levantarme, el cenicero que tenía en la barriga se cayó al suelo formando zapatista y rompiéndose.

—¿Samuel? ¿Qué pasa?

—Nada, solo es un cenicero.

—¿Estás bien...?

—Estoy bien —el cenicero era de Duralux y se hizo cien pedazos en el suelo. Volví a quedarme pillado.

—¿Samuel?

—Sí, dime, Fidel. Voy.

Subí con el cigarro en la boca y me senté frente a Fidel. El ventilador nos refrescaba a los dos.

—¿Algún problema?

—Ninguno. Era un vecino. Solo quiere que le vigile el huerto, porque no podrá venir por un tiempo.

—El viejo de la cancela de las pitas, ¿verdad?

Fidel nos había oído hablar al principio en la puerta. Me dijo que conocía a Aurelio de saludarlo en sus paseos y de pararse varias veces con él para preguntarle por su perro. Que era un braco de Weimar precioso, color gris perla.

Algo se descompuso en mi cabeza. Fidel podría haber chillado, haber llamado a Aurelio. Solo un par de gritos pidiendo socorro y todo estaría acabado.

Siguió hablándome de razas de perro, de cruces y de pelajes, pero yo no le atendía. Estuve valorando si fiarme de él, si darle margen y dejarlo sin trazo. Después vi que no, que quizás lo había hecho para ganar mi confianza, que era un riesgo que no me merecía, y que nada más volverme a Huelva, cuando estuviese solo, empezaría a gritar hasta quedarse ronco. Si no había suerte y nadie le escuchaba, solo tendría que esperar al día siguiente. Mi cabeza ardía.

Le puse el trazo, me despedí de él y me bajé. Recogí los trozos del cenicero, recogí el agua de la cocina, puse a escurrir los guantes, lo ordené todo un poco y después salí.

El jaleo de la mañana me había baldado el pensamiento. Me monté en el coche y me acordé de Fernando. Me pasé a verlo y estuvimos bebiendo cerveza y comiendo de unas latas que abrió.

OceanofPDF.com

Diecinueve

Sobre el veinte estuve otra vez con Fernando. Fernando agrada. Se mantiene siempre en un plano de cercanía sin invadir. Parece que ha entendido perfectamente la vida y la quiere al menor coste. Él no está preocupado; le preocupan muy pocas cosas. Que te preocupen muy pocas cosas es una evolución de vida que no controla cualquiera. Mi abuelo estaba ahí, en el grupo de Fernando.

Cuando vas a su cortijo te da los buenos días y una cerveza. No es ningún alcohólico ni ningún borracho; es un símbolo. La cerveza y el saludo son parte de su iconografía. La *Santa Águeda* de Zurbarán te ofrece sus tetas cortadas en una bandeja de plata. Se las cortó el gobernador de Catania. Como a los romanos les había dado por zurrar a los cristianos, aprovechó que Santa Águeda no quería nada con él y la mutiló. Zurbarán controlaba la iconografía barroca y Fernando la de la generosidad.

También es muy metódico y disciplinado. Los viernes por la mañana, a las diez, hace la compra en el Mercadona de Aljaraque. Siempre compra semanal, nunca para el mes.

—¿Siempre a las diez?

—Es la mejor hora, Samuel. Abren a las nueve. A esa hora aparecen algunas madres que han dejado a los niños en el colegio y se pasan para comprar lo que sea, nunca carros llenos. Eso dura media hora o una hora, y luego desaparecen. A las diez los pasillos están vacíos. ¿Quieres otra cerveza?

Por las tardes limpia. Controla para empezar antes de que oscurezca y empieza. Primero lo barre todo desde dentro hacia la calle. Luego hace lo mismo con el agua. Cada habitación la moja, la aclara y la seca. Así todas

hasta la entrada. El llano también lo barre y lo riega. Muchas veces nos sentamos en el llano a beber cerveza y fumamos y comemos y lo ponemos todo perdido. Fernando también tira las colillas al llano cuando fuma dentro. Por eso también lo limpia.

Los miércoles por la tarde viene a Huelva, al cine. Fernando dice que viene los miércoles porque le da la gana, que si pasasen el día del espectador al jueves, seguiría viniendo los miércoles. Menos las de niños, las ve todas. Empieza por las del Aqualón y termina con las del Holea. Si se entera de alguna película que van a quitar y no ha visto, combina los centros comerciales para que le dé tiempo. Hace lo mismo con el puticlub, que va los días quince. A La Casita de Campo, en la carretera entre Punta Umbría y Huelva. Es un bar de alterne sin ningún ringorrango; un chalet al lado de la rotonda y que se ve desde la autovía. Con el *parking* de albero, sin columnatas ni fuente ni macetones, solo un luminoso con forma de arco escarzano y con las letras en mayúscula y cian sobre fondo blanco. Debajo tiene una estrella de cuatro picos que se ilumina en rojo cardenal. Goya retrató a don Luis María de Borbón con ese rojo putero.

Fernando había cocinado. La mañana antes había estado en Huelva para arreglar un papel de algo de un recargo del seguro del coche. Primero solucionó lo del papel y luego estuvo desayunando de tarde en el Café Central. A mí también me gusta desayunar tarde, sobre todo en invierno. Si no me bajo a los bares, por las mañanas solo tomo un zumo y alguna fruta, y luego es cuando me pido por abajo un café solo y media con tomate y aceite; a las doce o doce y media. Entro y lo pido, me cojo el As y me salgo, me voy liando un cigarro mientras llega, me como la tostada y luego me fumo el cigarro con el café. A mí no me gusta mojar la tostada en el café. A mi hermano cuando era chico le flipaba; acercaba la cara al vaso y empapaba el pan, luego lo iba comiendo sin que cayese al hule ni una gota. En el Café Central también ponen un aceite total para las tostadas.

Después del café estuvo en el Mercado del Carmen y pilló raya, coquinas y longuerones. La raya la había hecho en amarillo; con pimiento, medio tomate, clavo, laurel y unas patatas chicas rotas por la mitad.

—Las tienes que romper. Sueltan más que si las cortas. Es como espesa el caldo. ¿Quieres otra cerveza?

Mientras cocía la raya, Fernando preparó en una sartén un poco de aceite con ajo picado y perejil para las coquinas y puso los longuerones en una plancha chica. A los longuerones no hay que echarles nada, ni siquiera limón. Concentran el sabor a ría y es una pena maquillarlo con ningún aliño. Volvió a sacar cerveza y esperamos a que la raya reposara. El olor a cocina de muelle tenía a todas las moscas pendientes y a nosotros casi en trance.

La luz era completamente añil y Fernando sacó la mesa al llano, a la parte de la sombra. Delante de nosotros el sol lo ametrallaba todo con treinta y cinco grados y el campo reventaba en amarillos, ocres viejos y marrones. El calor traía también un apretón de barullo de chicharras que venía de los pinos. Tenían que ser doscientas o trescientas, todas picadas unas con otras.

Estuvimos bebiendo cerveza y comiendo primero las coquinas y luego los longuerones. Fernando había puesto ya también la olla en la mesa y el olor a raya nos entraba y nos mareaba.

—La raya tiene que hay a quien le gusta y a quien no.

—A mí me gusta. Mi madre la hace así y con tomate.

—Es por la ternilla.

—A mí es lo que me gusta.

—Con tomate también, pero la raya tiene que cocer más, y con caldo. No tiene hueso, ni espinas, solo tendón. Y eso tiene que cocer para que suelte la gelatina.

—Dame otra cerveza.

—Es colágeno, Samuel. A los tontos del gimnasio yo les vendía botes de colágeno marino hidrolizado. Veinte euros el de doscientos gramos y treinta y cinco el de cuatrocientos. Como en las etiquetas pone en brillante que viene enriquecido con silicio orgánico, magnesio, calcio y otras mierdas, pues los vainas lo pagan a gusto. Y está por todos lados. Huesos y tendón, ahí está. Tú terminaste pronto hoy, ¿no?

Si a Fernando lo ves de lejos caminando por la acera, a diez o doce metros, puedes pensar que quizás sea la persona más tonta que podrías ver ese día por la calle. Echa los pies como los niños chicos cuando están empezando a correr, y con la cabeza marca un vaivén inestable que

endereza con tirones a cada pocos metros. Luego hablando con él un momento también parece falto. Pero si te paras un rato y entiendes como lo estructura todo, caerás en que es un tipo bastante listo. Y muy observador. Y despejado.

Yo le dije que ahora con tanto calor no había mucha faena, que había llegado temprano y que había corrido con la fresca. Que luego había estado arreglando y que no era mucho. También le dije que había estado un rato en lo de *El Zorruno* y le conté lo de la hija.

—¿Y es mucho?

—No. El viejo lo tiene todo muy preparado y limpio. Todo cavado, con sus guías y su riego. Cuatro gomas de cinco hasta los líneas y luego las de doce hasta el final. Y también un perro, pero es poco. Y un gato; negro como un mortño. Del gato no dijo nada, pero no se despegaba de allí y come de lo del perro.

—¿Hasta cuándo?

—Me dijo que quince o veinte días.

—¿Quieres otra cerveza?

—Lo que tenga que estar con los nietos.

—¿Son chicos?

—No le pregunté. El yerno quería que estuviera pendiente mientras la hija terminaba.

—A la hija creo que la conozco. Tiene dos y un varón de mi edad.

—¿De qué la conoces?

—De haberlos visto alguna vez en lo del padre, hace ya muchos años. De chicos. Si es la que yo digo, es la mayor de las dos. La otra vive en Cartaya, pero no está casada ni tiene hijos.

—No sé. No me dijo nada.

—Y al yerno también. De Villablanca. Creo que tiene camiones. Trabaja con los palos.

—No sé, Fernando.

—¿La quieres así o más fría?

Después de comer sacó una botella de Legendario y dos o tres de licor. También los vasos y una copa de balón. Yo me puse uno chico con hielo y probé el de almendra amarga. En Portugal la ponen mucho cuando

terminas; de postre. A mí me gusta mucho acercarme a comer a Portugal. Al Dom Petisco en Vila Real y al Casa Velha en Caçela Velha.

Fernando recogió la mesa y me dijo que si quería otro café. Le dije que ya eran más de las siete y que no podía quedarme más, que ya me iba.

—Quiero pasar por casa de mi madre a recoger algo que me ha dicho que me ha comprado.

—Como quieras —Fernando me dio la mano y una hostia floja en la cara.

Cuando me senté en el coche abrí las ventanas porque estaba ardiendo, me hice un cigarro, puse la radio, arranqué y tiré para Huelva. Estaba *El Sótano*, con un programa especial de The Damned. Diego RJ decía que habían sido el primer ladrillo del punk británico. Yo subí el volumen y tarareé los temas. A mí me gusta mucho marcar el bajo golpeando el volante. A ochocientos o novecientos metros de la rotonda que abre para Aljaraque y para Bellavista me entró escalonada la paranoia con Fidel. No podía ser que todo estuviese tan normal, tan aceptado. Por las tardes cuando me volvía o por las noches, tenía que estar tramando lo que fuera. Tanta ilógica me mataba y yo volvía con lo mío; nadie deja que le siembren el culo y se queda amarrado en una mesa sin pensar siquiera en largarse. Estaba en algo y a mí se me escapaba.

Entré derrapando, me la hice entera y volví otra vez a la parte del campo. La carretera tiene mucho tráfico y casi siempre está bacheada. La van arreglando por zonas, pero solo con parches. Es muy de plano largo de cine o de anuncio de Audi, porque tiene curvas muy suaves y son varios kilómetros entre los pinos. El pinar es la cabecera de una marisma y en invierno la humedad se lo come. Tampoco entra mucho el sol, porque nunca se entresacaron y las copas están muy pegadas. Es una zona arenosa con mucho pasto. Hasta mayo o entrado junio no se le va lo verde. También hay mucha mancha; de lentisco y tarajes en las umbrías y de espartillos y palmitos en las solanas. La luz llega al suelo filtrada, como si hubiese pasado por una mampara plomiza. A los pinos de Aljaraque va mucha gente de Huelva los sábados y los domingos a comer a las zonas de barbacoa. Son mesas y bancos de obra alrededor de barbacoas también de obra. Yo algunas veces he ido con mis amigos, pero más a la zona de adentro. Cada uno lleva

lo que sea hecho de casa y bebida; se extienden un par de paños en el suelo y se abren algunas mesas y sillas de playa y todo es para todos. Solo es tortilla de patatas, aceitunas, ensaladilla, pollo frito o carne empanada, pero pasas la mañana, juegas un rato al fútbol y ves a los amigos. Si estamos muy adentro, alguno saca del coche un gancho para gurumelos o un machete de caza y sacamos algún palmito con los niños. Ahora lo tienen protegido y no es cuestión de que te vean. Algunas veces pasa el Seprona y son muy cabrones con las multas. El palmito en Huelva se vende mucho por San Sebastián, pero con permisos.

El coche lo aparqué a la entrada del primer carril que abre para los demás. Volví otra vez a lo de mirar para todos lados y estuve un rato disimulando. Encendí un cigarro y empecé a caminar como dando un paseo. No quería llegar con el coche hasta la cancela no fuera a ser que Fidel conociese el ruido del motor y parase con lo que fuera de su plan.

En la casa de la torre me paré y terminé el cigarro. Desde allí se ve bien lo de Pedro. La casa de la torre está abandonada desde hace muchos años y eso se ve en los hierbajos que tiene por todo el porche y en algunas persianas descolgadas. Su huerta también es una selva y se la comen las zarzas. Ahora no parece ninguna rareza, pero debió mandarla construir alguno con gusto por el cante. La gente cantosa siempre tiene que llamar la atención de alguna manera. Si todos los demás se hacían su casa normal, con su planta, su porche y su doblado, el dueño de la de la torre pensó que así se destacaba más. La casa tiene contraventanas, dinteles de madera vistos y un zócalo de lajas verdes todo alrededor. También tiene dos plantas, pero escalonadas, y en la esquina está la torre, con las ventanas subiendo en espiral y un remate de falsas almenas. Las ventanas también tienen el alféizar de lajas.

Cuando terminé el cigarro estuve otro rato solo mirando. Todo igual.

Luego me acerqué a lo de Pedro. Volví a mirar con disimulo para todas partes porque no se me quitaba de encima la movida de la Guardia Civil. Abrí la portera con mucho cuidado para que el cerrojo no chillase. Entré y no la cerré para evitar más ruido. Dos gatos que me vieron se acercaron. El canelo se quedó en la pared de la alberca, pero el pepinero se me vino a las piernas y estuvo un rato rozándose esperando a que le diera cualquier cosa.

Los tengo acostumbrados a que cuando llego sí les doy, pero ahora no tenía nada y tampoco quería buscarlo. Cuando se cansó, soltó un trote corto y se metió por la parte de detrás de la casa. Con mucho cuidado me acerqué a la puerta, quité primero el candado y después la abrí. Los pies los dejé fijos y las manos las movía como cuando juegas a la jenga y la torre está ya muy floja. Primero metí solo la cabeza y estuve un rato escuchando. No se oía nada y entré. Tampoco cerré la puerta. Antes de dar ningún paso, lo miré todo bien y tracé un camino imaginado para no tropezar con nada. Cuando llegué a las escaleras volví a pararme y estuve otro rato escuchando. Al principio, si te paras a oír en un sitio con silencio, no se oye nada, pero cuando pasan un par de minutos, si controlas bien tu respiración y tus movimientos, empiezan a aparecer ruidos que antes no estaban; alguna madera que cruje, algún insecto que vuela, un grifo mal cerrado o el viento que sopla por alguna ventana y mueve las cortinas. Es un rollo de afinación de los sentidos, como cuando entras en una habitación oscura y pasas los primeros instantes sin ver nada; luego la pupila se acopla y vas enfocando. Aunque solo sean siluetas borrosas, terminas viendo.

Empecé a distinguir el ventilador, la respiración de Fidel y un ronquido muy bajo que se repetía cada diez o quince segundos. Como la chaladura de la trama no se me iba, pensé que lo estaba fingiendo y volví sobre mis pasos hasta la mitad del salón. Veía claro que estaba esperándome escondido en el doblado con algo en la mano y que saltaría sobre mí nada más entrase.

Quieto, moviendo apenas los ojos, busqué algo para golpear entre las estanterías o sobre los muebles. No me convenció nada y me volví para la cocina. Sobre la encimera vi el cuchillo grande que usaba para cocinar lo de Fidel. Lo tenía limpio junto al resto de cubiertos sobre un paño de secar.

Fidel estaba seguro esperándome arriba, respirando flojo y roncando para que todo pareciese normal. Entré como al acecho, cogí el cuchillo con cuidado y volví otra vez a las escaleras. Fui subiendo poco a poco abriendo el camino con el cuchillo por delante. Cuando llegué a los últimos escalones me paré otra vez. No sabía muy bien desde dónde me atacaría Fidel. La respiración y el ronquido seguían. Era un actor de categoría.

Miré los dos peldaños finales como si fuesen las arenas movedizas de las películas de Tarzán. Si los pisaba estaría perdido; habría caído en la

trampa y Fidel saltaría sobre mí golpeándome con lo que tuviera en su mano hasta dejarme sin sentido. Y estaría en su derecho de ensañarse, porque tampoco soy un loco ni un animal, y entiendo que todo eso lo hacía en contra de su voluntad.

En ese momento la mesa crujió y toda la locura de la trama se desvaneció. Si la mesa crujía era porque Fidel seguía encima, amarrado e inmóvil. Metí la cabeza todavía con cierto cuidado y los pude ver. Allí estaban los alcauciles en su culo, tiesos y preciosos.

Las ventanas las tenía sin candado porque el calor en julio estaba siendo exagerado y se las dejaba abiertas para que corriera el aire. A esa hora el sol estaba tirando ya para Portugal y la luz entraba como en las vidrieras góticas. Sobre el derrame de la ventana había un pájaro negro que no me veía y que piaba y se limpiaba las plumas con el pico. Tenía que ser un mirlo o algo de eso. Yo no entiendo mucho de pájaros, pero negro y con ese tamaño tenía que ser un mirlo.

Estuve allí mucho rato, sin entrar. Fidel estaba dormido y roncaba de verdad. El cañón de luz iba girando muy despacio y estaba ya sobre los alcauciles y el culo. Toda la gama de verdes aterciopelados cambió de repente y en las hojas se formaron pequeñas veladuras de azules y blancos nieve. Por la hora, no era todavía una luz de ocaso, pero en el doblado se desvanecía como en los paisajes de Antonio Ribas Oliver y lo hacía todo más de cine y más lechoso.

Fidel se movió otra vez y la mesa volvió a crujir. Eso me sacó de mi pavo y reaccioné. El mirlo o lo que fuera también se asustó y se largó. En mi mano seguía el cuchillo y empecé a bajar los escalones con el mismo cuidado de antes. Lo dejé en la cocina y salí. Feché la puerta y el candado e hice lo mismo con la cancela. Allí estuve parado haciéndome un cigarro y pensando en mi desvarío. No podía relajarme pero tampoco andar todo el día como un zumbado desconfiando de Fidel. Algo raro además de las cuerdas le ataba a la mesa y no parecía que le importase. Yo todavía no sabía lo que era.

Cuando pasé otra vez por la casa de la torre, volví a girarme una última vez y seguí hasta el coche. Lo había dejado a la sombra y ya no quemaba tanto. Me monté, arranqué, encendí la radio y me metí de nuevo en la

carretera de los pinos. Camino de Huelva no paré de darle vueltas a la cosa. Había llegado hasta un punto en el que era complicado parar; los alcauciles estaban preciosos, y si ahora abandonaba, todo lo trabajado no habría servido para nada. También pensaba en lo cerca que había estado de cagarla; con la Guardia Civil o con *El Zorruno*. En cualquier momento pasaría lo que fuese y finalmente se descubriría la gaita.

Cuando llegué a la última rotonda de Corrales había atasco por dos coches que se habían dado. Son unas rotondas muy mojoneras que las hicieron así para aprovechar terreno para los adosados y muchas veces pasa que alguien se despista con su ceda y se come al que ya está dentro. Estuvimos parados un buen rato y me hice otro cigarro. Apagué el aire y abrí la ventana; el viento estaba cambiando y llegaba fresco desde la playa.

Allí, fumando y con la música más fuerte, me acordé de Fernando, que dice que las complicaciones son la parte buena de la vida, lo que te espabila, y que por eso si algo funciona bien hay que empeorarlo, para que funcione mejor. Fernando dice que si montas un circo, la mejor noticia que te pueden dar es que te crezcan los enanos, porque no habrá un circo tan especial ni tan distinto en ningún sitio, y que el público recuerda las cosas especiales, no los circos con enanos como los de todos los circos.

En medio de todo el atasco, terminando mi cigarro y con la locura de los pitos de los coches de detrás, decidí que seguiría con los alcauciles.

Veinte

Durante la última semana de julio fui varias veces a lo de *El Zorruno* porque me daba mucha pena. Era un vergel, el viejo la tenía perfecta y había que hacerle muy poco, pero estaba reventando a dar y ofreciendo de todo. A mí me da mucha pena que las cosas se queden en la mata y terminen pudriendo. Lo que hacía es que me iba para Huelva con el coche lleno de tabales y luego le daba a mi madre para que repartiese con las vecinas. También le llevaba a los míos y a dos o tres bares.

A mí nunca me ha costado dar de lo que tuviera. Cuando éramos chicos repartía sin problema; de chucherías o de lo que fuese. Dar si te sobra parece que no cuenta, pero mucha gente lo tiene que le sale por los ojos y se lo queda. Y luego están los pejugueras con el sermón de repartir y que te piden para todo. Yo con el voluntariado me he cruzado con notas que mejor no tenerlos como hijos. Te quieren apuntar a todo; niños nicaragüenses para apadrinar, comunidades de mujeres intocables en la India o asociaciones para la defensa de los galgos; lo que sea les vale. A mí si tengo no me importa, porque todos los meses me llegan los cargos de cuatro o cinco cosas, pero el sermón no lo aguanto. Cuando he tenido que trabajar por teléfono, cuento lo que tenga que contar, pero sin drama y sin ponerle voz de Navidad.

Es verdad que el perro de *El Zorruno* es bonito. Fidel me dijo que los de esa raza también son muy nobles y cariñosos. Cuando llegaba a arreglarle lo suyo, el animal ya me conocía y empezaba a dar saltos y a volverse loco. Yo entraba y lo primero le soltaba la cadena. *El Zorruno* le tiene una correa con una cadena y una argolla cogida a un alambre acerado de cuatro o cinco metros. El perro está fijo pero puede moverse. *El Zorruno* no me dijo su

nombre y yo solo le decía *bonito*. No tenía nada que ver con Bruno. No se movía de mi lado y se sentaba cuando yo me paraba. Todo el rato que estaba con las cajas y cogiendo, el animal me seguía y me ladraba con cariño. A los bichos es fundamental tenerlos educados. Ahora pienso muchas veces que todo esto viene por la mala educación.

Cuando terminaba de cogerlo todo, llamaba otra vez al perro y le ponía su pienso y su agua. Mientras comía lo ataba otra vez y así hasta el siguiente día. *El Zorruno* le tiene la caseta debajo de un naranjo sanguino y es una imagen muy bonita, porque es de tablas que ha pintado de verde limón y destaca sobre las naranjas en el suelo. Lo de las naranjas sanguinas me lo explicó Jacinto. Durante esos días que me acercaba a cuidarle el huerto, si iba con tiempo, me pasaba después por lo de Jacinto. Como no las había visto nunca, me llevé un par de ellas y le pregunté. Me dijo que antes había más, que las traían de los pueblos de Sevilla de al lado del río; para adorno sobre todo.

—¿Y el color?

—Es rojo porque es rojo. Lo mismo que las otras son naranjas.

Jacinto explica sin explicar pero lo entiendes todo. Además lo hace sin dejar de atender a lo suyo.

—He probado una y son más ácidas. Luego al final sí se te queda el dulzor.

—No sé si son cruces. La gente se pone a injertar y algunas veces te salen cosas —me lo decía mientras desataba los nudos de una maroma gorda que tenía enrollada en el suelo.

—La cáscara también es más dura.

—Es por el gusto de tenerlo. Aurelio ni las coge.

No recuerdo muy bien si fue en esa semana o ya en agosto cuando apareció el otro viejo y también lo metí en la paranoia. Si tú tienes a un tío en un doblado con unos alcauciles preciosos sembrados en el culo y alguien aparece de repente y te hace preguntas que parecen normales pero que se parecen a preguntas con segundas, entonces lo metes entre los que por lo que sea podrían estar controlándote o por lo menos sabiendo algo. Además no me fío de la gente amable.

—Buenos días —era un tono dulzón y alargando mucho la s final.

—...

—Buenos días —yo estaba terminando de meter las berenjenas en un tabal y no lo escuché la primera vez que me saludó. Además la voz la tenía ya muy corta y había que aguzar bien para entenderlo.

—Buenos días —me levanté y me giré. Estaba apoyado en la cancela y ya entrando.

—¿No está Aurelio?

—No, no está. ¿Qué quería usted?

—Yo nada. Que pasé haciendo piernas y quería echar un rato. Ya estuve ayer aquí, pero no lo vi y me extrañó —terminó la frase ya dentro y acariciando al perro. El animal lo conocía porque saltaba y le lamía las manos con mucha confianza.

—No está, no. Aurelio me ha pedido que le eche un vistazo y le administre todo esto durante unos días.

—¿Le ha pasado algo...?

—A él no —dudé por un momento si contarle nada de lo de la hija, pero luego se lo dije—. La hija es la que...

—¿Carmen o la chica...?

—No lo sé, no me dijo nada —se cagó en Dios y me alargó la mano. Terminé de contarle lo de la hija.

—Yo soy Macías, que dirás que entro sin pedir permiso y me planto aquí y te pregunto y tú dirás que quién es este hombre...

—No se preocupe. Yo soy Samuel.

—Me cago en Dios... Pues no sabía nada —se volvió y encendió un cigarro. Luego se dio cuenta y me ofreció. Yo le dije que no y saqué del mío—. Paso por aquí muchas mañanas con el paseo y echamos siempre un rato. ¿Y será mucho?

—Es de un pecho, pero no sé si...

—Como esté para ti, para ti lo tienes. A ver si la Virgen Santísima quiere y no sea mucho —el viejo lo decía dando unas caladas muy hondas y soltándolo por la boca y la nariz. Luego, como un actor de método, se olvidó de la hija y empezó conmigo—. ¿Tú vives por aquí?

—No. Yo estoy en lo de Pedro —le señalé la dirección de la casa—. ¿Lo conoce usted?

—Claro que los conozco. Los conozco a todos. Yo tenía lo mío cuatro casas por encima, pero mi mujer y la niña ya no querían venir y lo vendí hará ya diez o doce años. ¿Y te estás quedando ahí?

—No, vengo de Huelva —el viejo me preguntaba con el cigarro en la boca y acariciando al perro. En mi cabeza estaba ya metido por completo en la trama de investigación. Había sido del cuerpo, o estaba en la reserva o colaboraba con ellos.

—¿Todos los días? Yo también vengo mucho. Vendimos esto y lo de Aljaraque y compramos en La Dehesa. Unas mañanas tiro para las salinas y otras me vengo por aquí.

—Bueno, trato de venir todas las mañanas, porque ahora fíjese, cómo está todo —le señalé los líneas y las cajas que ya tenía llenas—. ¿No quiere usted llevarse algo?

—No, hoy no. Hoy vengo sin coche. Algunas veces Aurelio me avisa y me lo traigo —se acercó al porche y se sentó en el borde. Miraba continuamente para el carril y empecé a ponerme nervioso.

—Con el calor se ha venido todo arriba de repente y es una pena. Lo mío está igual o peor.

—¿Mañana vas a venir?

—Mañana sí. Ahora estoy viniendo todos los días.

—Digo aquí, a lo de Aurelio.

—No, pasado quizás...

—Pues me paso por lo tuyo —el viejo se levantó y se agachó para acariciar al perro—. Me traigo el coche y me llevo de lo que tengas. Me pasaré sobre estas horas. Si no te importa...

—No, por favor. Cuando usted quiera —se lo dije arrepintiéndome al momento y poniendo la cabeza en Fidel y en si haría como con *El Zorruno*.

Al día siguiente me vine muy temprano con el miedo y hablé con Fidel antes de salir a correr. Le dije que después más tarde vendría un viejo que había estado el día antes en lo de *El Zorruno* y que me había liado para que le diese unas cajas con algo de la huerta. Le dije que si era necesario que le pusiese el trapo y Fidel me dijo que no me preocupase, que no era Janet Leigh y que no estaba por gritar ni por formar un número pidiendo socorro. Me fie de él y me fui a correr.

Por el camino de vuelta, en mi cabeza luchaban las dos ideas; si fiarme o si ponerle el trazo. Cuando llegué, subí otra vez al doblado y le di las gracias a Fidel. Luego bajé a la cocina y preparé un plato y el cuchillo grande. No sabía cuáles eran las intenciones del viejo y si tendría que prepararlo. Adivinarle las intenciones a alguien es muy complicado, y con pedirme agua o un café o lo que fuese, podía estar también firmando su finiquito. Llegado a esas alturas los alcauciles eran lo primero y ningún guardia civil retirado iba a venir a joderme nada. Para que no estuviese mucho tiempo ni me liase con ninguna mierda, me salí y fui preparándole las cajas.

Macías llegó pronto, aparcó su Seat León blanco en la puerta y cargó dos cajas de tomates colmadas y una con unos cuantos pepinos y pimientos. También chícharos, calabacines y una sandía grande. Solo saludó otra vez con buen rollo, las cogió, las metió en el coche, echó un cigarro conmigo y me hizo varias preguntas raras sobre la casa. Eso me mosqueó. Que si no le habían hecho obra porque la veía distinta porque parecía que tenía más altura y que si antes no tenía una caseta con techo de uralita pegada por la izquierda. También me dijo que le diese recuerdos a Aurelio si lo veía, y que a ver si Dios quería que lo de la hija no fuese mucho. Luego se montó en el coche, encendió otro cigarro y se largó. Por abajo, a unos doscientos metros, el carril hace una curva y Macías se paró antes de cogerla. Seguramente le entró algo por el cristal, o notó ruido en el motor o estaba moviendo el dial o se le cayó el cigarro entre los pies y estaba cogiéndolo. Pero luego vi que parecía que movía el espejo retrovisor y lo de la trama volvió a mi cabeza con más fuerza. Macías se quedaba ya como actor de reparto.

Ese final de julio fue de un calor asesino. Por las tardes aflojaba porque cambiaba la marea, pero el día era como trabajar con abrigo en un asador de pollos. A cualquier sitio que quisieras ir tenía que ser antes de las doce o de la una, y buscando la sombra de los balcones y de los árboles. En Huelva no hay muchos árboles para sombra; los gordos están dentro de los jardines y por ahí no va ninguna acera que te lleve a ningún sitio. Y luego está la tontería de sombra de las palmeras y la de los naranjos. Las palmeras no dan sombra porque no son de sombra y porque las ramas las tienen muy

altas. No sé si son ramas o son hojas, pero no dan sombra. Y los naranjos los dejan bajos con las podas, pero también reducidos, por eso luego no valen para nada. Cuando veo a la jardinería del ayuntamiento llegar por mi barrio con sus escaleras de aluminio, sus motosierras enanas y sus tijeras de podar, siempre me digo que tengo que avisarles para que dejen que las ramas crezcan en horizontal, por lo de la sombra, pero luego pienso que ellos habrán estudiado lo que sea de jardinería y que sabrán bien por qué hacen lo que hacen.

Mi rutina era salir de Huelva todo lo temprano que podía y empezar a correr cuando el sol apenas estaba saliendo. A esa hora los carriles de los pinos están casi mojados, porque no les entra el sol y la arena rezuma la humedad que tiene debajo. Además se le junta con el rocío y todo está fresco y como regado. De correr en Huelva a correr en los pinos va un mundo. Solo por el olor ya merece. Todo el tiempo te acompaña el de la jara, el de la tierra mojada, el de la madera y el de la resina. También de marisma y de los naranjales de las fincas. Y luego está lo del terreno; correr en liso te vuelve confiado y la musculatura se mete en molde. Le estás dando todos los días el mismo plan y el cuerpo aprende; el tono muscular toca techo y en cualquier frenada brusca llega la lesión. En el campo no hacen falta muñequeras lastradas para romper la rutina, porque el suelo te va cambiando de dureza y de alturas a cada pocos metros.

Cada día, después de correr, si hacía falta me pasaba por lo de *El Zorruno*, y si no, me liaba con lo mío. Antes le daba el desayuno a Fidel, lo lavaba, le rociaba con el *flis-flus*, le ponía la vaselina y después me metía con la faena rápido para evitar la calentura. Lo de la vaselina me lo dijo él; de bote, de una marca de farmacia. El tallo de los alcauciles tiene estrías longitudinales que con el movimiento en la mesa le habían provocado rozaduras. Si Fidel me pedía cualquier cosa, lo hacía también antes de bajarme.

—Es por debajo de este tobillo —Fidel levantaba el tobillo derecho para que lo viese bien.

—Sí, es una ampolla. Es por el calor —aunque le tenía el aire del ventilador y las ventanas abiertas, las cuerdas le rozaban y le provocaban llagas.

Por el resto del cuerpo donde las cuerdas le tenían sujeto también tenía mataduras; unas más secas y otras como pequeñas úlceras. Por debajo, por la barriga y en el pecho, la piel también se le veía irritada y roja. Las partes de la cadera que daban con la mesa las tenía escoriadas. Yo había preguntado en la farmacia cuando fui a por la vaselina y me habían dado Halibut pomada.

OceanofPDF.com

Veintiuno

Todo lo de la chifladura de la trama seguía siendo solo un supuesto del que no me quería deshacer, porque lo mismo podía ser una obsesión mía que una conjetura con muchas posibilidades de ser verdad. Después de lo de Macías, en agosto todo seguía igual. En la primera semana bajó un poco el calor porque paró mucho el levante. Yo seguía llegando, atendiendo a Fidel, corriendo y arreglando. También me acercaba a ver a Jacinto y a lo de *El Zorruno*. Y cuando podía me escapaba a Aljaraque para estar con Fátima.

Una de las tardes la eché embotellando tomates y luego me acerqué a tomar un helado a lo de Ángel. Lo de los tomates también me lo dijo Jacinto.

—No doy abasto, Jacinto. Se han venido arriba y es una locura. Le llevo a mi madre, a mi hermano y a los vecinos, y le llevo a los bares del barrio, a los más conocidos, pero como también tengo lo de Aurelio, no sé qué hacer con tanto. Y a ti para qué voy a darte, con lo que tienes aquí...

—Embotéllalos —ni me miró.

—¿Los tomates...? ¿En botellas?

—No. En botes. Ahí detrás tienes los que quieras —Jacinto estaba sentado en un taburete de corcha y trenzaba tres cuerdas para hacer una más fuerte. A cada dos palmos le metía un palo de cuatro dedos que tenía afilado por los extremos.

—¿En botes? Explícame, Jacinto.

—Ahí hay botes de zumo de litro. También de conservas de medio. Coge los que quieras. Antes los vendía, pero ya nadie embotella.

—¿Y qué tengo que hacer?

—También tienes los bidones. Llévate dos y avanzas más.

Jacinto me estuvo explicando que antes tenía que lavarlos muy bien todos, mirando que las bocas y las tapaderas no estuvieran malas. Los bidones eran de cincuenta litros, de los de pintura plástica. Los tenía que meter hasta que le pasaran dos o tres dedos por encima de las tapaderas y que hirviera. Tres cuartos de hora y luego apartarlos y que se enfriaran solos en los bidones.

—Alguna gente lo hace con polvo. Una tontera si los puedes hervir.

—¿Con polvo?

—También tengo que tener. Dos cajas tiene que haber en el mueble. Cada una con veinte o veinticinco sobres. También los vendía, pero ya nadie embotella.

—¿Lo hago con el polvo? ¿De qué es el polvo?

—No. Hierve. Es ácido salicílico. La punta de una cuchara por cada kilo y bien mezclado. En las farmacias lo venden —Jacinto seguía con la cuerda y metía silencios de dos o tres minutos. Yo siempre le he respetado los silencios, porque sé que tiene otras cosas en la cabeza y que también tiene que atenderlas.

—¿Hiervo entonces?

—Lava bien los botes con Mistol y un chorro de lejía —Jacinto dejó la cuerda—. Aclaras bien y los pones a secar boca abajo. Ve preparando la candela —me dijo que si quería leña que también podía llevarme. Jacinto siempre ha sido muy espléndido conmigo—. A la candela le tienes que meter unas piedras para apoyar luego los bidones; las buscas parejas, todas de la misma altura. O unas trébedes mejor. ¿Tienes trébedes? Si vas a llevarte dos bidones necesitas dos.

—No sé si la madre de Pedro tendrá...

—Pues entonces las piedras. Los pelas si quieres y si no, no los peles. A mí me gustan sin pelar, pero eso va en gustos —volvió otra vez con la cuerda y estuvo otro rato callado—. Los cortas en cuartos; si son más grandes los picas más, y llenas los tarros hasta arriba. Mételes que no se golpeen al entrar, que luego con el calor se rompen. Si quieres picarles un pimiento, también. Eso que te encuentras luego.

No salí a correr ni tampoco fui a lo de *El Zorruno*. Me llevé toda la mañana picando los tomates que había cogido la tarde antes. También

algunos pimientos como me dijo Jacinto. Lo hice en el doblado para estar con Fidel. Me subí las cajas de tomates y una silla para sentarme a su lado. Los piqué en un barreño grande que le cogí a la madre de Pedro. Antes estuve lavando bien los botes que me dio Jacinto y los tenía escurriendo en la cocina; en el suelo, boca abajo, sobre muchos paños que había colocado. Las tapaderas también.

A Fidel le pareció muy bien que embotellara los tomates. Todo su rollo de moderno iba con eso; con no tirar nada y con reutilizar. Incluso que fuese con una candela porque decía que era una manera de darle uso a la broza y a los restos de poda y que así no era necesario usar combustibles fósiles. También me felicitó por haber rechazado lo de los polvos. Me explicó que la sustancia o parecida se conocía desde la antigüedad, que ya los griegos lo hipaban con la corteza del sauce, y que también los chinos y los egipcios lo sabían, y hasta los indios de las películas desde siempre, y que no es que fuese estricnina, pero que mejor hervidos.

Mientras estuve picando, Fidel y yo volvimos a hablar mucho de arte, sobre todo de imaginería y de cómo se representaban las escenas bíblicas en las diferentes escuelas. También de ahí nos fuimos a la Iglesia y los dos estuvimos de acuerdo en lo mierda que era. Que lo mismo había sido mecenas y acaparadora que destructora, y que ahora solo le iba lo de atosigar y ser un fastidio para la gente.

A la una los tenía ya todos picados y me subí los botes. Los fui llenando todos y poniéndoles las tapaderas apretando mucho. Jacinto me había dicho que si les entraba agua se jodían. Fidel me pidió varias veces que le rociara y que le rascara en algunas partes de las piernas. Con todo lo de los tomates subieron muchas moscas al doblado y nos tenían fritos.

Sobre las dos paré un rato y me bajé a preparar la comida para Fidel. El día antes me había dicho que si podía ser algo de pescado y yo había estado en el Mercadona comprando pijotas grandes. El Mercadona, ahora cuando está a punto de cerrar, te pone el pescado de oferta y la gente se vuelve loca comprando. Una gorda que iba antes que yo quería llevarse todas las pijotas y todas las breas y le tuve que decir que si podía dejarme dos, que era todo lo que quería. Su pijota la hice solo hervida con agua de comino; sin sal y sin nada. Fidel quería que se lo echase a casi todo, porque me salió con que

su postura le daba digestiones lentas y que eso le machacaba el estómago; que el comino es carminativo y lo combate y que además tiene un montón de nutrientes y de rollos. Lo de sin sal es porque no quería que le echase sal a nada. Yo me hice la mía a la plancha y con una picada de ajo, perejil y limón.

Mientras le daba de comer, Fidel volvió otra vez con lo de las tallas y a decirme que le gustaba más la escuela castellana por la sobriedad y lo recio del concepto. Yo le dije que mi abuelo sí, pero que yo no controlaba tanto. También que tragase, que todavía tenía que cocinar la mía.

Los últimos botes los terminé sobre las cuatro. Estaban ya todos metidos en los mismos tabales que había usado para subir los tomates y los fui bajando al porche. Yo tenía lo de Pedro todo limpio y rozado, pero detrás de las tapias estaba la cosa de mírame y no me toques; la mierda se comía las casas y las huertas. Tenía que encender candela pero con mucho cuidado. Además sin mucho humo; si los del Infoca lo veían, los tendría en casa en menos de un minuto. Para no cagarla me traje tres chapas grandes de detrás de la alberca y monté un parapeto. Cuando levanté las chapas, junto a la pared había piedras cinceladas de un palmo por dos. Debían estar allí desde el principio, porque eran las mismas que se le veían a la cimentación de la alberca. Me las llevé también y las nivelé para colocarles encima los bidones. Toda la poda del naranjo y del pino también. Luego usé papel de saco para encender y fui metiendo los botes en los bidones. Mientras el fuego cuajaba, me traje la goma hasta los bidones y los fui llenando. Ahora pesaban otra vez los cincuenta kilos, o casi.

Con mucha fuerza los coloqué en las piedras y me hice un cigarro. Agosto, las cuatro o las cinco de la tarde, las chapas ardiendo y el fuego revocando para afuera. Era una locura y me alejé a la sombra del porche. A cada momento le iba metiendo leña para mantener el hervor y eran como diez o veinte segundos de dolor de amputación. Tuve que entrar varias veces a la cocina a beber porque me secaba. Fidel me preguntaba que cómo iba y yo le decía que me cagaba en los muertos de los tomates. Fidel se reía y otra vez me volvía lo de su resignación.

A las seis ya tenía el fuego apagado, los bidones apartados y las chapas en el suelo regadas con la goma y frías. El sitio de la candela también lo

regué, porque Fidel me dijo que tuviese cuidado, que una cuarta o dos por abajo no se enfriarían hasta la noche, y que si había raíces o lo que fuese enterrado, podía prender y liarse.

Como quería tomarme un helado y después ver a Fátima, me metí en el baño y me duché. Tenía tizne por todo el cuerpo y estuve un buen rato bajo el agua fría. Salí en pelotas y me afeité. La puerta la tenía abierta y Fidel y yo seguimos hablando. No era nada de arte, solo de cómo creía que habían quedado los tomates. Le dije que por lo menos un bote había estallado. Luego me vestí y subí otro rato con él. Le dije que vería a Fátima pero no le conté lo del helado.

A las siete y media estaba en lo de Ángel. Se alegró mucho de verme como siempre, y me dijo que Fátima llevaba varios días sin ir. Como el sol pegaba todavía en la terraza y ni debajo de las sombrillas se podía estar, me lo tomé dentro, enfrente del aire acondicionado. Cuando terminé le pagué, hablamos de dos o tres tonterías y me acerqué a ver a Fátima. Me recibió a besos como siempre, pero me advirtió riéndose que no podría follar, que estaba hasta arriba de trabajo con varios pedidos y que mejor mañana, que ya lo habría terminado todo y estaría dos o tres días más tranquila. A mí se me cruzaron los cables y le dije que sí, pero que mejor en Huelva. Fátima me miró con el cruce de comisuras de quien está explotando de felicidad y me dio un beso con lengua. Yo le dije que la llevaría a las tapas del Juan José y que luego nos tomaríamos algo por el barrio o por el centro.

Le di un beso en la frente y un cate en el culo, la dejé con sus papeles y me bajé. El coche lo había dejado a la sombra. Entré, lo arranqué, bajé los cristales y puse el aire al máximo. Luego me salí y me hice un cigarro mientras se enfriaba por completo. Camino de Huelva empecé a arrepentirme. Si salíamos nos liaríamos, y eso sería que tendría que quedarse en mi casa. Fátima era una buena tía que nunca preguntaba nada, pero serían muchas horas, y en la cama, y por la mañana, y al final te quedas sin silencios y tienes que preguntar lo que sea.

Habíamos quedado en que me mandaría *whatsapp* antes de salir de Aljaraque, sobre las nueve y media o las diez, y que yo la esperaría en la esquina del Centro de Salud de las Adoratrices, en el semáforo. Como tenía

que entrar por ahí, me vería seguro. Luego aparcaríamos por donde fuese y nos tomaríamos la primera cerveza.

Esa mañana llegué al campo nervioso con lo de Fátima, saludé a Fidel, le dije que le daría el desayuno después y que me iba a correr. Cuando estoy muy tenso y con miedo tengo que correr ocurra lo que ocurra, o exploto. Volví más tranquilo y estuve viendo los botes de tomate. Menos el roto, todos los demás estaban perfectos y ya fríos. Los saqué uno a uno y los fui limpiando, secando y colocando otra vez en las cajas. Algunos tenían todavía la etiqueta de la marca medio pegada o se había roto un poco con el hervor. Las estuve rascando con un cuchillo y refregando con estropajo Nanas hasta que todos quedaron transparentes. Estaban preciosos y le subí uno a Fidel para que lo viera. Fidel me felicitó y me dijo que le encantaba mi trabajo y que estaba orgulloso. Yo le di las gracias pero pensé que quizás estuviese ya perdiendo la cabeza.

Luego lo de todos los días; desayunó, atendí el huerto, le hice la comida y me volví a Huelva. Le conté lo de por la noche con Fátima y Fidel me deseó suerte. Yo le dije que por la mañana llegaría más tarde, pero que vendría. Había pensado que me acostase a la hora que me acostase, me levantaría pronto, sacaría a Fátima de la cama aunque fuese a empujones, le diría rollo enamorado que quería desayunar en la playa, en Punta Umbría, en el Camarón, que abren temprano. Luego desde allí ella tiraría para Aljaraque y yo para el campo, que tenía que regar sí o sí, porque con este calor se me moría todo si no iba.

A las diez menos algo apareció Fátima con su coche por Fray Junípero Serra y antes del semáforo se paró y se echó a un lado. Yo le vi la maniobra y crucé. Le dije que me dejara a mí y conducimos hasta la parte final de la calle Jaén. Allí siempre hay sitio y nos tomaríamos una cerveza por detrás, en el Rasco. Al aparcar y maniobrar marcha atrás le noté un ruido muy raro al coche. Fátima me dijo que sí, que era la caja de cambios, que lo sabía y que estaba buscando cambiar, que ya no podía con los gastos del taller.

Luego seguimos por el barrio tomando cañas y tapas, los dos muy bien y de buen rollo. Fátima me dijo que quería caracoles y la llevé a la calle Chucena, en las Tres Ventanas, al Bar Hispanidad. Allí hay una cocinera

vieja que los clava. Es como la madre de los del Juan José con la tortilla, que tienen alguna receta o algo que solo conocen ellas.

En el Bar Hispanidad me volvió la paranoia. Nos habíamos sentado cerca de la puerta, en la parte de la terraza. Yo le había pedido al camarero las cervezas y media de caracoles mientras Fátima se acercaba al servicio. Dos mesas más atrás había un tío que me saludaba. Al principio le levanté el brazo por levantárselo, porque no sabía quien era, pero luego lo vi de perfil mientras hablaba con la novia y me entró el miedo. Era el guardia civil joven. No llevaba el uniforme ni tenía la pose de muñeco chulo con pistola, pero era él; además me había saludado. Eran dos parejas y siguieron a lo suyo. Los otros, o lo sabían también o los estaba utilizando. Me habían localizado en Huelva y ahora habían empezado a seguirme. Me cagué veinte veces en Dios y me bebí la cerveza de un trago. Cuando Fátima volvió me dijo riéndose que si tenía mucha sed.

Los caracoles estaban buenísimos, pero pedimos dos cervezas más y nos largamos. Yo no miré atrás ni me despedí del guardia. Fátima me notaba algo pero no me preguntó. Los cabrones estaban en lo que fuese pero no remataban, y eso era lo que más me machacaba. Habían ido con su Patrol y habían mandado a Macías. Ahora habían localizado mi casa y mis bares, pero seguían sin rematar.

Yo le di un beso a Fátima en la boca y le dije que nos íbamos al centro, que para una copa el barrio estaba muerto. Subimos hasta la calle Rubén Darío y cogimos un taxi en la parada.

En el centro me relajé bastante. No había mucha gente porque en verano todo el mundo tira para las playas y nos quedamos cuatro tontos, pero los cuatro que habíamos estábamos por allí. El taxi nos dejó en la Plaza de las Monjas. Había empezado a correr el fresco y nos tomamos un par de mojitos en uno nuevo de la Gran Vía, en su terraza; una de esas que montan ahora con sillones bajos y mesas de IKEA con velas. Fátima estaba muy graciosa y muy besucona y me olvidé por completo del seguimiento. De allí nos bajamos al 1900 y yo me pedí un Rives tónica y Fátima un Pampero con Coca Cola. Tenía dos o tres mesas en la calle y nos sentamos. Estuvimos hablando de cien mil cosas, fumando y dándonos besos de gilipollas.

Fátima me dijo que quería algo más de movimiento y me dijo que nos acercáramos al Red Lion. Eran ya más de las cuatro y estaba casi lleno. Ella me dijo que venía mucho, y que si me gustaba la cerveza que me pidiera alguna de las alemanas que tenían, que eran de diez. A mí me gusta mucho cambiar de bebida cuando salgo; no soy de solo *whisky* o solo ron o solo ginebra. Algunos tontos dicen que lo peor es mezclar, pero a mí me refresca. Fátima se pidió otro Pampero y yo una Beck's.

Pusieron algo de electrónica que Fátima conocía y me llevó de la mano a bailar. En la pista volvió otra vez la trama. Yo le había dado dos besos seguidos a Fátima; dos picos, y me giré para darle un buche al botellín. El guardia joven estaba en la esquina y volvió a saludarme. Habían venido desde el barrio y ahora estaban siguiéndome por el centro. Se acercó a mí y pensé en ponerle las manos por delante para que me detuviera. Era una tontería seguir con el circo, si tenía que ser que fuese cuanto antes. Una imagen terrible de los alcauciles secos se me vino a la cabeza.

—No tendrás tabaco de liar, ¿no?

—Sí —el botellín estuvo a punto de caérseme de las manos. Lo saqué del bolsillo lateral del pantalón y le ofrecí.

—Ya te dije que prefiero el de liar, pero de servicio no puedo.

—Salgo contigo —si me iban a detener, no quería que Fátima lo viese. Le dije que quería fumarme un cigarro y nos salimos.

—¿Y cómo va el huerto? A mí me gustan mucho. Mi padre tiene uno en la carretera de Gibraleón a San Bartolomé, pero no tengo mucho tiempo y voy poco.

—Bien, va bien, ahora con tanto calor se viene todo arriba y no para de dar, pero luego bien —le pasé el paquete y le di una boquilla y papel. Estaba completamente hecho una mierda y ni el alcohol me paraba la temblina. Vi que me miraba y que estaba dándose cuenta. No entendía porque no salían otros tres de detrás de las columnas y se me echaban encima.

—Lo tienes precioso. Se nota que te gusta, eso se ve —terminó de hacerse el cigarro y lo encendió—. Todo bien alineado y limpio, sin una hierba.

—Sí, sí me gusta. No es mío, ya os dije...

—Ya, ya.

—Ahora hace un tiempo que no os veo —yo también terminé mi cigarro y lo encendí. Trataba de seguir una conversación sin parecer un majara.

—Se está alargando. Lo teníamos, pero parece que se lo haya tragado la tierra.

El guardia estaba también bebido y tenía ganas de hablar. A mí con el susto empezaba a quitárseme el morado. Me envalentoné y le pregunté que a quién buscaban. Solo quedaba que me dijera que si le estaba vacilando y que yo lo sabía mejor que nadie.

—Varón, alto, delgado, unos cuarenta años.

La cerveza la había dejado en el bar porque los porteros no te dejan sacar nada de cristal a la calle, pero tenía la garganta seca y necesitaba beber algo para seguir hablando. No me podía creer que estuviera allí, delante de mí, describiéndome a Fidel, sabiendo que lo tenía yo y sin leerme mis derechos. Le di dos caladas al cigarro y volví a preguntar.

—¿Y qué ha hecho?

—Eso es secreto —la compostura le volvió por un momento y me lo dijo como cuadrándose. O se había metido demasiado en el papel bebiendo demasiado para que el seguimiento fuera disimulado o lo hacía perfecto y querían sacarme lo que fuera antes de esposarme.

—Claro, claro...

—Sabemos que lo tiene que tener en alguna urbanización de campo. Hemos barrido toda la parte de El Rincón y Las Moreras. También El Pintado y las dos de Aljaraque —se le trababa la lengua y se le apagaba el cigarro. Yo fumo papel de poco gramaje, y si no jalas, se te apaga—. Tenemos a efectivos de incógnito y tampoco —abría los ojos como platos vendiéndome mucho asombro inexplicable—. De momento, nada.

Macías tenía que ser uno de los de paisano y el cabrón ya me tenía fichado. Le acerqué el mechero y encendió el cigarro de nuevo. Yo le dije que me volvía, que tenía dentro a mi novia y que se enfadaría si tardaba más. El guardia se rio y me dijo que la suya era peor, que sí, que mejor nos metíamos. Al entrar, él buscó a los otros tres y yo me fui para la barra. Pedí una Cruzcampo y me la bebí de un trago. Fátima llegó por un lado y me

preguntó que quién era. Le dije la verdad, que era un guardia civil que conocía del campo.

OceanofPDF.com

Veintidós

Las cortinas de mi cuarto no son ninguna algarabía ni pertenecen a ninguna escuela americana de decoración, pero son transparentes porque fue el único requisito que le puse a mi madre. Me dijo que si no tenía cortinas en el cuarto matrimonio que se lo midiera, y ella me las hacía, le dije que estaba bien como estaba y mi madre me dijo que le metiera una cuarta más por cada lado contando con la cinta de la persiana. Me preguntó por el color de las paredes y le dije que blanco. Mi madre me dijo que con el blanco iba todo y yo le dije que entonces transparentes y malva. El malva te despierta contándote que los días no salen malos ni buenos, que todo es un resumen de la teoría de los contrarios; si no sabes por qué amanece, espérate al ocaso, si no entiendes el silencio, atiende a los gritos, y si no te explicas cómo un tío así puede ser presidente del gobierno solo tienes que mirar a sus oponentes.

Al día siguiente Fátima se despertó antes que yo. La oí que trasteaba en la cocina y me levanté. Estaba buscando un vaso en los muebles de arriba para beber agua. Su culo era una delicia de carne y todavía llevaba las veladuras de malva sobre su piel. Tenía puestas unas bragas burdeos con el ribete en violeta claro y una camiseta celeste que yo le había dejado porque decía que no podía dormir sin nada. Se aupaba y no daba con los vasos porque los tengo en el de abajo, pero me quedé en el quicio y no le dije nada. La escena era para retenerla en Full HD, y eso llevaba un rato.

Le cogí uno y la botella de agua fría de la nevera. Los dos habíamos bebido bastante y estábamos resacosos. Cuando ella terminó de beber volví a rellenarlo dos veces para mí. Eran poco más de las ocho y le dije que se vistiera, que nos íbamos a Punta Umbría, que desayunar en la playa era lo

más bonito que podíamos hacer a esas horas y que quería hacerlo con ella. Fátima me empujó y se metió otra vez en la cama. Yo me acerqué despacio y empecé a tirar de uno de sus pies. Peleamos un rato, nos dimos muchos besos y apretones y después nos largamos. Primero nos montamos en mi coche y después fuimos a buscar el suyo. Fátima encendió la radio y saltó Radio 3 con algo de flamenco que no recuerdo.

En agosto la playa de Punta Umbría tiene una luz como de papel Albal. Todo el mundo dice que su pueblo es el más bonito del mundo, que tienen el mejor aceite, que la luz es diferente y que además tienen un microclima. Yo no, pero lo del punto metálico de la playa de Punta Umbría es verdad. Si además el agua la coges sin viento, parece un mar de Pixar.

El Restaurante Camarón está casi todo el día abierto, y también todo el año. Menos lo más señalado, abren siempre. Empieza con los desayunos y termina por la noche, con las copas después de la cena. Es una locura, porque está sobre la arena y a veinte metros de la orilla. Al principio era provisional; de tablas y con una carpa que desmontaban y guardaban en una nave cuando terminaba la temporada. Luego le abrieron al lado el Barceló Punta Umbría Mar y se metieron a todo el año. Tomarte un café de temprano es tragarte todo el Atlántico sin veraneantes.

—Lo tenemos que repetir.

—¿Te gustó?

—Me gustaron las cervezas, me gustaron las tapas, me gustaron los caracoles y me lo pasé como una mona por el centro.

—¿Y yo no?

—Tú no, ella.

Fátima soltó una carcajada, me pegó en el hombro tres o cuatro veces y se sentó sobre mis piernas mirando hacia el mar. Los dos estuvimos así un buen rato, sin decir nada, fijos con las olas y con unos correlimos que registraban con el pico los montones de algas que había traído la marea. Un matrimonio viejo de extranjeros que teníamos al lado nos miraba y se reían muertos de la envidia. Luego Fátima se levantó, me dijo que pagaba ella y que se le hacía tarde. Tenía que hacer unas llamadas que le quedaban del día anterior.

Yo me fui detrás de ella con el coche y entré también en Aljaraque para pasar por el Mercadona. A Fátima le dije que pasaba para comprar cerveza. Me llevé lo del desayuno de Fidel y unas pechugas de pavo para el almuerzo. Ahora hay pavo en todas las carnicerías; solomillos de pavo, pechugas de pavo, filetes de pavo y muslos de pavo. Para que te vendan pavo en cualquier supermercado tiene que haber granjas de pavos, porque con criar diez o doce o quince en un cortijo no da para toda España. Y lo de las granjas de pavos no me lo puedo imaginar. De pollos sí; todos los miles metidos en una nave con sus dispensadores de agua y pienso y creciendo como un bizcocho, pero de pavos no. Imagino que será lo mismo, pero la imagen no me viene. A mí también me gusta mucho el pavo y cogí para los dos.

Como ya llegué tarde, le dije a Fidel que ese día no correría.

—No tengo mucha hambre. Dame solo agua y sal un rato si quieres. Luego desayuno.

—No, ya casi no se puede, ya no merece. Hace un calor de morirse. ¿Te lo hago entonces?

—Cuéntame primero cómo te fue.

Me subí todo lo del aseo y se lo conté. Mientras le lavaba bien le dije que primero fue de cervezas y de tapas por el barrio, que luego cambiamos porque Fátima quería caracoles y que luego terminamos por el centro. Me salté todo lo del guardia y también lo de la cama. Cuando terminé de darle la vaselina y la pomada me bajé a prepararle el desayuno. En la cocina estuve dándole vueltas a si decirle que lo estaban buscando, que había gente que se preocupaba por él y que estaban haciendo todo lo que podían. Se me pasó por la cabeza soltarlo, sacarle los alcauciles, sembrarlos en el huerto y soltarlo. Le pediría perdón y le diría que podía contarle todo, que yo estaría en mi piso de Huelva esperando a que viniesen. Solo había sido un calentón que había crecido y que no había sabido parar, un asco muy grande que se me va de las manos y que me hace lo que no soy. Fidel seguramente me diría que no importaba, que lo entendía, que le dijese solo dónde estaba Bruno para poder despedirse de él. Y luego se iría, con la misma ropa con la que vino, con algunos kilos de menos y con el pelo más largo. Saldría por el carril hasta su casa y dormiría como un bendito durante dos o tres días.

Después, pasado un tiempo, llegaría otra vez una mañana, paseando solo, o con otro perro mejor educado, y me saludaría como las otras veces. Pasaría para echar un rato conmigo y todo sería normal.

El café empezó a subir y las tostadas saltaron del tostador. Fidel prefería siempre algún tipo de infusión, pero también que una vez a la semana le diera café, que era malo para algo de la alcalinidad de la sangre, pero que le gustaba con locura y que todo en su medida podía ser.

—Hace mucho que no salgo por Huelva. Y de noche más...

—Yo ya bajo poco —le iba dando el café con una pajita y metiéndole trozos de tostada en la boca.

—No me gusta la noche, nunca me ha gustado. Demasiado ruido, y la música muy alta.

Cuando terminó con el desayuno me bajé y estuve fregando. Después me cambié y salí para arreglar un poco. Las matas estaban otra vez que se caían. Ahora eran las habichuelas las que estaban en parva, y también los pimientos y las berenjenas. Los tomates lo mismo, pero me esperaba a por la tarde para cogerlos y meterlos en las cajas antes de irme.

Con el agua estuve un rato, porque algún tejón estaba dándome por el culo desde hacía tres semanas. El cabrón no me comía nada, ni siquiera los melones, pero estaba empicado a lo mojado de los surcos y todas las noches se venía. El animal solo quería el fresco de la tierra, pero empezaba a restregarse y me los abría todos. La primera mañana que vi cómo estaban me volvió el asco, porque pensé que era algún perro que se venía cuando yo me iba, pero luego fue Jacinto el que me dijo que serían tejones, que le pusiese un lazo. Me explicó cómo iba y me dio el alambre, pero un día por otro y los tenía sin armar.

Con el azadón estuve un rato hasta que los arreglé. Luego di el agua y me senté a fumar un cigarro. Mirar lo trabajado fumándote un cigarro es tan emocionante como correr. Cuando la tierra está movida, el agua no avanza tanto, porque tiene que ir empapando antes de seguir, y es como un milagro, como cuando en los documentales del delta del Okavango la cámara se acerca a la tierra y se ve que el río avanza a trompicones por la arena seca.

Mientras se regaba todo, me levanté para estar un rato con Fidel y rociarlo un poco con agua. Antes de llegar al porche escuché la voz apagada

de Macías. Los riñones se me apretaron y me giré.

—Buenos días, Samuel.

—Buenos días —traté de respirar hondo y no ponerme nervioso, pero no pude evitar mirar a los lados del carril por si ya venían a por mí—. Qué tarde ya para pasear, ¿no?

—Sí, hoy me enredé con otro amigo y se me echó la mañana encima —abrió la cancela y entró.

—Pase... Regando me coge.

—Ya me voy, solo era por saludar.

Estuvimos un rato hablando de tonterías y de cosas de la huerta. También del tiempo y de lo malo que eran los golpes de calor. Yo le dije que mejor más temprano, y siempre con agua y con gorra. Macías me dijo que lo sabía, que su hija se lo decía siempre; papá, llévate una mochila chica y metes el agua y algo de fruta, y una gorra, te compré la blanca bonita y no te la pones nunca. Pero Macías decía que del agua se olvidaba y que con la gorra no se veía. Después seguimos hablando y no paraba de mirar para la casa. Estaba claro que ya me tenía abierta la ficha con su foto, con su sello y con su número de registro, y que solo había venido para rellenar el apartado del día. Si le ofrecía agua fresca y en la cocina le daba con un cabo, luego solo tendría que abrir un agujero más grande que el de Bruno y enterrarlo. Tendría que ser por la noche, y enrollado en una manta y arrastrando, porque un perro se hace rápido, pero un viejo ya es cosa de más trabajo. Luego pensé que sería para nada, porque sus compañeros lo estarían esperando en el cuartel para que les diese el parte, y al ver que no volvía, vendrían rápido y me trincarían. Tampoco quería darle un sofocón a Fidel y que los alcauciles sufrieran, porque si me escuchaba entrar con él, primero no diría nada como hizo con *El Zorruno*, pero luego con el ruido del golpe seguro que sí, porque Fidel era muy sensible para todo lo de la violencia.

Terminamos con adiós y muy buenas y se fue. Yo respiré hondo y me quedé chocado. Esperé a que estuviera bastante lejos y rehíce su entrada desde la cancela. Desde cada paso y desde cada sitio donde se paró estuve repitiendo sus miradas raras a la casa, tratando de ver lo que él veía. No encontré nada chungo y lo dejé. Luego subí, me lie un porro y se lo conté a

Fidel. No le dije nada de que era el de incógnito, solo que había estado el mismo viejo de la otra vez. Fidel me dijo que no me preocupara, que lo normal era que la gente viniera y que saludara, que eso era lo que nos hacía seres sociales, que la empatía era una característica propia del ser humano, y que él, como antiespecista le daba a todos los seres vivos la misma capacidad para sufrir y disfrutar de la vida, pero que no dejaba de reconocer que nosotros estábamos en ese escalón distinto, no superior pero sí distinto.

Después de lo de Matías seguí arreglando, terminé varias cosas que tenía pendiente y preparé el almuerzo. La comida la hicimos hablando del video como formato artístico, y de cómo todo lo digital le había beneficiado. Fidel me contó cómo era la cuestión de su venta y todo lo que implicaba el concepto seriación y copia y todo lo del *copyright*. Yo me quedé rayado y acordándome de mi abuelo, que habría encargado un tomo con DVD para que yo se lo explicase.

Cuando terminamos de comer, yo me bajé a fumar y me tendí un rato en el sofá. Luego por la tarde recogí los tomates y me largué para Huelva. Antes de subir a mi piso me pasé por tres bares y por casa de mi madre. En cada bar me invitaron a una cerveza y mi madre me puso un café con Donettes nevados. A mí no me gusta mucho la bollería industrial, pero mi madre sabe que los Donettes nevados me flipan y siempre me los tiene.

En esa primera semana también volvió *El Zorruno*. Yo había venido de correr, me había cambiado, le había dado el desayuno a Fidel y estaba liado con unos pepinos en unas botellas. Era un encargo de Rafa Gutiérrez, el del Bar La Reja. Me había dado tres botellas de aguardiente para que le metiera pepinos chicos todavía con la guía. Los pepinos crecerían dentro y luego él le metería otra vez el aguardiente. Era para algo de tónico para el estómago.

—¿Samuel? —*El Zorruno* apareció por detrás sin esperármelo y me asusté.

—Hola, Aurelio. Buenos días, ¿cómo fue todo?, ¿su hija bien...?

—Del hospital todo bien, ahora hay que ver lo de la biopsia, que todavía tardará.

—No será mucho. Si tarda es que no es cosa grave. Cuando lo ven feo, corren más y te lo dan pronto —los dos nos quedamos en silencio porque sabíamos que yo no decía la verdad.

—...

—Lo suyo está que da gusto verlo, y dando como una fábrica. ¿Vino a por las llaves?

—Te vas a tener que esperar una semana más. Mi yerno quiere que esté por casa otro poco, por los niños.

—El tiempo que haga falta, Aurelio. A mí no me cuesta nada. ¿Se pasó por lo suyo? El perro también está perfecto —Aurelio volvió al silencio y yo no le pregunté más.

—La semana que viene me paso. Una semana o diez días, no sé cuánto será. Ya me paso cuando pueda, Samuel.

Yo volví a insistirle con que no se preocupase. Y era verdad; su huerta no me daba mucho trabajo. Solo abrirle el agua, la comida del perro y recoger. *El Zorruno* había terminado provocándome admiración, como Jacinto. La gente seca es mi delirio, pero además su posicionamiento ante el drama que tenía en casa me parecía una lección de vida. Es complicado entender determinadas torceduras cuando tienes veinte o treinta años, pero cuando te queda menos que más, todo el diccionario de la RAE se reduce a las banderas del código internacional de señales. *El Zorruno* ondeaba la *Victor flag* y yo solo podía cuidar de sus tomates.

—Gracias por todo, Samuel —se echó a llorar.

—Venga, Aurelio, verá como todo sale bien —las frases hechas de ánimo tampoco las soporto, pero hay veces en que no somos nadie.

El Zorruno se dio la vuelta y se marchó. Dejó la cancela abierta y yo me fui detrás para cerrarla. Cuando llevaba veinte o treinta metros por el carril le di una voz. Le dije que hacía unos días había estado por lo suyo Macías, para verle y echar un rato. *El Zorruno* no se giró y siguió caminando con torpeza. Eso me trajo la trama otra vez. No sabía si no había reaccionado porque le importaban una mierda los paseos y las visitas de Macías o porque no lo conocía de nada y solo era un guardia civil retirado de incógnito que se había inventado que lo conocía para poder entrarme y sonsacarme lo que fuese.

Veintitrés

Sobre el quince más o menos apareció otra vez la Guardia Civil. Yo había tenido unos días bastante tranquilos con una rutina que parecía monacal. Los alcauciles estaban tiesos y creciendo con todo el esplendor que le daba el interior de Fidel. Muchas hojas estaban ya abriéndose como un floripondio y le cubrían media espalda. Estaban también entalleciendo como era debido y asurcándose más. Fidel me preguntaba y yo se los describía. También les hacía fotos con el móvil y se las enseñaba. Le gustaban mucho las comparaciones que le hacía del verde pálido de las hojas con telas o alfombras de cuadros famosos. También empezaba a quejarse de fuertes dolores junto a las costillas.

Yo estaba preparando los lazos para el tejón. Estaba debajo de la higuera sentado en una banqueta de la cocina. Me la había sacado para estar más alto y porque la de corcha estaba rota por un lado y no quería escarrancharla más. Los alambres los tenía en el suelo; no eran alambres duros, sino un trenzado como el de los frenos de las bicicletas. Eran flexibles y muy resistentes. Hacer un lazo no es muy difícil; Jacinto me dijo que empezara por la sujeción. La sujeción es más importante que el nudo, porque si el bicho tira y rompe por ahí, se va con el lazo a su casa y no lo vuelves a ver. Esto también es perfecto, porque cuando un tejón te está desbaratando los surcos, la cosa no es cazarlo, sino que no aparezca más. Porque si cae, luego lo tienes que anular. Y un cabazo a Bruno no tiene mucho que lidiar, pero con una alimaña que te lanza un bocado y te quita un cacho, tienes que andarte con siete ojos.

La sujeción se hace doblando el alambre haciendo pera y uniéndolo otra vez con una mordaza para cables o con una brida de tomillo. Por ahí es por

donde lo atarás a un tronco, o lo clavarás al suelo con una buena varilla; Jacinto me dijo que tiene que ser más larga que las de los *campings* y clavada en vertical; si lo haces en oblicuo, el bicho dará vueltas hasta cogerla de mano y solo tendrá que tirar fuerte.

Cuando tienes la sujeción, luego el lazo es más fácil, porque es lo mismo que para la sujeción pero tienes que meter el alambre por esa arandela que acabas de hacer. Solo es un nudo corredizo, como los de las horcas pero más sencillo. Jacinto me dijo que lo mejor era amarrarlos a un tronco porque los tejones son bichos muy fuertes y mueven mucho peso. Se busca por donde tengan la colada, se fija al tronco, se prepara el lazo y a esperar al día siguiente. Si ha caído alguno, hay que ir con mucho ojo, porque son muy agresivos.

—Buenos días.

—Buenos días —me giré sobresaltado y los vi detrás de la cancela.

—¿Se puede pasar? —me lo preguntaban con esa educación retórica que solo se usa en las películas.

—Claro, claro. Por favor, pasen —los lazos los tenía a mis pies y el alicate en las manos. Era una tontería tratar de esconderlos o echarlos a un lado. Jacinto me había advertido que si los ponía, tuviese mucho cuidado con que no estuvieran a la vista. Que todo lo que eran perchas, trampas, lazos o redes estaba prohibido.

—Buenos días, volvemos a lo mismo —el guardia viejo se quitó la gorra y se secó el sudor—. No ha visto ni ha oído nada extraño, ¿verdad?

—Nada. Todo igual. Por aquí pasa poco.

—¿Y coches?, ¿ha notado más movimiento de coches últimamente? —el guardia joven me lo dijo mirándome a los ojos, pero sin la más mínima complicidad.

—No, ya les digo. Por aquí no pasa mucho —yo miraba también muy fijo al guardia joven y trataba de recordarle con pequeñas señales que había fumado de mi tabaco.

—Vecinos que se acerquen los fines de semana, ciclistas, gente que venga a pasear...

—No, no, nada —estuve a poco de decirles que Matías venía de vez en cuando y que me saludaba y se paraba conmigo un rato, pero me resultaba

ya una burla exagerada reconocerles tanto.

—Gente a por espárragos, a por piñas...

—Los espárragos son más de la primavera, ¿no? —empecé a relajarme y me permití vacilar un poco.

—¿A qué hora suele venir? —el guardia viejo seguía. Yo empecé a liarme un cigarro y miré para el joven.

—Muy temprano. A las ocho, ocho y media. Aprovecho para correr. Algunas veces antes. O después; si tengo que arreglar lo que sea en Huelva me vengo después.

—Y a esas horas nada raro, ¿no?

—Nada —encendí el cigarro y volví a mirar al guardia joven—. Algunas veces se pasa un viejo que pasea muy temprano; un hombre que parece bastante mayor pero que va como un gamo. Solo me saluda y sigue. Alguna vez se ha parado y hemos hablado un rato.

—¿Me lo describe...? —sacó del bolsillo lateral de su pantalón una libreta y del de la camisa un Pilot.

—Pues eso, parece muy mayor, pero luego tiene el ritmo de uno de cuarenta. Es alto y muy delgado. No delgado, sino estrecho. Y canoso; con un remolino en este lado, o en este, no recuerdo bien.

—Y, ¿de qué le habla?

—Casi siempre lleva vaqueros, con la camisa por fuera. Y con gafas de sol. La camisa blanca. Y no hablamos de nada. De lo que sea. De los tomates. Del calor, de lo que sea. También tenía campo por aquí.

—Y cuando corre...

—Nada.

—¿Nadie corriendo?

—Algunos más como yo. Sé que de Aljaraque viene gente.

—¿Siempre los mismos?, ¿alguno que le haya llamado la atención por algún detalle concreto? —le dije que no con la cabeza mientras pensaba que le habían engañado con el curso de interrogación. Me moría de ganas de decirles que dejaran de buscar y subieran solo unas escaleras. Que si Fidel quisiera, solo tendría que gritar, que lo tenía sin trapo.

El guardia joven se acercó hasta los lazos y los movió con los pies. Luego se puso en cuclillas, cogió uno y valoró con el pulgar la sujeción de

la brida. Mientras, miraba para la casa y para lo de los conejos. El corazón empezó a revolotearme y lo disimulé jugando con el humo del cigarro.

—Y se va...

—¿Cómo?

—Se vuelve para Huelva sobre las...

—Tampoco muy tarde. Si termino pronto estoy para comer. Estos días estoy saliendo por la tarde porque me lío a recoger y me dan las tantas. Si quieren pueden llevarse lo que les parezca. Se me fue la mano sembrando y ahora es una locura. ¿Les preparo una caja?

—Y tampoco nada distinto —seguía con el Pilot y la libreta—. Se va con su coche, sale del carril, se incorpora a la carretera... No se cruza con nadie que le diga esto no me cuadra o ese tan raro es nuevo por aquí —lo decía desgano y escribía, como si contara un guion que ya sabía de repetirlo muchas veces.

—Nada —eran demasiadas preguntas y quedaba claro que dudaban de mi información. Algo no les encajaba en lo que les decía pero no terminaban de dar el paso y decirme que mentía.

—¿Para zorros? —el guardia joven se volvió con dos lazos en la mano y los movió en el aire.

—Tejones. Entran por la noche y me destrozan las regueras.

—No se puede —seguía moviendo los lazos—. Esto está prohibido, y los tejones protegidos.

El guardia viejo se acercó a la higuera y vio cuántos tenía. Me dijo que mejor un perro que ladrara mucho. Luego volvió a recordarme que no importaba lo que fuese, que a lo más mínimo que notara extraño que avisara. Los acompañé hasta el Patrol y los despedí. Me lie otro cigarro y me lo fumé junto a la alberca. O no estaba entendiendo nada o la inocencia me mataba.

Ese mismo día vino también *El Zorruno*, pero por la tarde. Yo terminaba una caja de cebollas y me saludó desde la cancela. Venía a por las llaves. Le pregunté por la hija y me contó que la cosa no iba bien, que no respondía al tratamiento como los médicos esperaban. *El Zorruno* se echó a llorar casi desde las primeras palabras, con un llanto mucho más ronco que las otras veces, y también con estirones en el pecho, sin ser capaz de armar

las frases ni de levantar la mirada. Yo dejé que se desahogara y me lie un cigarro. Me pidió que le hiciese otro; después de muchos años quería un cigarro. No era el momento de soltarle una campaña antitabaco a un hombre que se rompía por su hija, además se lo hice porque nunca me ha parecido que las cosas tengan que estar fijas para siempre. Se puede dejar de fumar cuando te dé la gana y volver a fumar otra vez cuando te parezca, sin tener que dar explicaciones.

—Pero eso será solo ahora, al principio, mientras el cuerpo lo encaja. Verá como después va respondiendo. Hay que tener paciencia. No sería ni la primera ni la última que sale de esto. Verá como sí, Aurelio.

Le mentí porque eran las únicas palabras oportunas para ese momento. A mí todos los tontos que se creen que hay que decir siempre la verdad nunca me parecieron gente sensata. Hay que mentir todo lo que sea necesario. La historia está repleta de mentiras que ayudaron a que la cosa siguiera funcionando. Ni siquiera me gusta establecer las categorías de lo falso y lo verdadero, porque lo mismo que cada uno vemos los colores de una manera, las palabras o lo que se cuenta también. Solo hay que estar atento a lo adecuado, a lo que hace falta en ese instante. Ni la mentira ni la verdad son malas o buenas, solo apropiadas o no apropiadas.

El Zorruno se fumó el cigarro conmigo, le di las llaves y le prometí que me pasaría a verlo en un par de días para preguntarle por la hija y echar un rato. Durante las dos semanas siguientes estuve pasándome por lo suyo cuando volvía de correr, pero no lo vi ninguna mañana. Todo lo sembrado estaba mustiéndose y el fruto perdiéndose en las matas. Tampoco estaba el perro.

Después subí a despedirme de Fidel y a preguntarle que qué quería para comer al día siguiente. Me dijo que solo ensalada y huevo cocido. Le di agua, lo rocié, acaricié los alcauciles y me fui para Huelva.

Al llegar hice el mismo recorrido de las otras tardes. Primero a mi madre y luego a los bares. Una caja con variado para cada uno. Mi madre tenía que irse y no me puso el café. En los bares, cerveza y alguna tapa fría para acompañar; ensaladilla, huevas o aliño de papas. Todos sabían que lo que les llevaba valía más que la cerveza y siempre me ponían otra más.

En el Málaga estaba *El Cohetero*. Yo solo le digo Manuel, pero sé que fue muchos años cohetero de la Hermandad de Emigrantes. La historia de *El Cohetero* la conocemos todos en el barrio, porque se tragó diez años de prisión entre Córdoba, El Puerto de Santa María y Huelva. En un Rocío Chico lo acusaron de violar y matar a una muchacha de Villamanrique. Estaban en una casa celebrando, por la noche, con mucho alcohol y mucho de todo; *El Cohetero* estaba muy borracho y salió a que le diese el aire; encendió un cigarro y se dio un paseo. Luego vio la luna reflejada como un polvorón sobre el Charco de la Boca y se quiso fumar otro en la orilla, junto a la estatua del tamborilero. Tiró la colilla hacia los juncos y se volvió. Por la mañana encontraron el cuerpo de la chica en la hierba. Estaba sin los pantalones y con un golpe seco en la cabeza. Algún testigo majara declaró que lo había visto venir del sitio, de madrugada. Fueron a por él y se comió lo que no era suyo. Hace seis o siete años revisaron su caso y lo soltaron. Su abogado además le arregló todo el papeleo de la indemnización que le correspondía y con eso se compró el Renault Clio y el piso que tiene.

Toda la movida de las visitas de los guardias civiles me volvía loco cuando estaba en Huelva. En el campo corría, veía a Jacinto, me llegaba a lo de Fernando, hablaba con Fidel o me entretenía con la huerta y no me pasaba, pero cuando estaba en el barrio por la tarde, empezaba la escofina y no paraba. Los secretos sobre cosas gordas pueden trillar hasta al más Clint Eastwood; cogen las cabezas y las molturan hasta volverlas sopa, y por esos días yo ya sabía que lo tuerto y duro no se endereza sino rompiéndose. Es como ver una escultura cuando todos ven la escultura y tú ves el molde, el fondo que la rodea. Si ves lo evidente solo miras, si ves lo no evidente, miras y ves.

—Buenas tardes, Manuel.

—Hola, hijo, ¿qué pasa?, ¿cuántas hectáreas sembraste? —*El Cohetero* está siempre en el Salón de Juegos Málaga, porque vive arriba, en el segundo, y me había visto por las tardes con los tomates.

—Sembré lo que no me puedo comer —lo dije riéndome, y acercando mi taburete al suyo.

—Tómame una cerveza —le silbó al camarero y señaló para mi vaso y al tirador de cerveza.

—Gracias, Manuel —empecé a liarme un cigarro y le pregunté—. Manuel, ¿lo suyo al final quién lo pagó?

—Nadie —se giró para mí y movió la cabeza negando durante varios segundos—. Nadie; lo pagué yo.

—¿Nadie?, pero luego cuando usted ya salió, ¿no miraron más? —*El Cohetero* le cuenta lo suyo a cualquiera que se lo pregunte. Dice que entró sin haber hecho nada y que salió igual, que lo cuenta porque no tiene nada que esconder.

—No miraron. Los padres de la muchacha lo tienen reclamado, pero no miraron.

—¿Hablaron con usted?, los padres, digo —toda su historia me la conozco bien, nos la conocemos todos, pero cuando tienes la cabeza en muchos años de prisión y te estás tomando una cerveza con uno que sabe lo que es, se pregunta por preguntar.

—Un hermano —se tomó la media cerveza de un trago y se pidió otra—. Un hermano vino y me dijo que sus padres sentían mucho los años que me tragué, que estaban ya muy mayores y no quería traerlos porque se sofocaban, pero que querían venir —en mi cabeza aparecían flases de imágenes mías como titular del *Huelva Información* y otra pequeña del sargento retirado Matías contando cómo había sido el seguimiento.

—¿Y te pueden condenar solo porque lo diga alguien?

—Pueden. Mírame a mí —se reía.

—Ya —yo también me pedí otra.

—Yo no lo hice, pero el único que lo sabía se murió antes de declarar —me acercó el vaso y brindamos.

—¿Le traigo tomates mañana?

OceanofPDF.com

Veinticuatro

Después de la visita de la Guardia Civil apareció Macías dos o tres veces seguidas. Pasaba temprano, saludaba con la mano y no se paraba. Solo lo hizo una vez, para enseñarme su gorra blanca y su mochila, desde la cancela, gritándome que la hija era muy pesada; después siguió su paseo sin mirar siquiera para la casa. Toda la tensión con las visitas estaba perdiéndose, y empecé a ver claro que no era posible que se tenga contra la pared a cualquier criminal y no se actúe, que eso solo se hace con los de los bancos, con los de la droga o con los de la ETA, para coger a los que están por encima. Pero yo no tenía a nadie, por eso si querían entrar podían hacerlo, y terminar con todo. Además Fidel llevaba ya mucho tiempo sin el trapo y nunca me había delatado. Podían venir cuantos quisieran, retirados o de la reserva, de uniforme o de incógnito, como les diese la gana, que ahí estaría yo para proteger mis alcauciles. Hasta que pudiera ser, sería.

Sobre el veinte la cosa refrescó. El calor se había ido de repente y se notaba por las mañanas y por las noches. Toda la huerta lo agradecía y también los alcauciles. Fidel en cambio estaba cada vez más flaco y desmejorado. Aparecían nuevas pústulas por toda la zona de la barriga, por los muslos y también por el pecho. Yo había empezado a darle friegas de alcohol de romero para tenerlo limpio y que la cosa no empeorara. Él apenas se quejaba y seguía preguntándome por el verde de las hojas. Hay algo de entrega justificada, de purga mental cuando alguien se cede entero a una locura tan extrema. Que Fidel estuviera en mi proyecto con una capitulación tan excesiva me llevaba a parar y a pensar; no podía ser tan fácil. Algo en su cabeza andaba mal y estaba utilizando mi propio mecanismo para su objetivo. Yo utilizaba su culo y él me utilizaba a mí.

Después de varios días de fresco y tranquilidad ocurrió lo de Fernando y todo dio un giro inesperado. Yo había sacado dos lomos de ajos tardíos que tenía junto a la alberca y estaba enristrándolos. Jacinto me había enseñado y las trenzas me salían perfectas y haciendo el zigzag sin ningún hueco. La naturaleza es tremendamente geométrica, eso lo notas cuando miras las hojas o las flores, pero además también, si te fijas un poco más, está en las frutas o en el crecimiento de los árboles. A mi abuelo era una de las cosas que más le entusiasmaba de los clásicos. Me decía que le encontrara la sección áurea en un cuadro de Durero o la serie Fibonacci en *Las Meninas*. Si tardaba mucho, se reía y me decía que si no lo veía era porque necesitaba gafas, que se lo dijera a mi madre, que él me las pagaba.

Después las ristras las metía en la casa y las colgaba por el salón antes de llevármelas para Huelva.

—Mira esta de quince —había subido para enseñárselas a Fidel.

—Son como esculturas, Samuel.

—Y esta de veintiséis. ¿Ves las cabezas? No puede quedar hueco.

—A Brancusi, me recuerdan a Brancusi. Sus columnas, ¿las conoces?

—Y todas las raíces bien peladas y todas iguales. Las cabezas salen con ocho, nueve o diez. Algunas con once y doce. Entonces tienes que buscarlas parejas. Lo de Jacinto es una locura, un Espasa.

Fernando venía de Huelva y me traía un regalo. Había pasado por el Holey y había entrado en Décimas para comprarse unas chanclas. Vio unas gafas para corredores y se acordó de mí. Eran unas Oakley buenas, con cristal de iridio violeta y refuerzo de goma porosa en las patillas. Abrió la cancela y la dejó sin cerrar, vio que no estaba y entró en la casa. Todo como un gato, sin mover ni una hoja. Escuchó que yo hablaba en el doblado y subió las escaleras. Cuando estaba en la puerta saludó como si llegara a la cola de una churrería.

—Buenas, ¿se puede?

Fernando tenía en la mano la bolsa con las gafas. Yo estaba sentado, enseñándole los ajos a Fidel. Mi cara soldó todos sus músculos y tragué saliva como en un plano detalle. Dejé la ristra que tenía en la mano y me levanté. Fernando miró de reojo para Fidel y con una sonrisa cerrada para el ventilador. En mi cabeza apareció rápidamente el único plan posible. Le

pediría que me acompañara a la cocina para ofrecerle una cerveza y explicárselo y le daría con un cabo por la nuca.

Cuando éramos chicos cogíamos de casa cualquier bote que no tuviera rosca, le metíamos un dedo de bicarbonato, le poníamos vinagre, cerrábamos y esperábamos a que explotara. Fernando se adelantó y rompió el experimento.

—Hola, yo soy Fernando, amigo de Samuel —se había acercado y agachado hasta la cara de Fidel.

—Hola, ¿cómo estás? Yo soy Fidel.

Fidel había permanecido callado todo el tiempo. Lo suyo era fidelidad completa. Fernando se levantó y tocó los alcauciles para asegurarse de que no eran de plástico. Dos días después me contó que su primera conclusión al entrar fue que yo era un perverso, que todo era un juego acordado de sodomía vegetal y que el próximo regalo sería una mesa para sadismo forrada rollo látex.

—Baja conmigo a la cocina, Fernando.

—Sí, hace mucho calor aquí arriba. ¿Tienes cerveza fría?

—En la nevera hay.

—Toma, un regalo —Fernando empezó a bajar las escaleras pero se giró para darme la bolsa.

—¿Un regalo? —cualquier ingrediente dadaísta que Tristan Tzara hubiese querido incorporar se habría vuelto una anécdota primeriza.

—Mira —Fernando se paró al final de las escaleras y me enseñó sus chancas naranja fluorescente—. Del Hoola. Luego vi lo tuyo y pensé que te quedarían bien.

Abrí un poco la bolsa y toqué la funda en su interior. Terminé de bajar las escaleras y pasé a la cocina. Llevaba la funda en la mano y media sonrisa de mayor cabrón afortunado del mundo.

—¿Me has comprado unas gafas?

—Para correr —abrió la nevera y sacó dos cervezas.

Las saqué del estuche, me las puse y le di un abrazo. Todo el plan del irremediable cabazo para Fernando acababa de desmoronarse. Durante los diez o quince minutos siguientes Fernando no preguntó nada. Esa era su principal característica; la inteligencia adaptativa.

—Lo de arriba te lo tengo que explicar.

—¿Lo del tío o lo de la planta? —Fernando dio un buche y puso cara de gracioso sin gracia.

—Todo, y luego tú verás.

—Yo no voy a ver nada, Samuel.

—Sí, no es lo que parece —los dos nos reímos.

—No tienes por qué darme explicaciones, cariño —Fernando me cogió por la cintura y nuestra risa explotó.

Le dije que me esperase debajo de la higuera y subí a tranquilizar a Fidel. Antes de salir pasé por la nevera y cogí dos latas más. También el tabaco. Estuve explicándole a Fernando todo desde el inicio. La primera entrada de Bruno, la segunda, todo lo del asco, el plan de venganza y lo de la entrega de Fidel. Le dije que no me lo explicaba pero que era así. Le conté también lo de la vigilancia de la Guardia Civil y lo próxima que seguramente estaría ya mi detención.

—Macías no es guardia. Lo conozco.

—¿Lo conoces?

—Desde siempre. Guardia no es.

—Puede serlo. Si ahora vigila de secreta a lo mejor lo ha sido toda la vida.

—No es guardia.

Me hice un cigarro y le señalé donde estaba Bruno. Fernando me preguntó si me había dado pena. Que él podría pegarle cincuenta hostias al más pintado, pero que con los animales le daba cosa. Yo volví a explicarle lo del asco y lo que significaba para mí. Que me entraba como una pulsión sin freno, y que luego se quedaba mucho tiempo, sin ser capaz de quitármelo.

—¿Hasta cuándo tiene que durar?

—No sé, Fernando. Quiero que los alcauciles cuajen, pero esto no puede ser. Ahora estoy que no sé.

—No hay nada malo en esto. Al principio sí; te cargaste a su perro y lo empalaste con tres plantas, pero ahora ya no. Ese tío podía haberme pedido amparo, haber gritado, decirme que le ayudara, que le quitase las cuerdas, cualquier cosa, que lo soltara, que te denunciara, pero ya lo ves. Le tiene

que gustar —Fernando volvía a plantearlo todo otra vez con una lucidez de tres en raya.

—No te puede gustar, Fernando. Está encerrado, atado, todo herido por debajo. Y las raíces ya están muy dentro.

—No me pidió ayuda, Samuel.

—No pide ayuda, no quiere pedirla. Eso me tiene completamente rayado. También estuvo *El Zorruno* y no gritó. Estaba sin trapo y no chilló.

—¿Qué trapo?

—Lo tuve con una mordaza las primeras semanas. Ahora ya no. Pero no pelea. Está vencido.

—Está bien, Samuel, ese tío está bien.

—No me digas eso, Fernando, porque entonces voy a volverme loco.

—Haremos una cosa. Tú quieres sacar adelante tus alcauciles, y él no se queja. Espérate a que diga ya no puedo más y luego paras.

—Hace tiempo que ya no puede más, pero sigue. Si le ves la piel por debajo te dan arcadas. Le he dado cremas, agua rebajada con sal, lavados con alcohol, vaselina. No vale para nada. Ya incluso da olor.

—Pero no te dice que pares. Y por miedo no es, ¿no, Samuel? ¿Tú le pegas?, ¿le das?

—No —miré a Fernando a los ojos y bebí cerveza.

—¿No?

—Al principio le metía miedo, pero luego no. Hemos hablado de comidas, de arte, de todo, nos hemos reído, me ha contado su vida y yo a él la mía. Es todo muy raro, Fernando, muy raro.

—¿Quieres otra cerveza?

Fernando se levantó y entró en la casa. Cuando volvió con las cervezas en la mano me dijo que había subido al doblado por si Fidel quería una. Me dijo que le había dicho que no, que si podía darle un poco de agua. Fidel le había preguntado por mí y que cómo estaba. Fernando le había dicho que todo iba bien y que yo ya se lo había explicado todo. Luego me dijo que toda esa historia le parecía un proyecto bonito y cuidado, que si podía participar. También que todo era muy teatral, muy de escenografía de Visconti; lo de la mesa, lo envuelto en las estanterías y en el suelo, lo del ventilador en el doblado, lo de unas plantas creciendo en un culo. Me dijo

que no había visto nada igual en su vida y que era una ocasión única. Yo le pedí que hiciera lo que mejor entendiera, que si tenía que ir al cuartel y denunciarme que lo hiciera, porque hasta cierto punto yo lo deseaba, me hacía falta terminar, acabar con tanta locura.

Fernando trataba de convencerme de la normalidad de mi aberración, pero no puede ser lo que no es. Fidel estaba en algo. O como la Guardia Civil tenía un plan que tardaba en descubrir o todo era una entrega rara y sumisa por alguna razón que yo desconocía. Luego vi que no, que lo hacía por lo que lo hacía.

OceanofPDF.com

Veinticinco

Agosto terminó con tres o cuatro días finales de calor, pero nada que ver con el cisco de julio. Y los primeros días de septiembre fueron de mucha calma. La complicidad de Fernando me ayudaba bastante. Si no tenía nada que hacer, él se venía cuando yo terminaba de correr y me ayudaba con el desayuno de Fidel, o con la huerta, o con la comida después. Todo siempre con una calma completa, como si solo fuese un asistente de director. Steve Martin, en *El padre de la novia*, cuando la hija le anuncia que se casa, dice que se siente descatalogado. Así me sentía yo.

Desde chico no he tenido nunca mucho sentido de la calma, y hasta que empecé a correr, todo lo del equilibrio y la mesura me quedaba bastante lejos. Me gustaba mucho la noche y también la madrugada. Nunca he tenido mal tipo y tampoco me faltó la labia, por eso mujeres y bares han sido para mí como un traje a medida. Antes de que Pedro me dijera lo de correr yo ya estaba frenando con el de atrás. Sin mucha intensidad pero apretando la manilla con la punta de los dedos. Luego de repente empecé a madurar el primer domingo que me levanté sin decir ya no bebo más.

Los alcauciles estaban agradeciendo el cambio en el tiempo y parecían más contentos y con otro verde. No había sido mucho, solo unos grados que subían o bajaban, pero desde luego sin comparación con el horno del principio del verano. Habían echado nuevas hojas, nuevas ramas y habían subido su talla. Fidel los alimentaba bien.

Con Fidel todo seguía bien, menos los dolores. Se quejaba de tirones y pequeñas punzadas junto a los riñones y en el coxis. Las raíces estaban creciendo y agarrándose por dentro como lianas selváticas. Cualquier recodo y cualquier hueco lo estaban ocupando. Si encontraban hueso, como

cuando topan con un risco en la tierra, lo rodeaban y seguían creciendo, por eso por las mañanas, cuando le daba la crema por debajo, notaba los tocones y los codos retorcidos. Fidel no hacía ningún drama ni me exigía que le sacara los alcauciles, solo decía que lo moviera un poco hacia un lado o que le pusiera algo blando en alguna parte de la zona del estómago. Luego lo demás seguía igual; comiendo bien, hidratado, rociado y aseado. Y cada vez más hablador. Me esperaba impaciente por las mañanas para preguntarme sobre cualquier artista o algún cuadro que estaba en algún museo del mundo. Fidel también sabía mucho sobre arte. Y además conocía con detalle todo tipo de anécdotas sobre la vida de una pieza; quién lo había encargado, si lo había pintado el maestro o el taller, cuál fue su destino inicial y por dónde rodó hasta llegar a su ubicación actual o qué materiales utilizó el artista para su elaboración. También todo lo relacionado con las distintas compras y ventas, qué coleccionistas lo habían tenido, o si había sido robado, confiscado en alguna guerra o extraviado y luego vuelto a salir al mercado. Decía que todo era de lecturas en bibliotecas, que en casa no tenía muchos libros.

Además de pinturas y esculturas, retablos, estucados, fotografía, instalaciones, cerámicas, grabados o dibujos, Fidel sabía mucho de todo. Yo le traía noticias de la web de *El Mundo*, de *Público* o de *ABC*, y del bar, del *Huelva Información*, o titulares que daban la radio o la tele, de economía o de política, daba igual, Fidel tenía siempre un análisis bastante sensato de lo que pasaba. Sobre todo mientras lo aseaba o a la hora de comer. Si yo no le traía ninguna novedad, él me recordaba alguna noticia de días pasados y me preguntaba que cómo iría ese asunto. Fidel decía que a pesar de lo jodida que estaba la gente, históricamente estábamos en el mejor momento de la humanidad, hablando siempre de nosotros, de Europa, que por ahí han estado siempre mal, mejor ahora pero todavía mal. Que las cosas han cambiado pero que siguen lo mismo; unos pisando y otros pisados, unos vendiendo barato y otros comprando caro, unos comprando por nada y otros trabajando también por nada, unos corriendo delante y otros frenando detrás, y que bien analizado, tiene que ser así, porque esa es la naturaleza de las cosas; el equilibrio.

—¿Tienen que seguir mandando los mismos siempre? ¿Primero los abuelos, luego los hijos y luego los nietos? ¿Y los pisados tenemos que seguir siendo también siempre los mismos? —yo me ponía rollo política de bar solo para seguirle la corriente y que pudiera hablar. Para Fidel era un desahogo.

—Siempre, Samuel. ¿Leíste a Lampedusa?

—No.

—Haz una revolución, corta las cabezas que tengas que cortar, implícate tú e implica a los tuyos. Derrama sangre, muere o que se te muera alguien, muchos, cientos, miles. Provoca huérfanos, mutilados, héroes, exiliados, mártires. Todo dará igual. La cosa se aplacará y el dinero y el poder volverán al mismo lugar, a donde siempre estuvo. Cambiarán nombres y apellidos, habrá cambio de saga, pero pisadores y pisados siempre, Samuel. Cualquier mejora será solo un caramelo, una concesión, un regalo ya descontado que viene de arriba con la única intención de calmar los ánimos. Es la gracia prevista.

—No es así, Fidel —a veces le contestaba cualquier cosa solo porque siguiera hablando.

—En bolsa, cuando hay un cambio repentino por lo que sea, todo tiembla durante varios días y luego se apacigua como un motor cuando se apaga, enfriándose poco a poco. Si el cambio está previsto, el mercado descuenta los nervios varios meses antes. Solo es flujo, Samuel. Cualquier cosa reivindicada y conseguida estaba ya anotada en el cuaderno de las concesiones desde hacía tiempo.

—No vivo por arriba, Fidel. Me da igual lo que pase por lo alto. Yo vivo donde vivo.

—¿Quién crees que está en lo alto?

—Me da igual.

—Banca y religión.

—Me da igual.

—Dinero y miedo. Las dos ruedas de la bicicleta.

—La madre de Pedro tiene abajo en la cocina un retrato de Juan Pablo II y otro del reyno de Felipe González.

En septiembre la Guardia Civil siguió buscando por la zona. No vinieron a lo de Pedro pero sí los vi por los carriles, mientras corría. Tampoco todos los días, a lo mejor solo tres o cuatro veces en todo el mes. Y siempre de lejos, parados o saliendo o entrando por cualquier sitio. Su seguimiento ya no me preocupaba tanto. Habían tenido todo el tiempo del mundo para entrar gritando, echar sus botes de humo, rescatar a Fidel, mandarme colocar decúbito prono con las manos por detrás y llevarme preso. Si les apetecía jugar a la vigilancia de lejos era una cosa que me daba igual. De incógnito o de verde ya no me preocupaban.

A finales de la segunda semana quien vino al campo y me dio un susto fue el hermano de Pedro, Enrique. Yo estaba volteando y mojando el compost. Fidel me había dicho cómo hacerlo y lo beneficioso que era para la tierra. Que pusiera el montón en alguna zona con pendiente para que el exceso de agua corriera bien, y que luego todo era esperar y mover. Todo lo que arrancaba, podaba o se pudría en la huerta iba al montón. Primero puse una capa de ramas más gordas y mucha hierba seca, luego todo lo verde, después el estiércol que me dio Jacinto y encima una cama de tierra. Así varias capas, y además todo lo que sobraba de las comidas que Fidel me decía que podía ponerle. Fidel seguía con todas sus paranoias de la paz, del medio ambiente y del mundo bonito, y yo le hacía caso en todo lo que podía. Porque lo de tenerle sembrado el culo me daba mucho remordimiento y seguirle sus tonterías me aliviaba. Además de la cagada del compost y de lo del jabón, compré en el Leroy Merlin de Corrales varias macetas de ajedrea, de romero y de albahaca, también hinojo, ajeno, salvia y capuchinas, que tenía que sembrarlas en el huerto y que alejaban las plagas. Durante algún tiempo fue amigo de alguien o lo conocía de alguna de sus movidas de modernos porque estuvo en una asociación que gestionaba tiempo y de vez en cuando le tocaban los huertos ecológicos. Fidel decía que se sabía las plantas por las veces que las había sembrado, porque hacía trueques de su tiempo por otras tareas que le hacían a él. Que eran un modo natural de control de plagas y que evitaría con eso lo de los químicos. También que mejoraban la biodiversidad y favorecían la proliferación de abejas y de más polinizadores. Todo su cuento me rayaba bastante, pero calmaba mi tema de la culpa. Lo del jabón era con el aceite

usado que nos sobraba y con agua y sosa cáustica. Fidel me dijo una mañana que si tiraba el aceite por el váter, terminaría en cualquier cauce formando una capa fina en la superficie del agua, evitando su oxigenación y cargándome el ecosistema.

Enrique había estado en el invernadero de la carretera de Aljaraque a Cartaya, para comprarle a la madre unas palmeras enanas y unos tiestos de cerámica. Esa gente tiene los mejores precios y la mejor variedad. Cuando terminó se acordó del campo y vio que tenía tiempo para pasarse. Su hermano le había contado que ahora lo tenía yo y solo era por echar un vistazo.

Aparcó en la misma puerta y me pitó. Venía con la hija.

—Dile buenos días a Samuel.

—Hola, bonita —me entró un miedo disparado, dejé la horquilla en el suelo, le sonreí a la niña y me acerqué a cortar el agua de la manguera.

—Hola —la niña se escondía tímida detrás de las piernas de Enrique. Tendría dos o tres años—. ¿Cómo te llamas?

—Dile a Samuel cómo te llamas —era muy vergonzosa.

—No tiene nombre.

—Helena, dile a Samuel..., Helena, me llamo Helena.

—Hola, Helena —me agaché, le toqué la nariz con mi índice y le di la mano a Enrique.

—¿No le dices cómo te llamas? ¿Te da vergüenza?

—Ven —le ofrecí la mano—. ¿Quieres ver los conejos? —A Helena le cambió la cara y se vino conmigo.

—Tienes esto precioso, Samuel. ¿Le has mandado fotos a mi hermano? Hazle algunas y se las mandas.

—¿Cómo está? ¿Le va bien?

—Bien. Trabajando mucho. Dice que quizás ni venga para Navidades. Tienen mucho tajo. De Ferrol los mandan también para Lugo, para algo de mantenimiento del oleoducto.

Estuvimos un rato con la niña viendo los animales y hablando un poco de todo. Enrique empezó a recordar historias de cuando venían al campo. Todo lo que hacían cuando eran niños y las excursiones a la parte de los pinos. Yo le dije que por allí iba yo ahora a correr. Enrique le decía a la niña

que en esa alberca se bañaban ellos en verano y que venían niños de toda la urbanización lo mismo que ellos iban a las de los demás. También que la higuera la sembraron ellos, y un par de árboles más, pero que no recordaba cuáles. Después me dijo que se iba, que tenía en el maletero unas palmeras y que con el calor les iba a dar un sofoco.

—Quiero agua —Helena dio dos o tres tirones al pantalón de Enrique—. Quiero agua...

—¿Agua? Ahora te la traigo. Quédate con Samuel.

La niña quería agua y era la casa de su padre. No podía decirle que no ni inventarme rápidamente cualquier excusa. Enrique se acercó a la casa y entró a por un vaso. Apenas fueron dos minutos, pero un calambre como un rayo me subió desde los tobillos y empezó a pincharme la nunca. Confiaba plenamente en Fidel y sabía que no diría nada, pero no sabía si Enrique querría curiosear un poco por las habitaciones o subir al doblado. Después de tanto tiempo sin venir, cualquier cosa le llamaría la atención y echaría un rato dentro, cogiendo lo que sea de algún mueble o fijándose en algo de las paredes. Yo hice un recorrido rápido por el salón, tratando de recordar si pudiera haber algo que delatase la historia, cualquier detalle que le dijera a Enrique que allí pasaba algo. Nada; solo cantaba el cable por las escaleras, pero podía ser para cualquier cosa. Luego hice lo mismo con la cocina. Lo de la comida y la limpieza podía ser normal. Que hubiera productos de aseo también. Yo lo tenía todo escamondado y en orden y él entraría a por el agua y saldría sin hacerse preguntas. Luego me vino lo del ruido del ventilador. Si Enrique entraba, cogía el vaso de agua y salía, no repararía en nada, pero si se quedaba embelesado en algo, en el silencio completo, el rotor de dirección del ventilador cantarí, subiría a ver qué podía ser y se encontraría el pastel. A Enrique no me lo podía cargar, porque sería él y la niña. El calambre empezó a darme zurriagazos en el cuello y en los riñones. El miedo lo tenía en los ojos.

—Aquí tienes el agua, Helena —Enrique venía sonriendo y traía el agua en una jarra verde con unos arabescos infantiles medio gastados—. Mira, esta era la jarra de papá. El abuelo nos compró una roja para tito y esta verde para mí, ¿te gusta?

—¿Todavía duran? ¿La roja de tu hermano también? —el calambre desapareció de momento.

—Todavía. La de mi hermano también. Me trae muchos recuerdos y estaban donde siempre. Mi madre las tenía en la parte de abajo del mueble blanco, debajo de la ventana. ¿Esta era toda la sed que tenías? —Enrique se lo dijo a Helena, que solo había dado dos buches.

—No te preocupes, ya la meto yo —Enrique se había girado para llevar la jarra y yo se la cogí de la mano—. Yo la guardo ahora.

—Sí, nos vamos. Aquí hace ya mucho calor para ella.

—Ayer estuvo más fresco, pero hoy aprieta, hoy tendremos tralla —yo lo dije mirando al cielo y agradeciendo que la visita hubiera sido tan corta como poco complicada.

—Samuel —Enrique me extendió la mano—, me alegra verte. Ya le diré a mi hermano que tienes esto que da gloria. A mi madre no le diré nada, si supiera que he venido sin ella le da algo. Y gracias por todo.

—Gracias a ti por la visita, Enrique. Cuando quieras, ya sabes. O si quieres llevarte lo que sea, también. ¿Te preparo en un momento una caja? Ahora se está viniendo abajo y ya faltan cosas, pero no tardo nada.

—No, de verdad, Samuel. Me voy, me voy ya —cogió a Helena de la mano y arrancó hacia la cancela—. Se me van a cocer las palmeras ahí atrás. Te lo agradezco, pero no hace falta.

—Como quieras. Adiós, Helena, adiós, guapa.

—Tírale un beso a Samuel. Y dile adiós.

Enrique colocó a la niña en la sillita, arrancó y se marcharon pitando también. En la nuca tenía todavía un martilleo arrítmico. Tomé aire y entré de nuevo a la casa. Desde la cocina, mientras colocaba la jarra en su sitio, llamé a Fidel.

—¿Ya se fue?

—Sí. Enrique y la niña —le iba contando mientras subía las escaleras hacia el doblado—. Es el hermano de Pedro. Es más chico que él. No sé si te lo nombré alguna vez. Por él corro yo. Vino con su hija. Vino a un invernadero a comprarle palmeras a la madre. ¿Lo conoces? El de la carretera. Luego se acercó para ver cómo iba todo.

—De Pedro sí me hablaste. Del hermano no.

—Enrique necesitaba estar fuerte para unas pruebas físicas para sus oposiciones. Y Pedro corría con él. Luego a Pedro le gustó, me lo dijo y corríamos los dos.

—¿Y a qué entró?

—Yo no había corrido nunca —me hice un cigarro y me senté en el suelo, frente a Fidel—, solo alguna vez. Cuando Enrique aprobó la parte física ya paró. Y a Pedro le entró mono. Porque engancha, Fidel. A mí me tiene pillado.

—¿Puedes darme agua?

—A eso entró. La niña quería beber y entró a por agua.

Le conté que Enrique había salido con una jarra verde y que había dicho que era la jarra en la que bebía él cuando chico. Después de tantos años todavía se conservaba. La suya y la del hermano. Fidel me dijo que eso era bonito, encontrarse después de tantos años con detalles que te acompañaron durante un tiempo, porque los objetos también tienen alma y terminan siendo parte de tu vida. Fidel apenas terminó la frase; su garganta se tomó y le aparecieron las lágrimas. Yo desde el suelo le veía los ojos llorosos y los labios fruncidos. Ya le había pasado más veces, que le venía la llorera así de repente, hablando de cualquier cosa que no era para llorar ni de temas de tristeza. Eran como bajones que le duraban dos o tres días. No de berrinche todo el tiempo, pero sí de poco ánimo y mucho silencio. Si yo trataba de animarlo y sacarle cualquier tema de política o de ecología o del Barroco, no servía para nada, porque se metía en su cabeza y no salía.

—Lo siento mucho, Samuel.

—No, Fidel. No empieces otra vez con lo de sentirlo.

—Espero que sepas perdonarme.

—No hay nada que perdonar.

—De verdad que lo siento —empezó a llorar—. No sé por qué lo hago.

—No hiciste nada. Fui yo, se me fue de las manos.

—No, Samuel. Tú no has tenido nada que ver.

—Los dos, los dos somos responsables —le puse la mano en la cabeza y lo acaricié con cariño.

—No, Samuel. Tú no sabías nada.

Veintiséis

El quince de septiembre llegué más tarde porque había salido y me había enredado con mi primo. Si te tomas una cerveza con mi primo sabes que menos de las cinco nunca va a ser. Mi primo bebe siempre Legendario y me los pedía también a mí sin preguntarme. Yo no lo quiero porque me deja mucha resaca; el Legendario es un ron que entra muy bien, pero más como rollo licor, como un Sheridan o un Baileys. Yo si bebo ron, me gusta más que rasque; un Matusalem o un Barceló, pero mi primo es muy pesado. Me acuerdo bien del día que era porque esa mañana los niños volvían al colegio. Cuando salí con el coche y subí por la Avenida de San Antonio, había muchos grupos de madres con los hijos alrededor de la puerta del Colegio García Lorca. Todas con sus gafas de sol y su moreno de verano, y los niños corriendo y jugando, estrenando mochila y reventando de vida. Yo el sol lo tenía a la espalda, pero daba igual; cuando no has dormido bien y la cabeza te estalla, la luz de Huelva en septiembre es como la larga de un camión dándote a cuatro metros.

El semáforo se puso verde en un tiempo enconado en el *pause*. Como en una escalera mecánica, los segundos pasaban y aparecían otra vez, apalancados en un momento estadizo. Una fila de cuatro o cinco coches empezó a pitarme y a lanzarme aspavientos. Miré por el espejo retrovisor interior y les levanté la mano disculpándome. Cuando el alcohol te deshidrata te mueves tan torpe como cuando estás borracho.

Cuando llegué, Fernando ya estaba con el desayuno de Fidel. Se había venido y me había esperado primero, pero viendo que no venía, le preguntó que si quería desayunar ya y Fidel le dijo que media tostada. Fernando estaba en la cocina, con la mitad de debajo de la viena metida en la

tostadora y una bolsa de té infusionándose en un vaso de agua caliente. Le expliqué lo de por la noche y Fernando me dijo que eso era necesario. Fernando siempre te dice que todo está bien; lo del enredo con mi primo lo argumentó con el ejemplo de la olla y la válvula de escape.

—Todo crece y todo se derrama. Es el estado natural de las cosas, Samuel, cambiar de tamaño.

—Con mi primo es imposible, imposible.

—Infla un globo y no pares. Verás cómo te explota en la cara.

—Te dice que solo un par de cervezas, que hace mucho que no nos vemos, que me tiene que contar algo del hermano o de la mujer...

—¿Y ahora cómo estás? Mejor, ¿no?

—Me duele la cabeza.

—Sí, pero sin lastre. Hay que soltar lastre, Samuel. Hasta el último nervio del dedo chico de tu pie nota si llevas lastre, hasta el último vaso capilar de tu nariz se dilata si no sueltas.

—¿Quería té?

—Té y tostada. Con aceite y tomate, pero no encuentro la botella del bueno.

—Detrás, en el armario chico.

Fernando sacó el aceite y terminó de preparar el desayuno de Fidel. Yo subí a verlo y me fijé en las pupas. Me asusté bastante, porque toda la parte alrededor de los pechos la tenía grumosa y marrón oscuro, como un guardabarros en invierno. Lo incliné un poco y lo toqué. La piel estaba muy frágil y se rompió. De pronto empezó a salirle una zarrapastra mantecosa y llamé gritando a Fernando.

—Sube, deja ahora lo del desayuno.

—¿Qué es, Samuel?

—Esto está maliciado, Fidel. Te vamos a limpiar bien y te voy a dar luego con Betadine.

—¿Cómo están las plantas?

—Bien, Fidel. Están preciosas.

—¿Qué hago? —Fernando subió y se quedó agachado y paralizado viendo la piel escamada y abierta de Fidel.

—Busca abajo el Betadine. Está en la mesa chica del sofá. Tráete también las gasas y el esparadrapo.

—Lleva toda la noche molestándome. Y abajo me duele ya bastante, Samuel, me pincha. Junto a la cadera —toqué la zona a la que se refería Fidel y pude notar un codo duro empujándole la piel.

—Te vamos a limpiar y a sanear bien primero y luego te pondré Azol para que se seque.

—Me voy a poner bien, Samuel, verás como se arregla. No las arranques por favor, ya les queda muy poco... ¿Qué altura tienen ya?

—Cuatro o cinco cuartas. Están de foto, Fidel, parecen un cuadro.

—¿Y el verde? —Fernando puso todo en el suelo.

—Tráete también un baño chico con agua caliente —le guiñé a Fernando y le enseñé la cara de esto está fatal—... El verde es una locura, Fidel. Y el terciopelo, precioso.

Cuando Fernando trajo el agua, se puso por delante de Fidel y fue dándole conversación. Mientras, yo le iba lavando toda la zona con unas pinzas y las gasas mojadas en el agua. Luego lo sequé bien y cogí un algodón empapado en Betadine. Con las pinzas otra vez, le di por toda la zona.

—Ahora vas a desayunar y luego cuando esté todo más seco te doy el Azol. Te vas a poner bien, Fidel —mi voz estaba rota por el jaleo de la noche y apenas se notaba que mentía.

Fernando hizo otro té y calentó de nuevo la tostada metiéndola medio minuto en la tostadora. Yo me quedé arriba y le comenté a Fidel mi salida, todo lo pesado que era mi primo y a la hora a la que me había acostado. Le hablé también de mi resaca y de la vuelta de los niños al colegio. Fidel me dijo que no quería desayunar, que con la cura se le había pasado el hambre. Luego agachó la cabeza y estuvo llorando un rato.

Fernando se sentó en el suelo, a un lado de Fidel. Encendió un cigarro y me avisó con los ojos apretando los labios. Luego también con la cabeza y los ojos me dijo que me bajase.

—Vamos a regar y a arreglar un poco antes de que apriete más y luego me subo y te aseo —Fidel no me contestó.

Cuando bajé, Fernando estaba en la puerta y me dijo con la mano que me saliera. Los dos nos sentamos en el porche y me contó que había que hacer lo que fuera con Fidel, que cuando estaba a su lado le había visto el pellejo también roto en la zona del hueso de la cadera. Que tenía una bichera con queresas y que eso ya era más serio. Si no lo tratábamos, de ahí le vendrían fiebres y luego lo peor. Me dijo que eso lo había visto ya antes en las ovejas de su tito, que cuando las moscas veían una herida, cagaban allí los huevos y la zona se corrompía y se llenaba de gusanos. Que su tito tenía para eso violeta de genciana, en *spray*, y que todos los veterinarios lo usaban como si fuera mano de santo.

Yo me hice un cigarro, abrí las gomas y esperé a que Fernando volviera con el *spray*. Tardó menos de veinte minutos; aparcó antes de la cancela y salió con una bolsa en la mano. Los alcauciles estaban en un momento muy delicado y la situación de Fidel me estaba volviendo loco.

—Esto es —Fernando me enseñó un bote—. Mi tito tenía una caja con seis o siete en una repisa de la nave.

—Vamos a lavarlo.

—He leído para lo que vale. Le vendrá bien.

Cuando subimos, Fidel seguía con la cabeza agachada y callado, pero ya no lloraba. Yo puse otra vez todo lo del aseo cerca de él y empecé a lavarlo. Primero con la esponja enjabonada y luego aclarándole. No quería decirle nada de la bichera, y cuando llegué a esa zona solo apreté más con la esponja y fui sacándole toda la carroña lo más rápido que pude. Algunos gusanos cayeron al suelo y Fernando se apresuró a pisarlos antes de que Fidel los viera. Lo hice varias veces hasta que la herida pareció limpia.

—Aquí abajo voy a darte con *spray*, Fidel. Me lo trajo Fernando para las heridas que tienen el hueso cerca. Es una maravilla; cicatriza y limpia. Se te pondrá bien en un par de días. Si te duele me avisas y paro. A lo mejor escuece.

Después de darle por toda la parte afectada, rocié también una gasa y estuve remetiéndola bien por toda la zona rota. Fidel se dejó hacer sin ni siquiera moverse. Cuando terminé, le pregunté que si quería tomarse ya el desayuno y no me contestó. Le di varias palmadas en la espalda, le acerqué más el ventilador y nos bajamos.

Lo de la bichera nos dejó a Fernando y a mí trastocados para toda la mañana. Estuvimos con la faena de la huerta pero casi sin hablar. Solo paramos un par de veces para fumar y buscar la sombra. Cuando dieron las dos, Fernando me dijo que nos metiéramos para cocinar el almuerzo, que Fidel no había desayunado y que tendría hambre.

En la cocina seguimos igual, preparando la comida pero sin ninguna conversación. Fernando se ocupó de lo nuestro y yo me puse con la de Fidel. Era ensalada de atún y un par de huevos pasados por agua. Fidel con algunas comidas que me pedía me recordaba mucho a mi abuelo. Cuando lo tuve todo listo me subí y dejé a Fernando liado con un guiso en amarillo de papas con chocos.

Fidel estaba más tranquilo y aceptó mi conversación sobre pintores rusos mientras le daba de comer. El *spray* estaba sanando y a cada rato se quejaba porque decía que notaba como si le clavarán alfileres. Fernando dejó la olla al fuego en el mínimo y se subió también. Se trajo un plátano picado a trozos y esperó sentado a que Fidel terminara con los huevos. Cuando puse el cuenco en el suelo para empezar con la fruta, Fernando y yo escuchamos que un coche aparcaba en el carril. Con el miedo, teníamos entrenada nuestra precaución y oíamos cualquier motor a más de doscientos o trescientos metros. Yo fui metiendo cachos de plátano en la boca de Fidel y trataba de distinguir el ruido del ventilador de el del coche. Finalmente los dos notamos que alguien había aparcado frente a la casa.

Fidel seguía opinando de un cuadro de Kustódiev y lo relacionaba con las imágenes orondas de Botero. Desde fuera, Fátima me llamaba. Yo distinguí rápidamente su voz y le dije a Fernando con la mano que nos bajáramos. Fátima se acercaba por la huerta hacia la casa y la puerta estaba sin fechar. Los últimos escalones de la escalera los bajamos de un salto y corrimos a su encuentro. Fue para nada porque Fátima estaba ya empujando la hoja de la puerta y diciendo mi nombre con toda la blandura de su voz.

Primero vio a Fernando y se paró en seco, sorprendida, luego me vio a mí y se le iluminó la cara.

—Creía que me había equivocado de casa —se echó a reír.

—¿Equivocado? —Fernando me miraba.

—Me metí por el carril de arriba de las cañas, por la parte de las naves, y le pregunté a un señor mayor muy flaco que me indicó que por aquí —por las indicaciones y la descripción tenía que ser Jacinto.

—Fernando, ella es Fátima, mi novia —estuve dudando solo un segundo antes de decirlo.

Cuando estás con una mujer y estás bien, todas las tonterías de usar la palabra adecuada son una cosa importante, porque no es lo mismo una amiga que una chica que una novia. Lo de pareja supone ya otro salto, y se asemeja más a la previa de lo grande. Mi novia de ahora se parece más a una amiga, pero si tengo que presentársela a cualquiera no digo que es una amiga; digo que es mi novia. A ella le molesta un poco y siempre me lo recrimina, porque es una tía que no quiere cargos. Es muy guapa también, más joven que yo y folla como una loca, pero no quiere ataduras. Tampoco viene nunca al campo y solo la veo en Huelva cuando ella quiere. A veces la llamo para tomar una cerveza y ni me coge el teléfono. Luego me dice que había ido al cine o que estaba con la compra. Yo sé que es mentira, que solo es que quiere mucha libertad y la cuerda larga, pero a los dos nos gusta lo mismo y yo tampoco le insisto.

—Hola, yo soy Fernando —le alargó la mano.

—Hola —Fátima se acercó y le dio dos besos.

—¿Cómo es que...?

—Mira, ven, quiero enseñarte algo.

Fátima me cogió del brazo, abrió la puerta y señaló al carril. Delante de la cancela estaba un Renault Clio rojo cereza con alerón por detrás. Se abrazó a mí, me preguntó que si me gustaba y me dijo que acaba de recogerlo en el concesionario, en Huelva. Lo decía todo muy rápido y muy atropellado y con una sonrisa de sueldo Nescafé para toda la vida. Era un mil doscientos de setenta y cinco caballos, un motor que me hace muy poca gracia. La mecánica Renault nunca me ha apasionado, pero le dije a Fátima que era un buen coche y que me alegraba mucho por ella.

—Es un color precioso —Fernando se había asomado al porche para verlo mejor.

—¿Te gusta? Lo había en blanco hueso, muy bonito también, pero el viejo que tenía era blanco y me moría de ganas de cambiar.

—Has acertado —Fernando parecía relajado y hasta contento, pero yo miraba para el coche y veía a Fidel al volante destripando los alcauciles contra el asiento de polipiel.

—Sí, ¿verdad? ¿Lo probamos?

Fernando y yo vimos el cielo abierto y le dijimos los dos a la vez que sí. Fátima rompió a reír, sacó un cigarro de su bolso y se lo puso en la boca. Mientras rebuscaba en el fondo, vio el mechero sobre la mesa y se acercó a cogerlo. En ese momento Fidel soltó un alarido que parecía llegar desde el fondo de una vieja mina de una película de terror. Sabiendo cómo estaba de atento a los alcauciles, tuvo que soltarlo cuando ya no pudo más; se habría mordido la lengua veinte veces mientras el *spray* le barrenaba buscando lo malo y con la última clavada se le fue la fuerza y también el grito.

Fátima se giró asustada y preguntó que qué era aquello. Fernando y yo nos miramos con la cara demudada y los hombros cagados. Nuestros ojos estaban hundidos y escribiendo en un código cómplice y Fátima se asustó más. De espaldas, empezó a dar pequeños pasos hacia la puerta, pero Fernando se adelantó y la cerró. Yo me di la vuelta, me metí en la cocina, cerré la puerta y puse el transistor chico. Daban noticias locales y se confundían con los gritos de Fátima pronunciando mi nombre repetidamente. Me hice un cigarro y empecé a golpear la tabla de cortar el pan. En mi estómago reventó todo el asco y la pena que se habían juntado en poco menos de dos minutos y me tuve que sentar en el suelo y taparme los oídos.

Se la tuvo que llevar. Sé que Fernando se la tuvo que llevar y que a mí solo me quedaba quitarme de en medio. Cualquier cosa que yo hubiera hecho o dicho solo habría empeorado la cosa; la cosa con Fernando, la cosa con Fátima y la cosa con Fidel. Con el coche no sé lo que hizo, no he querido preguntarle.

Yo me subí para hablar con Fidel; con mucha rabia, con ganas de reñirle y decirle a gritos que era un hijo de puta y que volvería a ponerle el trapo. Después arriba, su imagen de eccehomo herido, sudado, sembrado y lleno de Betadine, me paró en seco.

—Perdóname, Samuel, creo que ha sido el sudor —empezaba otra vez a llorar.

—No te preocupes.

—Me suda mucho la espalda y el ventilador lo mueve hasta que escurre.
Me ha entrado en la herida y he aguantado lo que he podido.

—No importa, Fidel. Todo está arreglado.

—Como si fuese sal, Samuel; me ardía. No he podido...

—Tranquilízate —seguía llorando.

—No he podido...

—Ya está, Fidel —le puse la mano en la cabeza y le hice un gesto cariñoso—. No le des más vueltas, es este calor asqueroso, que no se va y nos está volviendo locos. ¿Te rocío un poco por aquí? ¿Te acerco más el ventilador?

OceanofPDF.com

Veintisiete

Durante todo el mes de septiembre y hasta finales de octubre los alcauciles tomaron ya todo el cuerpo que tenían que tomar; los rosetones de hojas estaban carnosos y con toda la nervadura bien definida, también la segmentación de los cantos era regular y adecuada. Seguramente por la falta de sol estaban poco espinadas, pero la palidez del terciopelo era una preciosidad; tenía el mate de las perlas manufacturadas y la untuosidad de un paño de ante. Todo su crecimiento y esplendor habían venido acompañados de mucho dolor para Fidel, un dolor interiorizado y asumido con una complicidad sorprendente. La mala circulación le provocaba calambres y que se le durmieran las piernas a menudo. Los pies y las manos los tenía a cada poco hinchados por la falta de movimiento, por eso Fernando y yo le dábamos muchas mañanas friegas con aceite de árnica. También tenía el cuello muy contracturado por la postura, y muchas veces, cuando acabábamos con el aseo, yo le daba una pomada de Voltarén que había cogido de casa de mi madre. De las heridas se había puesto bastante mejor; lo abierto se le había cerrado y todos los abscesos de pus ya no le supuraban. Fernando además me había traído una loción de almoradux de una casa de dietética y estaba perfectamente hidratado en todo momento.

El veintitantos de octubre o a lo mejor ya en noviembre fue cuando mi coche se estropeó y me presenté corriendo. Era un problema de embrague. Se le había ido y en ese momento no tenía para pagarlo. Entrando por la Avenida de San Antonio el coche me dijo que hasta aquí. Yo me fui de momento al problema y como pude lo aparqué en un hueco que quedaba después del contenedor de PanGil. Ricardo *Corneta* es un amigo desde siempre y trabaja en el Fucarauto de Isla Chica. Si no ha tenido mucho lío, a

las nueve y cuarto o nueve y media tiene el taller limpio y recogido y termina. Yo le hice una llamada perdida y me contestó nada más salir. Le dije que se acercara y me contó lo que yo sabía; era el embrague y cuatrocientos más el IVA. La mano de obra me la ponía él. A Ricardo le decimos *Corneta* porque fue durante muchos años el Primera Voz de Corneta de la Banda del Cristo de la Expiración.

De Huelva al campo hay once kilómetros y medio o poco más, depende de por las calles que cojas para salir. Y a mi ritmo yo lo hacía más o menos en una hora larga. Lo tuve que correr más de una semana hasta que Fernando me prestó el dinero para el embrague.

—No hace falta, Fernando. Yo vengo muy a gusto corriendo.

—Toma, coño. Arréglalo y luego vente corriendo si quieres, pero sin coche no vas a estar, ¿no?

—Déjalo, Fernando —se lo decía de verdad.

—Cállate la boca —Fernando hizo un rollo muy fino con el fajo y jugó a clavármelo en la garganta.

—Pues cuando pueda te lo daré —le cogí los billetes y me los guardé en el bolsillo de delante.

—Sin prisa, financia mi tito.

Fernando tiene muchos detalles conmigo. De vez en cuando compra lo que sea y lo trae sin avisar. O se presenta aquí en Huelva y me dice que si me voy con él al cine. Mi casa la conoce de cuando le pasó lo del pie. Se había torcido el tobillo bajando la escalera mecánica del Holey por no arrollar a una vieja que le daba miedo dar el último paso. Me llamó y me dijo lo que le pasaba. Yo me presenté allí y lo llevé a urgencias porque se le había puesto como un melón. Le indicaron que reposo y yo le dije que se quedara en mi casa esa noche, que así no podía conducir. Luego por la mañana nos fuimos los dos juntos al campo y lo dejé en lo suyo con las dos muletas que le dieron prestadas en urgencias. Estuve una semana acercándome a verlo hasta que ya pudo caminar.

—He venido corriendo desde Huelva —le conté a Fidel lo del embrague y que vendría más días así hasta que lo arreglase.

—¿Corriendo desde Huelva? ¿A qué hora sales?

—No es mucho —me reí todavía acezando y con las pulsaciones disparadas y me senté frente a él—. Entre salir y llegar, una hora y algo.

—¿Una hora corriendo, Samuel?

—Es un tiempo muy malo. Vengo al trote. En muchas medias estaría de la mitad para abajo.

—Yo nunca he tenido esa capacidad. Ningún deporte. No destacaba en nada, y menos en fondo.

—¿Quieres desayunar ya? ¿Qué quieres? ¿Tienes hambre?

—Cuéntame cómo están.

Le expliqué lo mismo de siempre. A Fidel le hacía bien la descripción y yo me esforzaba por narrárselo como si estuviera delante de una escultura de Calder. Le hablaba de la dimensión, de la textura, de cómo variaban los perfiles desde distintos puntos de vista, de las variaciones de volumen según la luz y de cómo se movían y temblaban cada vez que él se recolocaba. Fidel me dijo que realmente eran alcauciles cinéticos, y terminó hablando de Naum Gabo, del movimiento futurista y de Marcel Duchamp.

En ese final de mes fue también cuando estuvo otra vez más la Guardia Civil. Fernando se había venido para ayudarme con lo de la tapia. La parte final de la cerca es de piedra y con el calor se dilatan y se mueven. Después con cualquier día de viento fuerte o con una tormenta jodida se afloja una y terminan cayendo todas poco a poco. Ya lo habíamos hablado varias veces, pero antes por una cosa y luego por otra, lo habíamos dejado sin hacer. Yo no había salido a correr para aprovechar la fresca y echamos mano sobre las ocho. Eran al menos tres metros y medio, y la teníamos toda desmontada en el suelo desde la mitad hasta el borde con la idea de hacerla de nuevo. Jacinto me había dicho que mejor arena y cal, que con ese mortero arreglaba él siempre lo suyo. Nos dio la dirección de un polvero en Cartaya y Fernando fue y se trajo en su coche mitad y mitad. Jacinto me había dado también un plástico negro para que mezcláramos en el suelo y un nivel y una llana que no teníamos. Lo demás estaba todo en el cuartillo que Pedro tiene para las herramientas.

Sobre las once estábamos descansando y echando un cigarro y el Patrol llegó y aparcó junto a la puerta. Fernando se había acercado a la casa a por cerveza y estaba saliendo, ya bajando del porche. Si se volvía, el cante sería

de anuncio. A la Guardia Civil es difícil engañarla; si sales por una puerta y otra vez vuelves a meterte porque los has visto, el agente se pone en lo peor y te pregunta que qué haces, que por qué te has vuelto. Fernando siguió con las cervezas en la mano, se acercó hasta donde yo estaba, me dio una ya abierta y puso las otras a la sombra. Yo le di el primer buche y fui a recibirlos. No eran los mismos de siempre. O estaban de vacaciones, o habían cambiado los tumos o todo era demasiado raro, porque cuando tienes una investigación muy avanzada sobre un nota que ha desaparecido, no metes a guardias nuevos para empezar de nuevo, porque da igual que les hayan pasado el informe y todos los atestados del mundo; la experiencia la da el trabajo de campo y estos no habían estado nunca.

—Buenos días. ¿Se puede pasar?

—Buenos días. Claro que sí —les abrí el cerrojo y les di entrada.

—¿De obra...?

—El muro; un arreglo, poca cosa.

—Buenos días —el mismo guardia saludó también a Fernando llevándose la mano a la sien.

—Hola, buenos días —Fernando estaba moviendo una de las piedras más grandes y solo levantó la cabeza.

—¿Y los compañeros? Antes venía siempre otra pareja —el guardia del bigote estaba fijo con Fernando y solo me miró de reojo.

—De permiso uno y con la pierna de baja el otro —el guardia alto parecía mucho más amable y hablador.

—¿La pierna...? ¿Fue mucho?

—Ya lo trae de antes. El cruzado anterior —sacó un cigarro y me ofreció—. Lo operaron hace tres años, pero no...

—Acérquese, amigo —el guardia del bigote llamó a Fernando.

Cuando Fernando estuvo a mi altura nos pidió a los dos el DNI y se fue para el Patrol con la emisora. El guardia alto nos tranquilizó y nos dijo que todo estaba bien, que solo era comprobando datos, también todo lo mismo que los otros sobre si veíamos algo raro por la zona, que de quién era el huerto, que si Fernando vivía en lo suyo todo el año o que avisáramos al cuartel con lo que fuese que viéramos raro. Luego entró el otro y nos dijo más o menos lo mismo con otras palabras. Nos devolvió los carnés y pidió

permiso para entrar en la casa y usar el servicio. Fernando y yo no nos atrevíamos a mirarnos, pero los dos empezamos a visualizar nuestras caras en la parte de atrás del Patrol.

—Claro, abra usted la puerta y lo tiene enfrente. Sin pérdida —quise decirle que le acompañaba, pero entendí que daba más confianza que entrara solo.

—Lleva dos o tres de días que no para —el guardia alto esperó a que entrara y nos explicó que era una diarrea de las malas y que tenía que ser donde le cogiera.

—Puede ser vírico —Fernando sacó tabaco y ofreció—, hay mucho andancio. Es por este calor.

—Le mandaron Fortasec, pero no se le corta. Y en su casa están peor; la mujer, la suegra, las dos hijas...

El truco de la descomposición a Fernando y a mí nos pareció mediocre pero imbatible. El apremio de hacérselo encima no nos daba más opción que decirle que sí. Entraría y saldría con Fidel liberado y apuntándonos con su pistola. Automáticamente el compañero nos diría que al suelo y llegarían los otros que estaban escondidos en las casas de al lado y detrás de las tapias de enfrente. También estaba la otra posibilidad de recrearse conmigo y aplazar la liberación hasta que entendieran que podía darles más réditos. De esa manera, el guardia aprovecharía los cinco o seis minutos que dura el apretón para mirar por todos los cuartos y para abrir muebles y cajones; lo grabaría todo con la vista y daría por hecho que Fidel estaba en algún zulo bajo alguna trampilla, o en un escondite claustrofóbico detrás de un falso tabique, o a lo mejor estaba arriba; eso sería más difícil, porque ningún zumbado escondería a nadie en un doblado completamente a la vista. De cualquier modo, si estaba arriba, no subiría para no ponerlo nervioso, tiraría de la cadena varias veces, haría ruido con la tapa y con la puerta y después saldría. En su cabeza iría un plano perfecto de la distribución de la casa para cuando fuese el momento de entrar y rescatar.

Fidel una vez más tendría que comportarse y parar hasta la respiración. Por los pasos, a Fernando y a mí ya nos conocía. Los del guardia le eran extraños y dejaría su cuerpo al ralentí y el oído atento a cada movimiento. La tensión formaría un banco de niebla que descendería por las escaleras

desde el doblado y bajaría cuatro o cinco grados la temperatura del salón. El guardia lo notaría, pero seguiría mirando en la cómoda, debajo de los manteles planchados de la madre de Pedro, y en la cocina, por detrás de las ollas y las fuentes, buscando cualquier detalle de los que luego levantan el asombro del público en un juicio televisado.

El guardia salió cerrando la puerta con mucho cuidado y ajustándose el cinturón y la gorra. Yo podía notar el terremoto que estaba sucediendo en ese momento en el pecho de Fernando, pero mi pulso estaba tranquilo. Ya me daban igual todas sus maniobras y los engaños. Podía venir toda la Comandancia entera, montar el operativo más loco que se les ocurriera y llevárselo cuando les diera la gana, yo no tenía pensado correr ni darles pelea. Si estaban tardando mucho, a mí no tenían por qué darme explicaciones. Si querían dejarlo para después, allá ellos con sus casos. Ni siquiera burlas como la de Macías o entrar al baño me afectaban ya. Sería lo que Dios quisiera y hasta cuando quisiera.

Cuando dijeron que se iban, los dos nos hicimos los tontos y los acompañamos hasta el carril, esperamos a que arrancaran y los despedimos diciéndoles adiós con las manos y deseándoles buen servicio.

Luego nos bajamos hasta la tapia y Fernando abrió dos latas más. Él tenía otra teoría. A Fernando no le cuadraba nada de lo de la espera. Un secuestro mosquea mucho a la gente. Cada día que alguien pasa secuestrado es un desgaste para los políticos. Los políticos no quieren prensa con titulares feos y un secuestro largo lo es. Por eso en cuanto lo tienen seguro abordan. Si no abordaban es que no había nada. Podíamos estar tranquilos; todo era mucho menos lógico y tenía que ver con Fidel.

—Parece que tiene una defensa de algo.

—Cuéntame —a mí me dio la risa porque ya conocía su afición por lo misterioso.

—Ni con Enrique ni con el guardia. Ninguno notó nada ni quiso subir. Monta una pantalla de energía y los aleja. Ese rollo que tiene para sufrir, Samuel, ¿te lo explicas? Es un cabrón que controla lo de las fuerzas interiores. Se concentra y los neutraliza.

—¿Y Fátima?

—Fátima fue él. Si no hubiera chillado, tampoco nada.

Fernando me miró fijamente, esperando mi aprobación. Yo le dije que podía ser y que mojara otra vez la mezcla, que teníamos que acabarlo antes de comer. Luego me hice un cigarro y entré a ver a Fidel. Subí, me senté delante de él y volví a darle las gracias. Por un momento pensé que Fernando tenía razón, que tanto control del sufrimiento y aquella entrega exagerada tenían que obedecer a algún origen que yo desconocía.

A los tres o cuatro días de la visita de la Guardia Civil, Fernando estaba esperándome en el salón. Había llegado antes que yo y ya le había dado el desayuno. Su cara no tenía nada que ver con ninguna otra que yo le hubiera visto antes. Fidel había pasado una noche muy mala, peor que la anterior, con muchos dolores y un cansancio que no le había dejado dormir. Fernando me dijo que había que sacárselos.

—Sacárselos y qué.

—Sacárselos y llevarlos al huerto. Es lo que me dijiste que haríamos.

—¿Y Fidel?

—¿Fidel qué?

—¿Se va?

Fernando me miró mordiéndose el labio de abajo. En ese punto, darle un golpe a Fidel y enterrarlo a poca profundidad podía ser lo más sensato. Encima irían los alcauciles y todo seguiría como estaba. Crecerían con su abono y sería como seguir en su culo.

—Siémbrale otra cosa. Que no le haga tanto destrozo.

—¿Otra siembra? ¿Hasta cuándo? No podemos estar con él ahí toda la vida. Tampoco se puede ir. Ahora dice que no contaría nada, pero luego no sabemos. Puede salir de aquí con toda su cara de mártir y tirar luego para el cuartel a contarlo todo.

Que había que quitárselos era seguro. Además tenían que polinizarse y tener primero el sol y después el frío y las heladas que los volverían tiernos y gustosos. Jacinto me daría una receta de las de su mujer y los cocinaríamos en lo de Fernando, con mucha cerveza y acompañados con algo de pescado frito.

—Siémbrale unas aromáticas.

—Eres un cabrón, Fernando —me dio la risa pero entendí que era lo mejor que podíamos hacer. Los alcauciles irían al huerto y Fidel seguiría

otro tiempo bajo nuestro control. El lío continuaba, pero con la brida en nuestras manos. Esa era la inteligencia de Fernando; convertir lo rígido en elástico.

Los dos nos subimos y se lo dijimos. Fidel me escuchó en completo silencio, y cuando terminé de razonárselo todo, me dijo que no me preocupase, que lo entendía, que tampoco podían estar ahí toda la vida. Fidel hablaba ya de los alcauciles como una parte más de su cuerpo, como una novia a la que tienes que dejar porque es lo mejor para todos. Yo le dije lo de las aromáticas; algo de cilantro, perejil y albahaca, o lo que él quisiera, que si prefería otra cosa que a mí me daba igual. Le prometí que ya no sería tan doloroso y que nos valdría luego para darle más paladar al guiso. Le pareció bien y Fernando le dio varias palmadas cariñosas en el cuello. Luego nos bajamos y estuvimos arrancando el perejil y lo demás procurando que viniesen con mucha raíz. Fernando llevaba un cubo con tierra muy mojada, casi fango. Conforme yo le pasaba las plantas, él las enterraba rápido. Lo dejamos en el porche a la sombra y volvimos para elegir el sitio donde irían los alcauciles. Cavé tres agujeros bien profundos, les puse algo de estiércol en el fondo y los regué.

Luego volvimos con Fidel. Fernando llevaba en una mano el cubo de las aromáticas y en la otra uno más grande con agua y periódicos mojados. Yo me había subido el del aseo. Los arrancaríamos de su culo y los envolveríamos con mucho cuidado para llevarlos al huerto y sembrarlos.

—Te va a doler, Fidel, pero tú me vas diciendo que pare y yo paro.

—Tira despacio, Samuel, con mucho cuidado. Después de tanto, que no se les parta ahora nada.

—Empiezo, ¿vale? —agarré una de las plantas y miré para Fernando. Con los ojos le dije que se pusiese frente a Fidel y lo calmara. Fernando se sentó cara con cara y le agarró también las manos. La cosa parecía un parto programado. Un parto de trillizos.

Con la primera planta Fidel dio un grito muy sordo y levantó su cuerpo como un santón que levitara. Yo la dejé rápido en el suelo, saqué uno de los rollos de periódico empapados y la envolví como un pastelero. Cuando me levanté para sacar la segunda, por las nalgas de Fidel escurría una mezcla de mierda suelta y mucha sangraza; también unos trozos blancos que

parecían gelatina. Fernando le tenía agarradas las muñecas con mucha fuerza y le decía al oído que ya había salido, que se calmase. Yo cogí la esponja y le limpié todo hasta que dejó de salirle aquella papilla. En mi cabeza apareció a todo color *El sacrificio de Isaac* de Caravaggio, y volví a acordarme de mi abuelo porque era uno de sus preferidos. Cuando Fidel volvió otra vez con su respiración normal, él mismo me dijo que sacase la otra.

—¿No me espero?

—No. Voy bien —Fernando y yo nos miramos y empezamos a darle más firmeza a la teoría de la fuerza interior.

La segunda planta era la que tenía más raíces metidas cerca de los riñones. Di dos tirones fuertes pero tuve que parar. Fidel gritó con la garganta y se desmayó delante de Fernando.

—Fidel, Fidel, mírame, Fidel —Fernando le gritaba, le daba tortazos en la cara y le abanicaba con la mano. Yo corrí también a sentarme frente a él y mandé a Fernando a por el agua del frigorífico.

—¿Fidel?, ¿Fidel? Despierta, Fidel.

—¿Qué hago? —le dije que derramara toda la botella en su cabeza. Antes de que fuera media, Fidel se espabiló.

—Óyeme, Fidel. ¿Cómo estás...?

—Voy bien, voy bien —lo decía casi sin voz y tragando saliva—. ¿La sacaste?

—No, Fidel, solo la primera. Te has mareado.

—Sacádmelas —Fernando se había vuelto a sentar junto a su cara y se lo dijo también a él—. Si no las sembráis abajo no van a dar nada.

Esperé un rato y agarré bien la planta a ras de su culo. Tiré con mucha fuerza y saqué una y casi la otra. Las dos tenían muy entrelazadas sus raíces. Fidel volvió a gritar y a levantarse como si debajo tuviera la plancha de un chiringuito. Ahora la papilla era más oscura y también con más sangre suelta y guedejas de raíces rotas. El olor a rancio era insoportable. Me bajé a enrollarlo y le grité a Fidel que ya estaba fuera y envuelto. Fidel me gritó también para que sacara el tercero. Fernando y yo nos cruzábamos las miradas y nos moríamos de miedo. Sin ni siquiera limpiarle nada, agarré la tercera y di un último tirón. Con ella se vinieron más trozos blancos

como los de antes y varios cuajarones de una especie de barro azul descompuesto. La sangre salía también con mucha fuerza y le dije a Fernando que la enrollara él. Yo puse la esponja en su culo y taponé con mucha fuerza. Fidel rompió a llorar hasta que al cabo de cuatro o cinco minutos volvió a desmayarse. Fernando me dijo que mejor así, que yo me bajara a sembrarlos y que él se ocupaba de todo.

Mientras Fidel estaba dormido, yo me lie con los alcauciles. Allí sembrados en el huerto, con su distancia adecuada y completamente derechos y frondosos, parecía que hubiesen ocupado ese sitio desde su nacimiento. Una nueva paleta de verdes apareció de la nada y también cambiaron los lechosos de sus terciopelos. Los regué con mucho agua y luego les aireé la tierra con un rastrillo chico. Estaban fuertes y regalaban insolencia. Me acerqué a la higuera a por tres cañas y a por guita, pero desde allí pude ver que no necesitaban tutor ninguno, que se criarían fuertes como garañones.

Cuando entré, Fernando estaba esperándome en el salón con una cerveza en una mano y un cigarro en la otra. Tenía los pies puestos sobre una mesita baja y fumaba como si hubiera terminado de dar la vuelta al mundo en ochenta días. Su cara se había desprendido de toda la angustia de antes y me soltó una sonrisa muda.

—¿Quieres una cerveza?

—¿Cómo está?

—Limpio, sembrado y dormido —se levantó y sacó de la nevera una lata.

—¿No ha sangrado más? Me he asustado mucho, Fernando.

—Si hay algo, es por dentro. Antes de meterle el perejil me he esperado un rato y no ha salido nada más. Tiene muchos cortes en el agujero, pero son desgarros de haber tirado. Para eso le he dado el *spray*.

—¿Y las plantas?

—Perfectas. Ahora al principio tumbadas, pero en cuanto agarren levantarán.

—¿Y él? ¿Te ha dicho algo?

—No, dormido. Lo he lavado también muy bien por arriba y por abajo, lo he secado y está como un bebé. También le di la loción por las manos y

los pies. Está bien, Samuel. Toma la cerveza.

Todo había salido perfecto. Yo me hice un cigarro y me senté con Fernando en el sofá. Los dos seguimos fumando y bebiendo cerveza en silencio. Después subí las escaleras y observé a Fidel desde el último escalón. Cuando bajé, Fernando estaba sentado en el porche con otras dos latas. Los dos nos llevamos más de una hora mirándolos.

OceanofPDF.com

Veintiocho

El tiempo había dado lluvia de tormenta y Fernando y yo estábamos cagados con que trajera granizo. Para cuidarnos del destrozo, estuvimos toda la tarde anterior haciendo un cañizo de un metro y medio de altura que luego cubrimos con un trozo del plástico negro que nos había dado Jacinto para el arreglo de la tapia. En los laterales le pusimos plástico transparente gordo del que usan los pintores para cubrir los suelos y no manchar nada. El diseño tenía forma de galería y el entramado podía muy bien haberlo firmado Eiffel si no estuviera ya pajarito. Fernando se bajó al móvil varias imágenes del Muelle del Tinto y copió en un papel el entramado de las vigas para hacerlo luego con las cañas. El Muelle del Tinto no está en el río Tinto, está en el Odiel, pero como era para la carga y descarga del mineral de la compañía Riotinto pues la gente tira por lo fácil. El dibujo de Fernando repetía los agarres del muelle pero sin tanto detalle, luego nosotros los unimos todo con tanza; el techo también. Si no hubiera sido por ese cobertizo, todo el sufrimiento de Fidel no habría valido para nada, porque entró una veta de rayos y lluvia torrencial por la parte de El Rompido y no paró de soltar hasta que pasó de Huelva. A los alcauciles la protección le quitó todo el jaleo, pero al resto de lo sembrado la tormenta le metió mala mano y mucho hubo que arrancarlo y tirarlo. Como ya lo sabíamos, esa mañana Fernando y yo estábamos temprano y sentados en dos sillas que nos habíamos sacado al porche esperando como generales al desarrollo de la batalla. Ya le habíamos dado el desayuno a Fidel y nos fumábamos el cigarro cuando sonaron las primeras salvas que venían por la parte de Cartaya. A continuación se levantó un viento muy loco y luego una lluvia que parecía latigazos de agua. En un momento se puso todo negro

plomo y empezaron a caer los primeros granizos. Eran como garbanzos y chocaban y rebotaban en el plástico negro como en una cama elástica. Los laterales también los protegían de los que entraban sesgados y al cabo de veinte minutos o poco más, solo quedó una lluvia que caía sin meterse en ningún lío. Los dos nos salimos del porche con nuestra lata de cerveza en la mano y nos acercamos a verlos. Fernando les habló como si fuesen alevines que acabaran de ganar la final de un trofeo de verano con uno menos. Luego lo estuvimos desmontando todo otra vez y lo dejamos junto a lo de los conejos.

A primeros de noviembre la Guardia Civil mandó otra vez a Macías. Habían cambiado la patrulla pero habían decidido mantener al agente expedicionario. Fueron dos mañanas seguidas que pasaba rápido y no se paraba y una tercera que me saludó mientras andaba. En el ínterin de pasar y saludar, Macías tuvo tiempo de volver a mirar descaradamente la parte de arriba de la casa. Yo estaba rellenando una lata de cobre para sulfatar las patatas de invierno y me cogió agachado, pero si hubiera podido parar la escena y clavar alambres perpendiculares a sus ojos, los otros dos extremos habrían chocado con la pared exterior del doblado.

Si hubieran mandado a cuatro agentes viejos más que no pararan de hacerse todas las horas del día alrededor del huerto, tampoco me hubiera importado. Las tres plantas estaban tiesas y orgullosas como torres, Fernando me acompañaba casi todos los días, el calor había desaparecido ya por completo y el perejil, la albahaca y el cilantro crecían en Fidel como antes lo habían hecho los alcauciles.

—¿Qué altura tienen?

—Me llegan por la cintura, Fidel, por aquí más o menos —le señalé con mi mano a la altura de sus riñones.

—Baja y hazles una foto.

—Fidel —me agaché frente a él y le cogí la cara sonriendo—, puedo enseñarte otra vez la de ayer y la de antes de ayer. Siguen en el mismo sitio. No se han largado.

—La de ayer fue por la mañana temprano y con sol subiendo. Hazle una ahora con esta luz. Los verdes por la tarde serán completamente distintos y menos saturados.

Le hice caso y saqué quince o veinte fotos, luego me senté con un cigarro en el taburete de la higuera y estuve borrando y seleccionando las que mejor encuadre y definición tenían. Me quedé solo con tres; una del grupo, una de cerca y una del terciopelo. Cuando subí le hice otras dos también a las aromáticas. Desde que Fernando las sembró no habían vuelto a torcerse y eran una locura de brotes y hojas nuevas. Me subí también una cerveza y me senté con Fidel. Le di el brillo al máximo y le enseñé la primera, la del grupo. Fidel me dijo que se la ampliara y al momento se puso lloroso. Sus lágrimas, por la posición, caían como gotas directamente al suelo entre unos sollozos infantiles y muy contenidos. Cuando le enseñé las otras dos empezó a mezclar lloriqueo y risa mientras me rogaba que pasara o que volviese atrás. Me tuvo así un rato hasta que le enseñé las del culo. Con las aromáticas soltó una carcajada de verdadera sorpresa y dijo que parecía un ave del paraíso en celo.

Aunque el calor se había alargado hasta octubre, en noviembre el tiempo había cambiado bastante y el ventilador estaba ya apagado y arrumbado en un rincón. Tampoco por las noches le dejaba ya abiertas las ventanas, ni era necesario rociarlo con agua. Le había subido de una cómoda unas mantas finas de felpa y se las dejaba puestas por las tardes antes de volverme para Huelva. Fernando, que últimamente se ocupaba más que yo del aseo, también le calentaba agua en una olla para lavarlo. Con el tiempo más fresco, todas las heridas del culo le habían mejorado bastante, también las de por abajo.

Cada dos o tres días, cuando Fernando terminaba de asear a Fidel, con una tijera pequeña de uñas recortaba también el perejil y el cilantro porque eran una locura de selva. La albahaca estaba preciosa aunque más contenida, pero entre las tres hacían un pequeño hongo nuclear verde y frondoso que subía desde su culo y crecía copiando inflorescencias desiguales. Solo las teníamos con Fidel porque había que esperar a los alcauciles.

—¿Lo estáis usando?

—¿El qué, Fidel?

—Las ramas que recortáis, ¿las estáis usando?

—No. Van directamente a la basura. Quiero que se estrenen con el guiso de los alcauciles.

—Cuando les haces fotos a los alcauciles salen también partes de la huerta y está preciosa, Samuel. Tienes que convencer a Jacinto para que venga y vea lo buen alumno que has sido. Estaría orgulloso.

—¿Por qué tienes esta manera de verlo todo?

—¿De qué manera veo, Samuel? Solo tengo esta posición fija a vista de pájaro y un marco visual de metro y medio por dos metros. Todos los detalles, fisuras, desgastes, matices y relieves de las baldosas los tengo ya muy estudiados.

—Ya sabes, Fidel —yo me había sentado como siempre y me fumaba un cigarro. Fernando había subido desde el salón y escuchaba atento apoyado en la jamba de la puerta.

—No hay otra manera. Manéjalo como quieras, llora o berrea, riéte o guarda silencio. Da igual, Samuel. La vida tiene preparado siempre un *travelling* que corre a tu vera y ni consulta ni tiene pensado hacerlo. Tú solo eres un plano secuencia que acabará cuando el director quiera. De ti depende que la película sea una comedia o un drama.

—¿Y eso desde siempre, Fidel?, ¿no has tenido rachas? —Fernando lo preguntó haciéndome una mueca con los labios y el entrecejo.

—Antes de que el mundo estuviera yo ya tenía ganas de vivir. Si alguna vez me ha preocupado algo, no ha sido para lamentarme. He procurado encontrarle siempre la mejor solución.

En esos días, Fernando y yo ya teníamos completamente aceptada la hipótesis del control del sufrimiento a través de mecanismos interiores que habría desarrollado con su rollo reflexivo de moderno en alguna asociación de meditación majara. Eso nos quitaba mucha sensación de culpa y todo se limitaba a una rutina engrasada que funcionaba las veinticuatro horas del día. Fernando había aprendido también algunas faenas de la huerta y me permitía a mí liberarme de muchas tareas. Yo aparcaba, entraba a verlos, me cambiaba y me iba a correr. Había descubierto dos carriles nuevos que terminaban en el principal que da a la autovía y eso me permitía hacer ocho kilómetros más con cada salida.

A la mitad del mes se dejó caer una semana con mucho frío y los alcauciles lo aprovecharon. En dos días arreciaron las hechuras y era un disfrute verlos con su arquitectura de sombrilla desafiando a los vientos. Era una irreverencia altanera que solo había visto en los retratos reales de Velázquez y en las esculturas minimalistas de Richard Serra.

Cada mañana, cuando venía de correr, me paraba un rato en la cancela antes de entrar. Desde allí se veían descarados sobresaliendo por encima del resto de lo sembrado. También tenían por detrás un melocotonero con todas sus hojas ya amarillas y rojas y les hacía un fondo otoño *National Geographic* con el que destacaban como primeras bailarinas. Los vientos de los últimos días habían tirado muchas de esas hojas y el suelo junto a los alcauciles parecía una alfombra cobriza de tejas en miniatura. Fidel se volvía loco cuando Fernando le subía el móvil lleno de fotos.

Después su salud también era muy buena. Habíamos tenido que sulfatar con azufre las hojas más viejas de dos de ellas por culpa de la blanqueta, pero Jacinto decía que todo eso era normal, que si quería mantenerlos para el año que viene que sulfatase, pero que si no, que ni hacía falta. Luego el vástago de las tres era como tenía que ser porque habían entallecido con buena temperatura; estaban altos y rollizos, pero también muy costilludos y asurcados. Si te ponías a dos cuartas, podías verle todas las crestas de la nervadura brillando con sus verdes agua y sus azules cobalto en el canal. Por arriba, las hojas nuevas cada vez eran más escasas y venían con menos división. Todo estaba listo para el remate final.

Fernando fue el primero que vio las primeras cabezuelas. Yo estaba dándole a Fidel un vaso de zumo de naranja y subió como un loco por las escaleras gritando que ya venía la cosecha. Fidel no entendía nada y yo estuve explicándole que eran como pequeñas madejas de escamas verdes que luego se hacían alcauciles, que por dentro y en la base, cuando tuvieran más tamaño, estaría lo tierno que luego se cocina. Fernando le explicó que todo lo duro valía para caldo, pero no para comer. La imagen de nosotros dos y de Fidel emocionado y con el plumero de aromáticas moviéndose en su culo la tengo todavía fresca.

—Pero ¿vienen muchas?

—Cinco o seis por cada planta —Fernando se había puesto frente a él y también tenía la voz tomada.

—¿Eso está bien, Samuel?

—Eso solo es el principio. Cuando venga más frío empezarán a dar sin conocimiento.

—Me alegro mucho, Samuel. Me alegro mucho, Fernando. Habéis trabajado una barbaridad para conseguirlo —Fidel era incapaz de reprimir sus lágrimas y caían seguidas formando pequeños redondeles húmedos en el suelo.

—Hemos sido los tres, Fidel, hemos sido los tres, ¿verdad, Samuel?

—Fernando le tenía cogida la cara y le daba apretones.

—Él ha sido el más importante. Los ha criado; es su padre.

Los tres rompimos a reír y nos fuimos calmando sacando otros temas. Fernando bajó otra vez y estuvo haciendo fotos. Después subió y se las enseñó a Fidel diciéndole qué cabezuela era de cada planta. La emoción volvió a agarrarnos y nos tuvo otro rato con el pavor de la lágrima.

Esa tarde Fernando se vino conmigo a Huelva porque decía que había que celebrarlo y que tenía ganas de cerveza de barril. Estuvimos terminando de arreglar y luego subimos a despedirnos de Fidel. Yo le puse una manta más y también los calcetines térmicos que le había comprado en Decathlon. Luego nos vinimos.

Antes de tirar para Huelva pasamos por lo de Fernando para que se duchase y cambiara de ropa. Se puso una camisa granate con listas en celeste y un pantalón vaquero con unos bordados de filigranas en los bolsillos traseros. Por encima llevaba una chaqueta verde de punto con coderas de piel. Parecía que tenía treinta años más, pero a mí nunca me ha gustado decirle a nadie como se tiene que vestir. Nos montamos otra vez en el coche y tiramos para mi casa. Yo me duché rápido y bajamos primero a tomar unas tapas al Juan José. La tortilla estaba recién hecha y pedimos una cada uno y media de manitas. Luego seguimos por dos o tres bares más también de cervecero. Fernando no quería liarse de fuerte y no nos movimos del barrio.

A la vuelta, antes de subirnos, nos encontramos con Enrique. Tenía guardia de noche en Alosno y pasaba para recoger a otro bombero. Estaba

aparcado a la altura del Bar Madrid, y cuando me vio, se salió y nos saludamos. Mientras bajaba su compañero hablamos del campo y también un poco de todo. Luego me dijo que ya era seguro que Pedro no vendría para Navidades, que no daban abasto con la faena y que se haría rico con las horas extras.

OceanofPDF.com

Veintinueve

Fidel se murió el último día de noviembre. Era treinta y un lunes. Yo había llegado temprano porque había estado toda la noche desvelado y ya no aguantaba más en la cama. El viento venía del norte y la sensación de frío era absoluta. No tenía ganas de comer nada y solo me bajé al Cofisa para tomarme un café solo. Luego cogí el coche y me largué al campo.

Los días venían mucho más cortos y la luz no era todavía completa. Entré en la casa, y como hacía siempre, saludé a Fidel mientras pasaba a la cocina. No me extrañó el silencio, porque otras veces yo había llegado también pronto y Fidel estaba todavía dormido. Yo solía prepararme un café y me lo tomaba en el salón para hacer tiempo. También encendía la radio y eso lo despertaba poco a poco.

Le pregunté en voz alta que si quería las tostadas con aceite y no me respondió. Me acerqué hasta el comienzo de las escaleras y lo llamé un par de veces. Fidel no contestaba porque estaba arriba desangrado. Cuando subí había un gran charco de sangre debajo de la mesa que llegaba hasta la ventana. Estaba casi toda cuajada y soltaba un olor raro a desguace. Me arrimé a él con una rabia que me loncheaba y me cagué cincuenta veces en la Guardia Civil. El asco estaba otra vez hirviendo en mi estómago, luego se repartiría por todo el cuerpo y me volvería loco por un tiempo. No podía entender por qué habían tardado tanto en entrar. Cuál era el orden de prioridades que manejaban para dar una orden de asalto, cuál era su política de intervención; al final, con su mierda de alargar las investigaciones, lo único que habían conseguido era que Fidel la palmará.

Con las manos extendidas me aproximé hasta la mesa, le quité la manta de felpa y toqué su espalda. Fidel estaba muy frío. Había tenido que ser

durante las primeras horas de la noche. Algo había quedado roto con los alcauciles y se había larvado en silencio durante un mes. Por el culo le había salido mucha sangre, había empapado la manta que yo le tenía para comodidad y había escurrido por los bordes hasta el suelo. Por la boca también había salido bastante; debajo de su cara estaba el cerco y la señal de los salpicones que llegaban hasta la pared. Había muerto despacio, por colapso de lo que fuera.

Me bajé al salón a fumar un cigarro y a esperar a Fernando. Me eché también en un vaso chico tres dedos de anís y fui aparejando en mi cabeza un plan con el orden de lo que había que hacer.

Radio 3 sonó durante más de una hora y Fernando no apareció. Yo me había bebido dos anises más y decidí que lo haría solo. Primero cogí el cubo chico con un poco de agua y salí a buscar tierra. Hice la sopa de fango y subí al doblado. Con mucho cuidado fui sacando todas las plantas de perejil y las metí en el fango, luego hice lo mismo con las de cilantro y las de albahaca, poniéndolas separadas en el cubo. No tuvo nada que ver con los alcauciles; las raíces de las aromáticas eran finas y endebles y no ofrecían resistencia. Tampoco estaba la presión de Fidel chillando y levantándose de la mesa.

Con el cubo me bajé al huerto, cogí un sacho chico y me fui a la parte de abajo. Aquello está más fresco y ahí tengo siempre lo que necesita más agua. Cuando tuve hecho el primer agujero levanté la cabeza y los busqué. Estaban allí sobre su trozo, altivos y casi hablándome, señalando la siembra perfecta. Decidí levantarme y ponerlas con los alcauciles, a un metro de ellos y por delante.

Después de regarlas y removerles bien la tierra me subí para ponerme con Fidel. Lo primero que hice fue colocarme por su lado derecho y soltarle las cuerdas que lo ataban. El suelo tenía que tener alguna falla y toda la sangre había tirado solo para la ventana de la izquierda. Volví a colocarle la manta por encima y con las cuerdas fui envolviéndolo haciéndole un sándwich de mantas con la de arriba y la de abajo. Luego me bajé a lo de los conejos a buscar sacos de pienso vacíos. Eran de cien kilos y metiéndole uno por la cabeza y otro por los pies quedaría listo para bajarlo. Cuando le

tuve los sacos puestos le di varias vueltas con cinta de embalaje y lo amarré otra vez bien con una sogá más larga.

Fernando seguía sin venir y decidí hacerme un cigarro y esperarlo en el porche con una cerveza. Después de un rato cogí el pico y la pala y empecé con el agujero. Me fui a la parte de atrás, junto a las tinajas de buganvillas. Esa parte la ha tenido siempre la madre o quien fuera como jardín, porque no se ve la tierra trabajada y quedan todavía muchos rosales y la marca de los arriates. Hay también varias plantas viejas de hortensia y una gardenia en un tiesto verde.

Di dos pasos y marqué con los talones. Luego el ancho lo señalé también con los primeros golpes. Si Macías o la pareja o cualquier otro que mandasen se paraba en la puerta y preguntaba, les diría que era para sembrar frutales. O no diría nada, o les diría que era por el gusto de cavar. Cualquiera puede cavar lo que le dé la gana en su huerto porque los huertos son para cavar. El asco me tenía otra vez cogido y me daban igual las declaraciones y los interrogatorios. Podían llevarme sin leerme siquiera mis derechos. Y si entraban cuando estaba cargando con Fidel en el hombro, o arrastrándolo, también me daría igual. Uno carga y arrastra en su huerto lo que le da la gana; si parece raro por lo de la cinta y la sogá pues que prueben con otro huerto a ver si allí las cosas son más de su gusto.

El agujero había quedado de metro y medio o metro ochenta y para dos cuerpos. Todo lo que pasa en las películas con lo de cavar tumbas es verdad. Tienes que ir picando y sacando con la pala porque si no, la tierra se acumula y es más difícil después. Si lo haces muy estrecho no te deja trabajar, y cuanto más ancho le des, más tierra mueves. Por eso es importante mantener la verticalidad de la pared y darte la vuelta con cuidado de no caer terrones. La profundidad se la di hasta que me llegó el borde por la barriga. En algún sitio había leído que si los muertos no están muy metidos, los perros te marcan el sitio por el olor, pero no perros policías ni de droga ni nada; cualquier perro de un vecino o uno que entre por la noche puede oler la carne descompuesta y empezar a cavar pensando que es cualquier carroña enterrada que pueden comerse.

Cuando terminé el agujero me senté otra vez en el porche con una cerveza y un cigarro. Fernando seguía sin llegar. Nosotros no teníamos

ningún horario marcado ni los días repartidos. Él solía venir antes porque estaba más cerca, pero luego para todo lo demás era según se terciara. Ya otros días había estado toda la mañana sin venir; porque se había pasado alguien a verle, por terminar liado con un arreglo de la casa de lo que fuese o porque sin plan ninguno se había largado a Huelva a comprar algo.

Subí al doblado y cogí a Fidel como a una novia. Al llegar a la escalera lo dejé en el suelo y me senté en el segundo escalón. Tiré de él y me lo puse en la espalda, luego con un tirón de piernas lo terminé de colocar. Fidel pesaba muy poco. Había estado bien alimentado y no había hecho ningún ejercicio, pero su peso era el mismo que cuando apareció con Bruno. Los modernos miran mucho lo de la delgadez porque es como el sello certificado de tu buena conducta de moderno. Tu figura cuenta rápido si comes mucha fruta y verdura y si vas en bicicleta a todas partes.

Al llegar al salón lo dejé con cuidado sobre el sofá y me hice otro cigarro. Estaba muy tranquilo porque era verdad que me daba igual que apareciesen cinco guardias civiles por las ventanas haciendo rápel y rompiendo los cristales, pero esa mañana tenía unas ganas de fumar como cuando con veinte años y caían dos paquetes en una noche.

En Radio 3 tenían el *Ya no me asomo a la reja* de Los Planetas y yo me puse otro anís. Los sacos de pienso eran de trama de plástico, pero con el movimiento, la sangre de la manta de abajo estaba empezando a supurar y tuve que poner a Fidel en el suelo; si el sofá se manchaba, da igual que lo laves con lejía, ahí sí que vienen los perros del cuerpo y marcan el pastel aunque hayan pasado tres o cuatro meses.

Me terminé el cigarro y el anís y abrí la puerta. Luego me volví a por Fidel y lo cargué otra vez con los brazos. Al salir me quedé mirando para la cancela, lanzándoles bandazos de asco, con el cuerpo a la altura de mi pecho, durante diez o quince segundos, esperando a las sirenas. Era la última oportunidad que les daba, si no querían entrar su razón les asistiría, y tendrían que explicar luego en una rueda de prensa para todos los telediarios que falló el protocolo de actuación y que pedían disculpas a la sociedad y a la familia. Me fui con Fidel para el agujero y lo arrojé primero al suelo y luego adentro. Cabía un poco encogido pero no forzado. Verlo allí metido después de todo lo que había hecho por los alcauciles me parecía

mentira. Varias ráfagas de imágenes pasaron por mi cabeza como si también me estuviera muriendo yo. Eran fotos de Fidel que pasaban como diapositivas; primero con Bruno, luego riñéndole, después entrando conmigo en el salón, después muchas sembrado; un carrusel de imágenes acompañado con el *Somewhere over the Rainbow*.

Empecé a echarle tierra encima con la pala y con los pies. El ruido de los chinos más gordos cayendo en el plástico de los sacos lo tengo todavía metido en la cabeza. Cuando le puse un palmo me subí encima y estuve apisonando con los pies, dando pequeños saltos. Luego hice lo mismo tres o cuatro veces más hasta llegar arriba. Cuando apelmazas la tierra te das cuenta de que no tienes tanta como has sacado y que te hace falta un poco más para rematar. Tenía que ser al contrario, que te sobrara, porque si metes a un muerto en un agujero, su cuerpo ocupa una parte de la zanja, pero tuve que acercarme a la parte donde tengo el estiércol para traerme otra poca.

Cuando terminé estuve rastrillando un poco por encima y poniéndole un poco de forraje que arranqué de la parte de los rosales. Luego me entró una grima muy grande por todo el cuerpo, dejé la pala y el pico en su sitio y me senté en el sofá a esperar a Fernando. Vino a la hora de comer. Entró con dos *packs* de seis latas de cerveza Ámbar en la mano y saludando a gritos a Fidel. Yo le dije que no con la cara y Fernando subió al doblado. Se cagó dos veces en la virgen y bajó. Se sentó conmigo en el sofá y le estuve contando cómo había sido mi mañana. Después le dije que me ayudara arriba, que había que limpiar y bajar la mesa.

—La vamos a quemar.

—Vale. ¿Limpiamos primero?

—Limpiamos primero y luego la bajamos y la quemamos.

—¿Con qué quieres limpiar?

—Primero normal con lejía y luego vamos refregando y repasando todas las baldosas y la pared.

—En la cocina hay un par de estropajos nuevos que traje yo el otro día. Y también amoníaco que compré para el baño.

—Sí. Primero limpiamos y luego le damos con lo que sea.

Fernando y yo estuvimos quitando toda la sangre y repasando las juntas con el estropajo. Después nos pusimos los dos de rodillas en el suelo, desde

una ventana hasta la otra avanzando muy despacio y revisándolo todo otra vez. Cada uno miraba desde la mitad hasta su pared, levantando cualquier cacharro de los que Pedro tenía embalados arriba y viendo si cualquier escurraja había podido llegar allí salpicada y meterse debajo.

Cuando lo dejamos todo limpio Fernando se bajó a por el tabaco y estuvimos fumando apoyados en la pared como lo hacíamos con Fidel cuando le dábamos la comida. No soltamos ni una palabra. Luego yo le dije que bajáramos la mesa, que quería acabar con toda aquella mierda. Entre los dos no nos costó mucho llevarla hasta la parte de atrás. Allí Pedro había quemado otra vez muebles y cosas viejas y se veían palos carbonizados y restos de hierro y tornillos quemados. Con el hacha partimos el tablero en cuatro o cinco cachos y le metimos fuego. Fernando se entró a por dos cervezas, me contó que había estado haciendo compra en Cartaya y nos las bebimos embelesados con la candela.

A mí me entró otra vez la grima y me acerqué a la alberca a lavarme. Necesitaba refregarme y quitarme el olor de toda la mañana de encima. Me puse de rodillas en el borde, me quité la camiseta y estuve lavándome las manos, los brazos y el cuerpo, luego metí la cabeza y me refregué la cara con fuerza. Cuando me senté y abrí los ojos, vi que *El Zorruno* entraba por la cancela. Se paró a ponerle el cerrojo y se acercó hasta donde yo estaba.

—Buenos días.

—Buenos días, Aurelio.

—Yo también lo hago.

—¿El qué...?

—Tengo el aseo, pero me gusta lavarme la cara en la alberca.

—He estado quemando trastos y me he puesto perdido —le señalé el humo que salía por detrás de la casa.

—Se ha muerto mi hija.

—Vaya por Dios, Aurelio. Cuánto lo siento —lo sentía de verdad y le di la mano y luego un abrazo.

—Fue el sábado. Quería venir a decírtelo.

—Lo siento de corazón, Aurelio. ¿Cómo está usted?

—Solo era eso. Si necesitas cualquier cosa, te acercas y me lo pides.

Aurelio se dio la vuelta, volvió a quitarle el cerrojo a la puerta y salió dejándola solo encajada. Todo parecía escrito por un guionista aficionado abusando del recurso del melodrama.

OceanofPDF.com

Treinta

Sobre el diez de diciembre la Guardia Civil estuvo otra vez en el campo. Había llegado antes Fernando, que los había adelantado en la recta del desvío. Fernando me dijo que no eran los mismos de la otra vez y que venía una mujer. Yo me hice un café y un cigarro y esperé sentado en el porche a que llegaran.

El Patrol aparcó tres o cuatro metros antes de la cancela y estuvieron un rato metidos dentro sin salir. Luego se acercaron a la entrada y saludaron. Venía el guardia joven y una guardia. Ella era muy alta y con una cola y gafas de sol de espejo. Yo me levanté y les dije con el brazo que pasaran. Cuando llegué a su altura les di la mano. El guardia joven me presentó a su compañera como un vecino del campo.

—Hacía tiempo que no le veía —me dirigí a él.

—Sí, estuve de baja.

—¿La rodilla? Me lo dijo su compañero.

—Sí, la tengo tocada, y de vez en cuando me da la cara.

—Hay que cuidarse. Los cuerpos no tienen siempre veinte años.

—No, no —se echó a reír—. Me lo partí jugando al fútbol —se tocó la rodilla—. El cruzado anterior...

—Esa es jodida.

La guardia civil estaba callada y se acercó a lo sembrado. Luego se giró y me preguntó directamente.

—Buscamos a un varón. Alto, complexión delgada, cuarenta y cinco años. Pasea con un perro.

El cielo se había soltado de sus anclajes y estaba cayendo entero sobre mí. Fernando seguía en la casa. Solo me quedaba poner por delante las

manos y decirle que estaba junto a las buganvillas. Y que el perro ahí al lado.

—Ya le dije a su compañero, y a la otra pareja que vino. No he visto nada raro. Esto es muy solitario. Apenas viene nadie. Si hubiera visto lo que sea distinto lo habría notado rápido.

—Ya habíamos estado más veces con este vecino —el guardia joven se dirigió a la mujer—. Por aquí está ya todo trillado. No le molestamos más —hizo un gesto de darme la mano pero se paró. Yo le recordé con la vista el tabaco que le presté frente al Red Lion y le dije que no era molestia.

—Es importante. Si ve cualquier cosa nos avisa —la guardia civil pisaba la trocha que nosotros habíamos desandado ya varias veces.

—Sí, sí, no se preocupe. Con lo que sea les aviso.

Los dos se montaron en el coche y yo los despedí desde la cancela. Fernando había estado mirando por la ventana de la cocina y salió al porche. Con los hombros me preguntó por la conversación.

—Cualquiera sabe, Fernando. Ya no sé muy bien si me vacilan o si no han tenido nunca nada.

—¿Quieres una cerveza?

En toda esa semana no volvieron a aparecer y Fernando y yo seguimos viniendo y haciendo la faena. Los alcauciles estaban ya para recoger. Todos estaban cuajando y ya teníamos hablado de hacer la comida. También me había pasado por lo de Jacinto y me había dictado varias recetas de la mujer. La que más nos gustaba a Fernando y a mí era la más sencilla. Había varias; una con trozos de jamón y huevos escalfados, otra con un refrito de mucha zanahoria y puntas de solomillo y otra para escabechar. La que elegimos era más simple y creímos que respetaría más el sabor del producto.

Al día siguiente de ver a Jacinto fue cuando me enteré de lo del niño. Lo leí en el Salón de Juegos Málaga, en el *Huelva Información*. Me había levantado pronto, me había bajado y estaba en la mesa alta de la calle con el cigarro, el periódico y el café. El titular decía que llevaba siete meses muerto y venía con una foto de Fidel y otra de su casa en el campo. También que su muerte había sido por inanición y que el cadáver se había mantenido incorrupto y en proceso de momificación por las condiciones ambientales del zulo en que lo tenía secuestrado. Fidel era Fidel Narváez

Suquillo, de cuarenta y cinco años, de metro ochenta, alto y delgado, conocido artista plástico contemporáneo que había fijado su residencia en esa urbanización de Aljaraque donde mantenía también su estudio de trabajo. Que la Guardia Civil lo había estado buscando desde el principio porque aparecía en una lista de pederastas, pero que habían dado prioridad a otras líneas de investigación. Solo al final, los descartes habían devuelto las pesquisas a la pista de Aljaraque y lo buscaban para interrogarle. Desafortunadamente no habían conseguido la orden judicial para entrar en su casa hasta el viernes, cuando toda la operación se había precipitado. Del sospechoso se informaba también que había sido buscado infructuosamente en Córdoba, donde tenía familiares, y que probablemente estuviese huido en Portugal o en Alemania, donde se conocía que tenía bastantes contactos por cuestiones relacionadas con su trabajo. El artículo cerraba con que se había dictado una orden de búsqueda internacional y comentando que varios vecinos de Aljaraque recordaban haberlo visto pasear algunas tardes con un perro por la zona de la Plaza de Andalucía y por la Calle Nueva.

Entré rápido a pagar el café y me largué al campo intentando convencerme de mi inocencia con todo lo del niño. Yo había tenido a Fidel y Fidel había tenido al chaval, pero mi desconocimiento de todo el asunto le daba a mi conciencia el agarre que necesitaba. Me fui directamente a lo de Fernando y se lo conté. Ahora entendíamos los dos toda la matraca de la Guardia Civil con lo de pasarse a preguntar y lo de ver algo raro.

—El hijo de puta no nos dijo nada, Samuel. Era imposible saberlo.

—Nos hemos cargado a los dos, Fernando.

—No, Samuel. No sabíamos nada. Siete meses sin saber nada.

—El periódico dice que el chiquillo estaba igual.

—Déjalo, Samuel.

—Por algo de la humedad.

—Lo tenía Fidel, no nosotros.

—De la falta de humedad.

El día veinte quedé con Fernando en que pasaría por el huerto para coger los alcauciles y que luego los guisaríamos en lo suyo. El pescado lo compraría el sábado en la plaza y lo metería limpio en la nevera. También compraría todo lo demás en el Carrefour de Cartaya. Esa mañana yo llegué

temprano para correr y luego solo cogí los alcauciles. Me senté en el taburete de corcha delante de ellos, con una cesta de caña trenzada y la navaja, durante un rato y fumándome un cigarro. Les conté todo lo que había pasado y qué haríamos después Fernando y yo con ellos, y les di las gracias por aguantar. Estaban hermosos y sugerentes, como si estuviesen con una luz cenital halógena en una frutería; tenían toda la gama de verdes en el brillo de las escamas y un variado de lilas rojizos alrededor de las uniones. Corté cuatro de cada planta y los puse con cuidado en la cesta. También segué un manojo de albahaca, otro de cilantro y otro de perejil. Después tiré para lo de Fernando.

La primera cerveza estaba abierta antes de salir del coche. Yo llevaba la cesta en el asiento del copiloto y Fernando me la cambió por la lata. Lo tenía ya todo preparado para empezar y me dijo que si nos tomábamos algo o si le daba. La mesa de la cocina parecía una isleta de cirugía y empecé a ponerme nervioso. Fernando me vio y me dijo que me sentara en el llano, luego me llevó una bandeja con chacina, aceitunas y queso viejo. Se sentó conmigo y brindamos por nosotros. Nos acordamos solo de la parte buena de Fidel y Fernando me contó algo sobre Kant y que ninguna travesía se acaba sin errores.

Con la tercera cerveza se levantó y puso la olla en el fuego. Después estuvo saliendo y entrando con más latas y con platos de pescado frito, carabineros a la plancha y aliño de huevas. Los alcauciles se fueron cocinando lentamente con la receta de la mujer de Jacinto y Fernando sacó una litrona que había dejado en la nevera y estaba a punto de congelarse. Cuando los tuvo listos llevó la olla a la mesa con un salvamanteles y yo corté la barra de pan con las manos. Eso no venía en la receta, pero Jacinto nos dijo que su mujer lo cortaba así porque mojabas mejor.

Acabamos con el guiso y encendimos un cigarro. Mi madre no era mucho de alcauciles y yo no recordaba la última vez que los comí, pero Fernando decía que sí, que eran una locura con aquella salsa reducida. Ninguno nombró más a Fidel ni si el sabor podía relacionarse con el abono de su cuerpo. Acabamos con un postre de milhojas de crema y con unos cubatas.

A las seis ya era casi de noche y le dije que me iba. Fernando me dijo que no me preocupara de nada, que él lo recogía todo. Le pregunté por si le debía algo de la compra y me mandó a la mierda. Nos dimos un abrazo y me acompañó hasta el coche. Fernando me dijo que él iría por la mañana a terminar de estercolar, que viniera yo cuando me diese la gana.

Cuando llegué a mi piso fui directo a la ducha porque había quedado con mi novia de ahora para ver belenes. Las luces de esas Navidades fueron una virguería y habían metido también más calles de las normales. En el césped de algunas fuentes tenían unos grupos de ciervos hechos con luces ledes blancas, con la cría comiendo y el venado y la madre vigilando. En otros eran siluetas de las figuras del Nacimiento. Las Navidades son unos días muy bonitos y todos los idiotas modernos que se meten con ella y dicen que les deprime no saben ni de lo que hablan.

A nosotros nos gusta mucho el ambiente navideño y nos priva visitar los belenes de las asociaciones, los de las hermandades y el que monta la Caixa.

OceanofPDF.com